





H. VERNET. DEL

BREVIERE. S.

HISTORIA
DEL EMPERADOR
NAPOLEON,

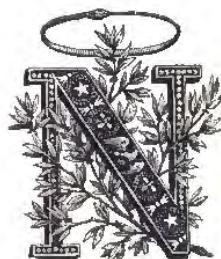
POR P.-M. LAURENT DEL ARDECHE;

con 500 dibujos

DE HORACIO VERNET.

PUESTA EN CASTELLANO

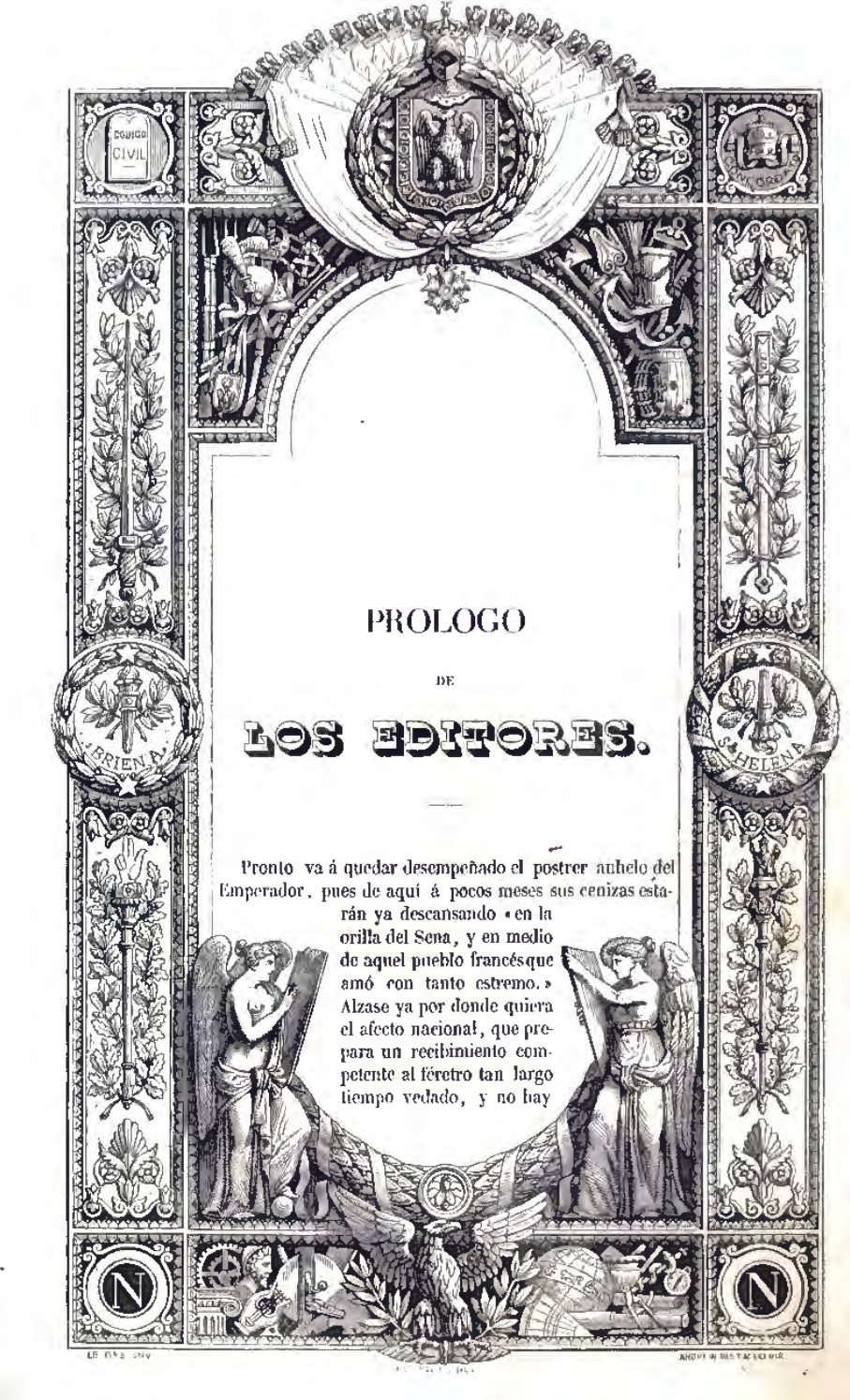
Por D. Eduardo Xerri



BARCELONA.

IMPRESA DE DON ANTONIO BEGNES Y COMPAÑIA

1840.



PROLOGO

DE

LOS EDITORES.

Pronto va á quedar desempeñado el postrer anhelo del Emperador, pues de aquí á pocos meses sus cenizas estarán ya descansando « en la orilla del Sena, y en medio de aquel pueblo francés que amó con tanto extremo. » Alzase ya por donde quiera el afecto nacional, que prepara un recibimiento competente al féretro tan largo tiempo vedado, y no hay

PROLOGO.

que temer que vaya á menos el desagravio grandioso que debe al númeren; á la desventura y á la gloria.

Mas cabe otro medio de obsequiar á los difuntos; el mas esclarecido para varones del temple de Napoleon, y es el historiar circunstanciadamente su vida.

¿Quién acertará con efecto á idear rasgos mas gloriosos para la memoria de Napoleon que ellos mismos, ni qué ceremonial equivaldrá á la mera relacion de tan summa nombradía?

¡Nacer casi en el desamparo; vivir luego en la púrpura; Emperador y Rey! ¡y luego morir y yacer allí en los peñascos de una isla bravia, arrinconado por el miedo de sus enemigos!

¡Encontrar la potestad en medio de la calle, la sociedad bajo las plantas de la revolucion, y un mero soldado de fortuna restablecer la una y realzar la otra: ¡dos afanes para emplear un siglo!

¡Enseñorearse, desde la nada, de todo y de todos; descollar tanto en política como en milicia; con el cetro, con la vara de la justicia como con la espada; y acá y acullá andar repartiendo, en la carrera de una vida portentosa, mas coronas que derribaron allá Alejandro y César!... ¿Qué númeren dió jamás á luz epopeya mas grandiosa? y ¿qué monumento puede abarcar tan inmensa nombradía, sino su misma historia?

Tras aquel embeleso esplendoroso y la grandeza de los resultados, ya muchos han intentado referir la carrera del soldado-emperador; pero quedaban todavía muy cercanos los acontecimientos; no habia aun volado la humareda de las guerras, y no se rasgnea á derechas la historia tras un campo de batalla.

En el dia nos hallamos ya desviados de aquel horizonte abrasador, y Napoleon ya no corresponde ni á Walter-Scott ni á Loriquet, ni tampoco á Hudson-Lowe. Desde la crónica y el folleto que al pronto lo habian traspasado, su memoria se encumbró á la historia verdadera, y Napoleon es de nuevo Emperador y Rey.

Reconócese ya la posteridad en estas muestras esplendorosas; rayó por fin el dia de historiar aquella grandiosa vida, y es quizás el único instante favorable para levantar un monumento á la verdad, pues dejando á la espalda el folletin yerto con la postrer llamarada de las pasiones desvanecidas, ¿no asoma ya en el horizonte la poesia derramando á manos llenas flores y patrañas?

Un sujeto de la nueva jeneracion, de suyo acalorado, pero tambien atinado y profundo, se enteró perfectamente del asunto y puso manos á la obra.

Corre de extremo á extremo por Europa este libro, cuya primera edicion de 22,000 ejemplares está ya agotada, y luego sus traducciones en

todos los idiomas han merecido igual aceptacion que el original (1).

Desde luego se alcanza aquella ansia tan estremada. Léanse en esta historia los afanes del sumo capitán, relacion portentosa que está abarcando, desde sus dos puntos contrapuestos, Tolón y Waterloo, una serie de victorias recordadas con los nombres de Montenote, Arcola, Pirámides, Rivoli, Austerlitz, Jena, Wagram, con otros muchos estampados en la memoria de las jentes al par que en el bronce de la columna.

Hállanse en esta obra sus tratados de paz, que pregonan una actividad que no podia hallar descanso sino en el término esclarecido señalado por el engrandecimiento y la independencia de la patria; y aquellos boletines inmortales, milagros patentes del númen político y de la elocuencia.

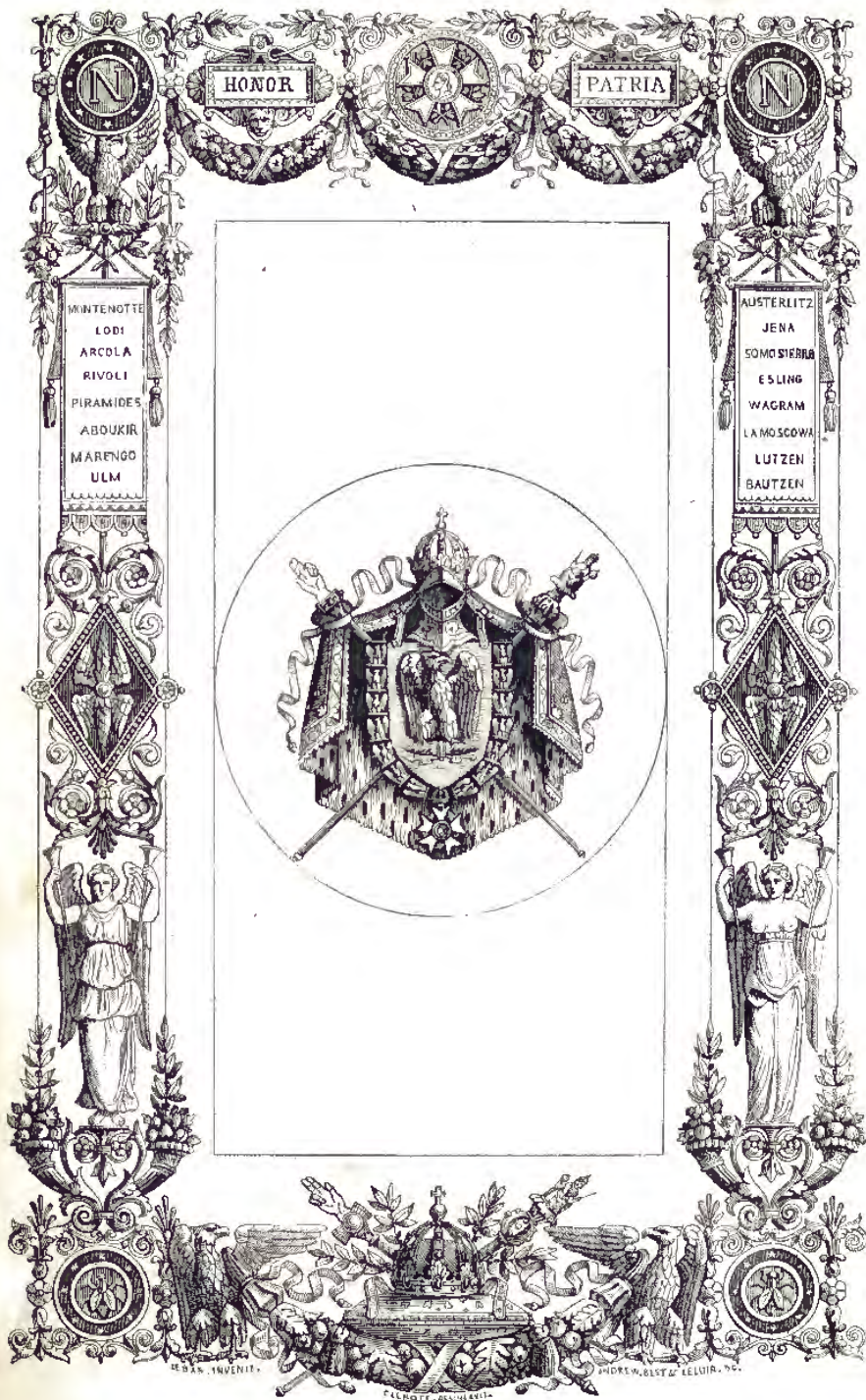
Junto á tantísimo primor del arte, de la diplomacia y de la guerra, Mr. Laurent, con perspicacia despejadora, ha ido descubriendo los actos de la política del siglo XIX, las conquistas de la revolucion planteadas por el Emperador, y aquella igualdad civil, fundada en sus códigos como base de la vida social, y que patentiza todas las carreras al trabajo, al denuedo y á la esperanza.

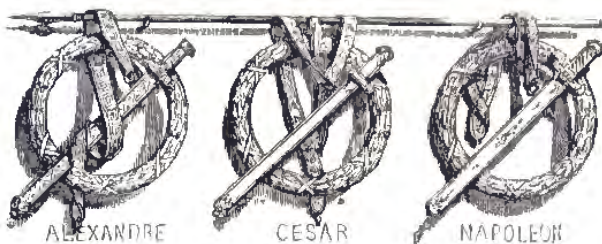
Tratándose de los grandiosos afanes esternos, ha ido Mr. Laurent delineando, con aquel brioso y arrebatado lenguaje que le es tan jenial, cuan feliz influjo han tenido en Europa las avenidas de los ejércitos franceses, hijos de la revolucion.

En fin, sobre tantos realces para merecer el aprecio jeneral, ha cabido á esta historia de Mr. Laurent la ventaja inapreciable de haberla ilustrado Horacio Vernet, pues hasta quinientos dibujos de su lápiz en extremo espresivo engalanan este libro, en el cual los editores han echado el resto, pues, aun en su jerarquía mas llana, no se han avenido á quedarse en zaga del dibujante y del escritor.

Barcelona 26 de octubre de 1840.

(1) ¿Quién no ha leído, hace algunos dias, en una carta fecha en Teherán, una nueva demostracion de la aceptacion impouderable de este libro? Un ejemplar de esta «Historia ilustrada de Napoleon» fué ofrecido al Sháh de Persia, por M. Sercey; y este libro es el que se ha hecho traducir aquel emperador de Asia, para venir en conocimiento del Emperador de Europa á quien estaba celebrando por el eco de la nombradía, antes de enterarse de los portentos de su vida. (Véase el Diario de los Debates del 19 de julio, carta de M. Eujenio Flandin).





INTRODUCCION.



Los hombres no faltan nunca para las circunstancias, ha dicho Montesquieu, y en efecto cuantas veces necesitó el mundo de un nuevo pensamiento para no perecer con las creencias, las instituciones y los imperios, ya exhausta su vitalidad y cumplido su destino, otras tantas se hallaron especuladores de relevante mérito, apellidados sabios, profetas ó dioses, según las épocas y la elevación ó trascendencia de su ingenio, pareciendo ora como sublimes contempladores para idear una empresa rejenradora, en medio del aislamiento y del misterio de la inspiración; ora como filósofos para enseñarla en las aulas, como tribunos para comunicarla en las plazas públicas, como legisladores para darle una con-

sagracion politica, y como conquistadores para esplayar los ámbitos de su poderio y propagacion.

Verdad es que hasta ahora los grandes capitanes antiguos y modernos apenas se han hecho acreedores á la admiracion de sus contemporáneos y de la posteridad, cooperando indeliberadamente á la obra de la civilizacion universal. La historia ha realzado con especialidad el número ó el esplendor de los triunfos, el arte de ganar batallas, la ciencia de las retiradas, el mérito de las dificultades vencidas y de los peligros arrostrados, las expediciones ajigantadas, las conquistas grandiosas y todo cuanto manifiesta ingenio ó ilustra militarmente, añadiendo además cuanto deslumbra á los pueblos en la vida de los varones extraordinarios que levantan ó derrocan imperios con el poderio de sus armas. Así, por no comprender la trascendencia filosófica de su sangrienta propaganda y por no alcanzar en ellos mas que estruendosos asoladores, varios eseritores de nombradía han querido derribar el pedestal de sus estatuas y censurar la autoridad de los siglos, jactándose de paradojistas y contraponiéndose á las preocupaciones clásicas. Así el lirico Rousseau rehusó *admirar en Alejandro lo que aborrece en Atila*, y Boileau, tan pródigo de incienso con Luis XIV, no quiso ver en el discípulo de Aristóteles, vencedor de Dario, mas que un *atropellador que redujo el Asia á cenizas*.

Esta absoluta reprobacion, aunque de fecha remota, es desatinada é injusta. Si al endiosar á los guerreros, no se han recapitado bastante los estragos de la guerra, y si al ensalzar el heroismo del soldado, no se ha tenido presente que

Y donde quiera que un estado empieze,
Bañada en sangre cada espiga crece.

(BERANGER).

mas injusta, y quizás menos disculpable que esta exajeracion apolojética, seria la de negar redondamente la legitimidad de la gloria militar, conceptuando allá la nombradía de los conquistadores como un dilatado embate contra el género humano, y el producto de un aciago prestigio y de un embeleso perpetuo.

Proclámese enhorabuena la superioridad racional de nuestro siglo sobre los anteriores; no titubearémos en reconocerla como secueces ansiosos y perseverantes de la perfeccion humana; pero fuera sumo engreimiento en la época actual suponer que el mundo empezó ahora á despejar.

se, y tildar el descario de los tiempos pasados como desvariados en sus conceptos históricos y en sus opiniones racionales mas universal y antiguamente acreditadas. Cuando los pueblos concedieron al gran guerrero tan unánimemente la ovacion en vida y los honores del Panteon despues de su muerte, no los movió solamente el embeleso de la nombradía para aquel asombro y reconocimiento inalterable. Hermanábase con el ímpetu de un portento, en los pechos nobles y en las fantasías acaloradas, un instinto pródigo de que los grandes hechos y los inmensos logros que inflamaban las almas jenerosas y recibían por lo quiera la sancion del aura popular, lejos de malograrse para la santa causa del progreso social derramando ráfagas de luz en la carrera de algunas naciones ó de algunos individuos, producirían forzosamente consecuencias, no menos provechosas para toda la familia humana, que gloriosas para algunos de sus miembros.

Con efecto, cuando el pueblo ejipcio invade el Asia y planta sus colonias victoriosas en las islas y el continente de la Grecia, la civilizacion de Tébas y Ménfis marcha en pos de Sesostris ó de Cecrops.

Cuando la espada de Alejandro derriba el trono de Ciro y avasalla el Oriente hasta la India, la civilizacion triunfa bajo el nombre y por el brazo del discípulo del Estajirita; aquel rastro esplendoroso que deja la conquista es el siglo de Péricles; aquel reflejo que se va tendiendo por lejanos paises y anchurosos imperios es el arte y la ciencia del Atica, es la filosofía de la Academia y del Liceo.

Cuando César subyuga á los Partos y á los Jermanos, planta las águilas romanas desde la cumbre del Cáucaso hasta los montes de la Caledonia, pasa de las Galias á Italia, de Roma á Macedonia, de las llanuras de Parthia á las costas de Africa, de las ruinas de Cartago á las márgenes del Nilo y las playas del Euxino: cuando traspone el Bósforo y el Rin, el Taurus y los Alpes, el Atlas y los Pirineos, en todas estas corridas triunfales pasca, en alas de su gloria personal, el nombre, el idioma, las costumbres y la civilizacion de Roma; consigo lleva en ellas el siglo de Augusto, próximo á aparecer; va iniciando á los pueblos idólatras en aquel escepticismo que no permite ya que los agoreros romanos se miren sin prorumpir en risa, funda la mayor unidad política que se ha conocido en la tierra, y prepara, con el hermanamiento de muchos reinos en un solo imperio, el establecimiento de la inmensa asociacion que la Iglesia cristiana debe ir labrando por el rumbo espiritual. Desalado por igualar ó aventajarse á Alejandro, objeto de su pasmo, y proseguir la obra de los tribunos cuyo patrimonio ha venido á heredar, engrandece con los portentos de su espada el ámbito en que va á descollar apaciblemente una doctrina que

ensalzará al desvalido y humillará al prepotente, mejor que los Gracos y que Mario.

Ahora bien, ninguno de aquellos estruendosos conquistadores corrobó en tan sumo grado, como Napoleon con sus armas victoriosas, las grandiosas doctrinas, la enseñanza material, y todas las relaciones civilizadoras que la guerra entabla entre los pueblos. Si en pos de sí lleva Alejandro el siglo de Péricles, y César el de Augusto; si los acompañan en sus triunfos el númen de Homero y Sófoeles, de Platon y Aristóteles, de Ciceron y Lucrecio, de Virjilio y Horacio; Napoleon lleva consigo tres siglos que ilustraron tambien las artes, las ciencias y la filosofía; y su séquito no es menos esplendoroso que el de sus antecesores, pues cruza la Europa con Montaigne y Descartes, Corneille y Racine, Voltaire y Rousseau. Su cuartel jeneral forma una verdadera universidad ambulante en la que se encumbra y señorea el espíritu del siglo XVIII, y que recorre las naciones atrasadas del septentrion y del mediodía para doblegarlas al influjo de las costumbres y de las doctrinas de la nacion á quien el mundo culto reconoce por Reina suya. Por mas que halague en Francia los recuerdos de la aristocracia y lisonjee las preocupaciones monárquicas con un viso volandero de instituciones soterradas con el trascurso de los siglos, no por eso deja de ser el demócrata mas poderoso, el innovador mas temible, el propagandista mas formidable para la añeja Europa; el representante y el verbo de aquella gran revolucion que estuvo apuntando Mirabeau con los destellos de la elocuencia, que la junta de salvacion pública defendió con los centellazos del terror, y que Napoleon debe consolidar y propagar con los rayos de la guerra; revolucion apellidada *francesa* en su cuna, pero que estaba destinada á ser universal.



Este es el varon portentoso en quien los palaciegos, los haraganes de los salones y los raiques de aldeas no sabian ó no querian ver mas que un despota aborrecible y un conquistador insaciable, al paso que el artesano, el labrador y el guerrero, cuyo instinto es mas atinado que el racionalismo de aquellos criticos vanos y desfallecidos, veian y todavia ven en él un *hombre-pueblo*, un enviado ó protegido de Dios, el mas esclarecido enjendro de la emancipacion politica, del mérito y del ingenio, la personificacion del espíritu de igualdad que reinaba en la administracion y en el ejército y que está labrando hoy dia toda la sociedad europea.

Este es el hombre cuyo recuerdo se conservará religiosamente en las chozas, como lo ha dicho el mas popular de nuestros poetas.

Escribir sucintamente su historia y compendiar su vida; tal es nuestro instituto, tras ese cúmulo de historias, biografias y memorias en las que tantos banderizos echaron el resto con sus rasgos estremados de alabanza y de vituperio.



HISTORIA

DEL

EMPERADOR NAPOLEON.

CAPÍTULO I.

Alcurnia y niños de Napoleon.



ENIENDO ya un pié en el sepulcro Voltaire y Rousseau, despidiéndose del siglo aclamador de su nombradía, y cuando Mirabeau, tras los devaneos de su mocedad, se encumbraba á la escelsa jerarquía de sumo orador y consumado estadista; la Providencia, que conduce siempre el mundo á los fines que tiene allá ideados, por rumbos cuyo arcano está solo á su alcance, y que todo lo tiene asombrosamente dispuesto en la sucesion de las generaciones y de los imperios para el realce de los pensamientos y el triunfo de las grandes revoluciones; la Providencia dió á luz en un recóndito rincón del Mediterráneo al hombre que debía avasallar el númen de la guer-

ra al impetu reformador y cerrar el siglo XVIII, ya tan engreído con sus conquistas racionales y sus triunfos en el foro, á impulsos de sus portentos militares, mas esplendorosos que cuanto asombró en la antigüedad y en la edad media.



Napoleon Bonaparte nació en Ajaccio, capital de la isla de Córcega, el día 15 de agosto de 1769, de Carlos Bonaparte y de Leticia Ramolino. En tiempos mas favorables á lo maravilloso, este acontecimiento hubiera ido acompañado de prodijios celestes y de predicciones populares. « Mr. de las Cazes dice que su madre, de suyo física y moralmente briosa, y que habia seguido al ejército estando embarazada, quiso ir á misa con motivo de la solemnidad del día, y tuvo que volver atropelladamente á casa, y antes de llegar á su alcoba, arrojó al mundo un niño sobre uno de aquellos tapices antiguos con figurones de héroes de la fábula ó de la Iliada: aquel niño era Napoleon. »

Algunos escritores, validos de la indisputable nobleza de la alcurnia de Bonaparte, idearon, durante el consulado y al restablecerse la monarquía, la planta de una jenealogía soberana para el emperador venidero, desemboscándole antepasados entre los antiguos reyes del Norte; pero Napoleon, obrando cual soldado que sentia en sí la existencia de la revo-

lucion francesa y no oclaba en olvido que solo su mérito le habia encumbrado á la potestad suprema en el reinado de la igualdad, desde los grados subalternos del ejército, hizo contestar por medio de sus periódicos



cos que su nobleza se vinculaba en los servicios hechos á la patria, y que no se remontaba sino hasta *Montenote*.

El padre de Napoleon habia cursado en Roma y en Pisa. Era hombre instruido y afluente, que lució su brio y fogosidad en trances críticos, particularmente en la consulta extraordinaria de la Córcega, relativa á avasallamiento de aquella isla á la Francia. Mas adelante se presentó en Versalles al frente de la diputacion de su provincia, á consecuencia de las contiendas que sobrevinieron entre Mr. de Marbeuf y Mr. de Narbonne Pelez, jenerales franceses que mandaban en Córcega. El valimiento extraordinario que el segundo tenia en la corte se estrelló contra la naturalidad y la trascendencia del testimonio de Carlos Bonaparte, quien abogó bizarramente por la causa de Mr. Marbeuf, obrando conforme á verdad y justicia. De aqui provino la proteccion que aquel caballero dispensó posteriormente á la familia de Bonaparte.

Aunque Napoleon fué el segundo de los hijos que tuvo Carlos Bonaparte, sin embargo se le consideró como cabeza de la familia porque el arcediano Luciano, hermano de su abuelo, que habia sido el guia y apoyo de todos los suyos, le diera este titulo antes de su muerte, recomendando á José, el primojénito, que no se olvidase de su hermano; lo cual hizo decir despues á Napoleon que *aquella escena de Jacob y Esau habia sido un verdadero desheredamiento*. Debia esta distincion muy notable

al carácter grave y reflexivo, al tino, y á los alcances peregrinos de que diera pruebas desde niño.

Admitido en el colejo militar de Briena en el año de 1777, se dedicó particularmente al estudio de la historia, jeografía y ciencias exactas, siendo Pichegru su pasante, y Mr. de Bourrienne su condiscipulo. Sobresalió principalmente en las matemáticas y manifestó desde entónces su afición á los negocios políticos. Entusiasta por la independecia de su patria, profesó una especie de culto á Paoli, defendiéndole acaloradamente, aun contra el dictámen de su padre.

Es infundado lo de estar en el colejo solitario y taciturno sin compañeros y amigos: tampoco es cierto que se mostrase *desabrido en sus conversaciones y muy poco afectuoso*, segun lo ha dicho Mr. de Bourrienne, acaso como palaciego desairado. Su gravedad temprana y sus modales broncos y despegados le han hecho tildar sin fundamento de misantropia y adustez, pues era naturalmente afable y cariñoso. Solo en la temporada



de su pubertad manifestó cierto cambio en su carácter, volviéndose melancólico y silencioso, como él mismo lo refiere en su diario, dictado en Santa Helena.

También se ha supuesto que su amor al retiro y su inclinación, tan esclusiva como precoz al arte militar, le habian como aislado en su jardín, fortificándose contra los asaltos de sus compañeros: hecho que uno de ellos se encargó de desmentir, refiriendo lo que podía haberlo motivado, esto es, la célebre anécdota del fuerte construido, sitiado y defendido con bolas de nieve.

« Durante el invierno de 1783 á 1784, tan memorable por las nevadas que estuvieron cuajando caminos, patios, etc., Napoleon se apesadumbró sobremanera, careciendo de huertos y arbolados que le merecian tanto cariño. Teniendo que alternar con sus compañeros en los ratos de recreo, paseando con ellos por un salón anchuroso, acertó á desaburrirse del perpetuo y desabrido paseo, y persuadió á sus condiscípulos que se divertirían sobremanera, abriéndose con palas varios caminos por medio de la nieve y levantando medias lunas, parapetos, caballeros, etc. Cuando nuestro primer trabajo esté concluido, les dijo, podrémos dividirnos en pelotones, y formar una especie de sitio, encargándome yo de disponer los avances, como inventor de esta nueva diversion. Aviniéronse todos y llevó á cabo el intento. Aquel embrión de guerra duró quince dias, suspendiéndose entónces de resultados de los muebles colejiales que resultaron gravemente heridos con las piedras que se mezclaban al hacer las bolas de nieve. Y aun me acuerdo que yo fui uno de los mas descalabrados. »



Preciso era, para poner á todo el colegio en movimiento, que el joven Bonaparte hubiese conservado, á pesar de su propension á la soledad, cierto predominio sobre la jeneralidad de sus condiscipulos, sin mediar en sus relaciones con ellos aquel destempe violento que algunos se han complacido en achacarle, dando crédito á biógrafos ilusos ó mal informados.

No solo merecia el aprecio de sus compañeros, sino que lograba tambien y en alto grado la intimidad de los catedráticos. Muchos de ellos han supuesto posteriormente que le habian pronosticado sumo encumbramiento, y Mr. de l'Eguille, su maestro de historia, afirmaba, durante el imperio, que en los archivos de la Escuela militar paraba una nota en la que habia previsto y apuntado en pocas palabras todo el porvenir de su discipulo: «Corzo por nacimiento y por carácter, decia en ellas, llegará á descollar, si le favorecen las circunstancias.»

Domairon, su catedrático de humanidades, que sobresalió algun tanto entre los retóricos, llamaba á sus amplificaciones *granito caldeado por un volcan*.



Elejido por el caballero de Heradio en las oposiciones de 1783 para pasar á la Escuela militar de Paris, á pesar de las objeciones hechas á este general, que desempeñaba el cargo de inspector, de que el tierno alumno no tenia la edad requerida, y que solo era aventajado en matemáticas: « Ya sé lo que hago, respondió; esta escepcion no es una preferencia de familia, pues no conozco la de este niño; si le elijo, lo debe á sí mismo, porque advierto en él una disposicion acreedora á todo esmero. »

Al entrar Napoleon en este nuevo colejio, estrañó y vituperó la educacion afeminada y lujosa de unos jóvenes destinados al afan y vida penosísima de la milicia, con cuyo motivo dedicó al director Mr. Berton una memoria representándole « que los alumnos del rey, hijos todos de casas nobles atrasadas, no podian mamar, en vez de prendas morales, sino amor á una vanagloria, resabiándose con devancos de presuncion y engreimiento; que al volver á sus hogares, lejos de participar gustosos de las medianas comodidades de su familia, se sonrojarian quizás de sus padres y despreciarian su modesta morada. Que en lugar de costearles numerosos criados, darles diariamente comidas de dos servicios, ostentar un picadero costosísimo, tanto en picadores como en caballos, seria mucho mejor sujetarlos á servirse á sí mismos, sin interrumpir por eso el curso de sus estudios. Que no siendo ricos y estando destinados todos al servicio de las armas, seria preciso darles una educacion adecuada, y que



sujetos á una vida sobria y á mirar por su equipo, se robustecerian sabiendo arrostrar la intemperie de las estaciones, sobrellevar con teson las fatigas de la guerra, é infundir respeto y ciega adhesión á los soldados que estuviesen á sus órdenes. »

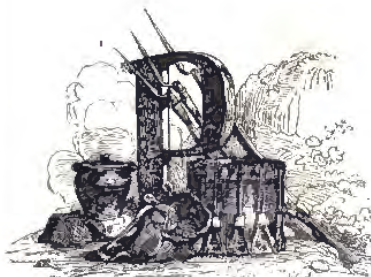
Así era cómo Napoleon, aun niño, echaba en una memoria de estudiante los cimientos de un instituto que debia realizar algun dia en su omnipotencia.

Por lo demás, los exámenes brillantes que sostuvo le merecieron en Paris igual distincion que en Bricna. Salió de la Escuela militar en 1787, y pasó, con el grado de subteniente, al regimiento de artilleria de La Fere, que estaba á la sazón de guarnicion en Grenoble.



CAPITULO II.

Desde la entrada de Napoleon en el servicio hasta el sitio de Tolon.



Enviado a Valencia, donde se hallaba á la sazón una parte de su re-

oco tiempo despues de su llegada á Paris, Napoleon, que aun no habia cumplido diez y ocho años, contrajo amistad con el abate Raynal, y ambos á competencia solian engolfarse en los puntos mas arduos de la historia, la lejislacion y la política.

jimiento, fué admitido en las principales tertulias, particularmente en la de Madama de Colombier, mujer de mérito sobresaliente que servia de norma á la jente distinguida. En su casa tuvo ocasion de relacionarse con Mr. de Montalivet á quien nombró despues ministro del interior.

Madama de Colombier tenia una hija (1), que inspiró al jóven oficial de artilleria sus primeros arranques amorosos.



Esta inclinacion, tan inocente como entrañable, fué felizmente cor-

(1) Napoleon volvió á ver en Leon á la señorita de Colombier, que se habia casado con Mr. de Bressieux, y la colocó de dama de honor en casa de su hermana, dándole tambien al marido un empleo muy lucrativo.

respondida por el objeto que la causaba, y dió motivo á algunas breves citas, en las cuales, segun dice Napoleon, toda la dicha de los dos amantes se reducía á comer cerezas juntos.

Por lo demás, nunca se trató de casarlos. La madre, á pesar de su aprecio é inclinacion al jóven, no pensó en aquel enlace, como se ha supuesto. En recompensa, le pronosticó muchas veces una suerte encumbrada, y aun renovó sus anuncios antes de su muerte, cuando la revolucion francesa acababa de abrir la carrera en que debian tener cumplimiento.

Ni sus raptos amorosos, ni su lucimiento en las tertulias retrajeron á Napoleon de sus estudios, afanándose con los problemas harto intrincados de la economia social, y ganó, encubierto bajo otro nombre, el premio que la academia de Leon habia propuesto sobre esta cuestion sentada por el abate Raynal: «¿Cuáles son los principios é instituciones que se han de infundir á los hombres para hacerlos lo mas felices que sea dable?» Napoleon desempeñó el asunto como alumno del siglo XVIII y salió premiado. Sin duda el recuerdo de aquel triunfo no le pareció muy lisonjero en lo sucesivo, porque cuando Mr. de Talleyrand le presentó su memoria bajo el imperio, la arrojó inmediatamente al fuego.

Estalló la revolucion francesa, y toda la juventud instruida idolatró sus anuncios, pregoneros de las doctrinas enciclopédicas en que se habia empapado. La nobleza, encaprichada con sus ejecutorias y privilegios, no siguió aquel movimiento; pero aquellas aprensiones linajudas no podian trascender á que desdijese de su númen y de su siglo un oficial, de quien dijera Paoli con motivo y acierto, «que estaba vaciado á la antigua y que era un hombre de Plutarco.» Napoleon no imitó á la mayor parte de sus compañeros, que fueron á tildar en el extranjero la rejenacion de su patria. Puede ser que la consideracion de su fortuna y de su gloria se aunase al influjo de sus opiniones y principios, diciendo á su capitán, al abrazar el partido de los innovadores, «que las revoluciones eran una temporada de cosecha para los militares que tenian valor y talento;» pero ¿es esta una razon para achacar únicamente á un cálculo mezquino y despojar de toda moralidad política el ardiente patriotismo que habia manifestado en sus conversaciones y escritos, aun antes de la esplosion de la crisis? No cabe entrar con la nulidad contemplativa de un ideólogo ni con el desapropio místico de un fraile en los negocios públicos, si se quiere obrar poderosamente sobre los hombres y contribuir á mejorar la suerte de los pueblos, y no se ejecutan grandes empresas ni se da impulso al mundo con el despegue absoluto de la impotencia. Afortunado fué para la Francia que se hallasen, entre los lejisladores y soldados adictos á la reforma de 1789, almas desaladas tras la gloria que se granjea con eminentes servicios, ó ambiciosas de la potestad que franquea al

númen el cabal desempeño de sus intentos. Feliz fué sobre todo para ella que entre estos ambiciosos, sin los cuales el drama revolucionario, de suyo exánime, solo hubiera presentado el yerto y desabrido espectáculo de un congreso de cuáqueros ó de un concilio de jansenistas, se encontrase un soldado legislador, capaz de aspirar y encumbrarse á una nombradía y poderío imponderable, por medio de grandiosos afanes en beneficio de la civilización europea.



Napoleon siguió pues sus corazonadas y sus convencimientos, al abrazar con ansia el partido popular; pero este ardiente patriotismo no le imposibilitó el dar pábulo en su alma á la aversion á la anarquía y asistir con indignacion y dolor á las bacanales populares que se estremaron en la agonía de una potestad cuya sucesion debía recoger un día. Asi en 20 de junio de 1792, hallándose en la azotea de las Tuilerías que cae al río, y viendo que un hombre de la plebe ponía un gorro encarnado á Luis XVI, exclamó, despues de haber pronunciado una palabra tan trivial como enérgica: «¿Cómo han dejado entrar á esos canallas? Era preciso barrer cuatrocientos ó quinientos de ellos á cañonazos, y los demás correrían aun.»

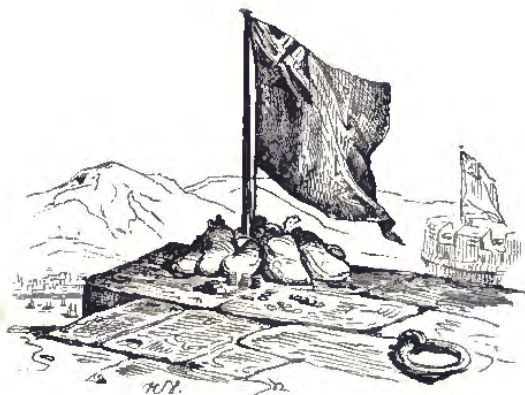
Presenciando el 10 de agosto, que habia previsto, como consecuencia

inevitable del 20 de junio, ansioso partidario de la revolucion francesa, pero siempre adicto á las ideas de orden y al acatamiento á la potestad, desamparó la capital de la Francia para regresar á Córcega. Paoli se hallaba á la sazón en aquella isla maquinando por la Inglaterra; y el jóven patriota francés, acongojado hasta lo sumo con aquel procedimiento, estrelló desde entónces el ídolo de sus niñeces. Se encargó de un mando en la guardia nacional y peleó acérrimamente contra el anciano por quien mostrara hasta entónces tanto respeto y cariño.

El partido inglés fué vencedor en esta lucha, señalada con el incendio de Ajaccio, por cuyo motivo la familia de Bonaparte se refugió á Francia y se acució en Marsella. Napoleon permaneció poco tiempo en esta ciudad y regresó desaladamente á Paris, donde los acontecimientos se iban atropellando tan violentamente que cada día y cada hora eran la señal de una nueva crisis.

El Mediodia acababa de enarbolar el estandarte del federalismo, y la traicion habia entregado Tolon á los Ingleses. El jeneral Cartaux fué encargado por la Convencion de avasallar la Provenza á las leyes de la república, activando en ella la derrota y castigo de los traidores y rebeldes.

Luego que la victoria condujo á este jeneral á Marsella, se dispuso el sitio de Tolon, á donde pasó Napoleon en calidad de comandante de artillería. En aquella época dió á luz, con el título de *Cena de Belecire*, un opúsculo de que no habla el *Diario de Santa Helena*, pero que Mr. de Bourrienne declara haber recibido del mismo Bonaparte á su regreso

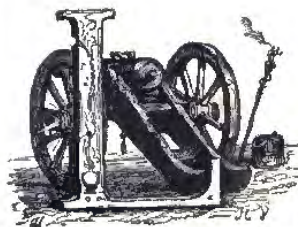


de Tolon. Por lo demás este escrito lleva el sello de las opiniones que debía profesar entónces como patriota brioso y como aventajado militar; encierra, acerca de las turbulencias del Mediodía y sobre el episodio del federalismo, un juicio que muestra en el oficial de artillería los encumbrados alcances y el tino que despues descolló en el emperador.



CAPITULO III

Sitio y toma de Tolon. Principio de las campañas de Italia. D deposicion.



LEGANDO Bonaparte sobre Tolon, halló un ejército de voluntarios denodados, pero sin caudillo digno de mandarlos. El jeneral Cartaux, que ostentaba un lujo y un boato impropios de la austeridad de los principios republicanos, era todavia mas negado que vanidoso. La conquista de Tolon era una empresa superior á sus fuerzas, pero estaba lejos de reconocer aquella incapacidad, suponiéndose al contrario esclusivamente el desempeño adecuado al intento. Esta ridicula confianza en sí mismo le suministró el famoso plan que motivó su deposicion, y estaba concebido en estos términos :

• El jeneral de artilleria bombardeará la ciudad de Tolon por espacio

de tres días, y al cabo de este tiempo, la asaltará con tres columnas y la ocupará.»

Afortunadamente al lado de este táctico extraño y lacónico se encontró un oficial subalterno, tan descollante por su ciencia y desempeño militares como inferior en graduación. Era un joven de veinte y cuatro años, y aunque sencillo y modesto, no pudo ocultar el menosprecio que le infundían la mayor parte de los hombres á quienes la jerarquía y la disciplina le precisaban á mirar como á superiores, pero cuya incapacidad podía redundar en sumo daño de la república. Este desprecio tan fundado y el concepto de su propia superioridad entre cuantos le rodeaban, le alentaron á contradecir á sus jefes en todas las disposiciones que conceptuaba descaminadas. En sus disputas diarias con Cartaux, la mujer de este jeneral en jefe dijo una vez á su marido: «Deja obrar á ese joven; sabe mas que tú; él nada te pide: tú debes dar parte, y la gloria es tuya.»

Desde el momento en que Napoleon llegó al ejército, comprendió con aquella mirada pronta y certera que corría parejas con su númen en los campos de batalla, que para tomar á Tolon era preciso embestir la garganta de la rada, y solía decir indicando este punto en el mapa: *que allí estaba Tolon*. Pero sus conatos fueron por mucho tiempo infructuosos para conseguir que se adoptase su parecer, aunque merecía la aprobación del comandante de ingenieros; pues nada podía vencer la necia tenacidad del jeneral en jefe. Por fin, entre los representantes del pueblo se halló un hombre dotado de bastante penetración y perspicacia para adivinar ó calar, tras el uniforme de comandante de artillería, un gran capitán. Logró Napoleon cuanto ensanche necesitaba para afianzar el buen éxito de sus planes; Cartaux fué depuesto, los Ingleses desocuparon á Tolon, y el vencedor, al acordarse posteriormente de este primer triunfo, debido en parte á la confianza del representante del pueblo, decía agradecido *que Gasparin le habia abierto la carrera*.

Descolló Napoleon en el sitio por su serenidad y bizarría inalterables; pues no era sólo en el consejo donde manifestaba su ciencia y desempeño, acreditando uno y otro en medio de la acción, haciendo que el soldado admirase tanto su heroica presencia de ánimo, como el jeneral la ostensión y rapidez de su inteligencia. Esta intrepidez acarreó el sacrificio de muchos caballos y que le hiriesen en el muslo izquierdo con riesgo de amputación.

Era de suyo tan opuesto á la teórica pura, y menospreciaba en tanto grado las inútiles meramente científicas, que nunca se atuvo exclusivamente á sus doctrinas. Idear y plantear eran para él un solo acto instantáneo, desempeñando su brazo ejecutivamente cuanto abarcaba allí su fantasía. Esta necesidad de obrar le siguió á todas partes; la sintió desde

niño, la conservó en todos los vaivenes de su estrella, y falleció al faltarle campo donde esplayarla, teniendo ya que concentrar en sí mismo aquella omnipotencia pensadora que había asombrado la Europa con sus gigantados conceptos.

No solo aplicaba esta actividad incansable á lo grandioso, pues en rodeándose las circunstancias, ponía la mano á todo, y no temía esponer su espíritu trascendental á una jestion desairada, dedicándose á un pormenor práctico segun la urjencia del trance. Así fué que, hallándose durante el sitio de Tolon en una batería en el acto en que uno de los artilleros cayó muerto, asió inmediatamente el atacador y cargó él mismo una do-



cena de tiros. Le resultó luego una sarna maligna de que estaba plagado el artillero, y que despues de haber puesto su vida en peligro, le causó la extraordinaria flaqueza que conservó durante las guerras de Egipto é Italia. Su cura radical no se efectuó hasta la época del imperio, merced á los conatos de Corvisart.

No todos sus jefes fueron tan envidiosos é inhábiles como Cartaux. Los jenerales Dutheil y Dugommier le manifestaron al contrario un alto aprecio y unas atenciones desusadas jeneralmente con subalternos, lo cual era un resultado de su inmensa é indisputable superioridad de saber y desempeño. Dugommier quedó atónito al oirle decir con una serenidad que fué profética, despues de la toma del Pequeño Jibraltar: «Idos á descansar; acabamos de tomar á Tolon; pasado mañana dormiréis allí.» Pero sobrepujó á la estrañeza mucho mayor pasmo, cuando la predicción fué pun-

tual y plenamente cumplida. Napoleon se acordó en su testamento de los jenerales Duthail y Dugommier y tambien de Gasparin. Entónces Dugommier escribió á la junta de salvacion pública pidiéndole el grado de jeneral de brigada para el comandante Bonaparte: «Recompensad y dad ascensos á este jóven, *porque si se obrase ingratamente con él, se lo tomaria él mismo.*»

Los representantes del pueblo hicieron justicia á esta peticion, y el nuevo jeneral pasó al ejército de Italia á las órdenes de Dumerbion y contribuyó eficazmente á la toma de Saorgio y á las victorias de Tanaro y de Onella.

Aunque Napoleon era adicto al sistema de los republicanos ardientes, que salvaban entónces al pais con una pujanza acompañada á veces de providencias pavorosas, se sobreponia siempre, desde la cumbre de su talento, á las pasiones que se estaban estrellando, y conservaba, bajo los ímpetus del delirio revolucionario, un carácter de moderacion y de imparcialidad filosófica que no estaba al alcance de los extremos que presenciaba. Asi no usó de su poder y valimiento sino para resguardar de las persecuciones á sus contrarios políticos y salvar á varios enigrados que la borrasca habia arrojado sobre la costa de Francia, y entre los cuales se hallaba la familia de Chabillant. Cuando las venganzas de la Convencion contra los federalistas del Mediodia alcanzaron á Mr. Hugues, comerciante rico de Marsella, de edad de ochenta y cuatro años, quedó aterrado con este sacrificio, que le hizo prorumpir despues: «Con aquel espectáculo me creí entónces al fin del mundo.»

Aunque horrorizado con tan estremada barbarie, Napoleon estaba despejadamente á los sangrientos mandarinaes de aquella temporada. «El emperador, dice el Diario de Santa Helena, hacia á Robespierre la justicia de decir que habia visto largas cartas suyas escritas á Robespierre menor su hermano, entónces representante en el ejército del Mediodia, en que desaprobaba espresivamente aquellas demasias, diciendo que deshonraban la revolucion y la matarian.»

Robespierre menor habia comprendido y admirado, como Gasparin, al grande hombre en sus principios. Hizo todos sus esfuerzos para llevarle consigo á Paris cuando fué llamado poco antes del 9 termidor. «Si yo no me hubiese desentendido, dice Napoleon, ¿quién sabe adónde hubiera podido conducirme un primer paso y qué otra suerte hubiera sido la mia?»

En el sitio de Tolon conoció y allegó á sí á Duroc y Junot: el primero, que fué el único que poseyó su intimidad y su entera confianza, y Junot, á quien distinguió con el rasgo siguiente:

Luego que el comandante de artilleria llegó á Tolon, mandó construir una bateria, y necesitando escribir sobre el terreno, pidió un cabo ó sarjento que pudiese servirle en clase de secretario. Presentóse al punto

amo, y apenas estaba concluida la carta, cuando una bala la cubrió de arena. «Bien», dijo el soldado amanuense, «no necesitare arenilla.» Esto



soldado era Junot, y la prueba que dió de valor y serenidad hizo que lo recomendase su comandante, quien le ascendió despues hasta los primeros grados del ejército.

La conquista de Tolon, debida al jóven Bonaparte, no alcanzó á es-
cudarle contra las quejas y persecuciones que solian padecer los jefes mili-
tares por parte de los comisarios de la Convencion. Un decreto, que no
tuvo ejecucion, le citó á comparecer ante ella para responder de algunas
disposiciones suyas relativas á las fortificaciones de Marsella. Un represen-

tante, descontento con su teson y desabrimiento respecto á sus demandas, pronunció contra él aquella fórmula tantas veces mortal, pero en esta ocasión felizmente ilusoria y vana, de *puesto fuera de la ley*.

No todos los representantes del ejército del Mediodía se mostraron desafectos á Napoleon, como antes dijimos. Uno de ellos, casado con una mujer muy amable y hermosa, le colmó de atenciones y miramientos, permitiéndole en su casa una familiaridad de que se utilizó ú abusó el general de artillería, si hemos de referirnos á las indiscreciones del Diario de Santa Helena, segun el cual aparece que la esposa participaba de la benevolencia y preocupacion del marido, quien fué uno de los primeros que inclinó los ánimos de la Convencion al vencedor de Tolon en la época del 15 vendimiario.

Siendo Napoleon emperador, volvió á ver á su linda patrona de Niza. El tiempo y las desgracias habian alterado, ó mas bien destruido enteramente, lo que cautivara en otro tiempo á Napoleon. «¿Cómo no os habeis valido de vuestros conocidos del ejército de Niza para llegar á mí?» le dijo el emperador. «Hay entre ellos muchos personajes que están en relacion perpetua conmigo. — Ay, señor, » respondió ella, «ya no hemos sido conocidos desde el momento en que ellos han sido grandes y yo he llegado á ser desgraciada. » Era entonces viuda y se hallaba en sumo desamparo. Napoleon le concedió cuanto pedia.

Al citar la época de esta *buena ventura*, como así se llama en el estilo del mundo, aunque no en el lenguaje de la moral, Napoleon se espresó así: «Yo era entonces muy jóven y estaba envanecido con mi escaso triunfo; así procuré agradecérselo con todas las atenciones que estaban á



mi alcance, y vais á ver cuál puede ser el abuso de la autoridad y de qué depende á veces la suerte de los hombres, sin que por eso se juzgue que yo sea de peor condicion que otro. Pascándome un dia con ella por nuestros acantonamientos en los alrededores de la garganta de Tende, á título de reconocimiento como jefe de la artillería, me ocurrió de repente darle el espectáculo de un encuentro y mandé un ataque de avanzada. Verdad es que salimos vencedores, pero el resultado no podia ser trascendental; el avance era un mero capricho, y sin embargo murieron algunos hombres. Así, cuando posteriormente me ha venido este recuerdo á la memoria, me lo he vituperado amargamente. »

Los sucesos del 9 termidor rezagaron momentaneamente á Bonaparte la carrera que emprendia con tanto éxito y brillantez. Ora sea que sus relaciones con Robespierre menor le hubiesen hecho sospechoso á los reaccionistas, ora que los envidiosos de su gloria asomante se hubiesen valido de este ó de cualquier otro pretexto para perderle, quedó suspenso de sus funciones y arrestado por orden de Albitte, Laporte y Sallicetti, quienes le acriminaron el viaje que habia hecho á Jénova, segun un acuerdo y las instrucciones de su compañero Ricord á quien habian reemplazado.

Declarado Bonaparte indigno de la confianza del ejército y citado á comparecer ante la junta de salvacion pública, no se avino calladamente al mandato ni á los cargos que se le hacian. Estendió al punto una nota dirigida á los representantes que le habian mandado arrestar, en la que asoma ya el esilo altivo, enérgico y terminante, harto reconocido y celebrado despues en su habla y en sus escritos. He aquí algunos fragmentos de este documento memorable:

« Me habeis suspendido de mis funciones, me habeis arrestado y declarado sospechoso.

« Heme aquí manecillado sin juicio ó sentenciado sin haberme oido.

« En un estado revolucionario hay dos clases, una de patriotas, y otra de sospechosos.

« ¿En cuál de ellas quieren clasificarme?

« ¿Por ventura no he sido adicto á los principios desde el origen de la revolucion?

« ¿No me han visto siempre pelear contra los enemigos interiores ó contra los extranjeros á fuer de militar?

« He sacrificado la residencia de mi departamento, he abandonado mis bienes, lo he perdido todo por la república.

« Posteriormente he servido en Tolon y he descollado, he servido en el ejército de Italia, y he merecido la parte de los laureles granjeados en las tomas de Saorgio, Onella y Tanaro.

« Cuando se descubrió la conspiracion de Robespierre, mi conducta fué la de un hombre acostumbrado á no ver mas que principios.

« Luego no se me puede disputar el título de patriota.

« ¿ Porqué me declaran sospechoso sin oirme?

« Inocente, patriota, calumniado, enalesquiera que sean las disposiciones de la junta, no podré quejarme de ella.

« Si tres hombres declarasen que he cometido un delito, yo no podria quejarme del jurado que me condenase.

« ¿ Deben los representantes poner al gobierno en la necesidad de ser injusto y desacertado?

« Oídme, destruid esta opresion que me acosa, y volvedme el aprecio de los patriotas.

« Una hora despues, si los perversos quieren mi vida, la tengo en tan poco, la he despreciado tantas veces.... Sí, la mera aprension de que aun puede ser útil á la patria me hace sobrellevar su peso con entereza. »

Esta protesta bizarra y grandiosa en medio de su sencillez, indujo á los representantes á reflexionar que trataban con un hombre de suma capacidad, y que por consiguiente debian perder la esperanza de doblegarle bajo la arbitrariedad y la persecucion, sin esponerse á una larga y tenaz resistencia de su parte. Atemperándose pues á las exigencias del amor propio y á los consejos de la prudencia, Albitte y Salicetti, de acuerdo con el jeneral Dumberbion, revocaron provisionalmente su decreto y mandaron que se pudiese en libertad al jeneral Bonaparte, « cuyos conocimientos militares y locales podian redundar en provecho de la república. »

Entretanto la reaccion de terror puso la direccion de la junta militar en manos de Aubry, antiguo capitán de artilleria, y con este motivo Napoleon fué sacado de su cuerpò y destinado á servir en la Vendea en clase de jeneral de infanteria. Indignado de una trasmutacion tan ofensi



va y poco dispuesto á dedicar el desempeño que se conceptuaba á una guerra tan ingrata, acudió ejecutivamente en Paris á la junta militar, expresándose con mucho ímpetu y vehemencia. Aubry fué inflexible, y dijo á Napoleon «que era jóven y se hacia forzoso que se antepusiesen los veteranos;» á lo que respondió Napoleon, «que en el campo de batalla se envejecia pronto, y que entónces llegaba de él.» El presidente de la junta no se habia hallado en ninguna accion.

Pero esta aguda y acalorada réplica era mas á propósito para indisponer que para persuadir á Aubry, quien insistió en su providencia, y el jóven oficial, no menos tenaz en sus resoluciones, prefirió el quedar arrinconado al ceder á la injusticia.



CAPITULO IV.

Apeachment. 13 de vendimiaro. Josefina. Casamiento.



INCREDIBLE parece ver al avasallador venidero de la Europa, detenido en su carrera, depuesto y borrado de la lista de los jenerales franceses en activo servicio, en virtud de una órden firmada por Merlin de Douai, Berlier, Boissy-d'Anglas y Cambaceres, que debian todos un dia desalarse á competencia en demostraciones lisonjeras para alcanzar una sonrisa ó un ademan de apro-

bacion del joven oficial, á quien trataban entónces con tan poca consideracion y miramiento.

Pero entre los reaccionistas de temidor se halló un hombre que no quiso dejar enteramente ociosos los conocimientos militares que Bonaparte habia manifestado en Tolon, y este fué Pontecoulant, sucesor de Aubry, quien empleó á Napoleon en la formacion de los planes de campaña, sin hacer caso de las reconvenções de la faccion dominante.

Este destino arrinconado que tan mal conjeniaaba con el carácter de un guerrero, para quien eran condiciones necesarias de existencia el movimiento, el estruendo y la gloria, pareció todavia demasiado ventajoso y honorífico para el joven oficial cuya suerte se intentaba soterrar. Letourneur de la Mancha, que reemplazó á Pontecoulant en la presidencia de la junta militar, heredó la ajeja ojeriza de Aubry, y Napoleon quedó sin empleo.

Entónces, desahuciado de arrollar envidias, vulgaridades y odios poderosos, y no queriendo sin embargo doblegar ante la idiotéz y bastardia arbitraria toda la capacidad política y guerrera que abrigaba en su interior, desvió por un momento sus miradas de Europa para clavarlas en el Oriente. Necesitaba á todo trance destinos grandiosos; la naturaleza lo habia labrado para pretenderlos y ejecutarlos; y si la Francia se los rehusaba, el Oriente debia ofrecérselos.

Poseido de este pensamiento, estendió unos apuntes para dar á entender al gobierno francés que estaba en el interés de la república el aumentar los medios defensivos de la Puerta, contra las miras ambiciosas y los proyectos de invasion de las monarquías europeas. « El general Bonaparte, que sirve en la artillería desde su mocedad, y que la dirigió en el sitio de Tolon y durante dos campañas en el ejército de Italia, se ofrece al gobierno para pasar á Turquía con un encargo político..... Será útil á su patria en esta nueva carrera; y hará un verdadero servicio, á su país si alcanza á robustecer las fuerzas de los Turcos, perfeccionar la defensa de sus principales fortalezas y construir otras nuevas. » — « Si un empleado del despacho de la guerra, dice Mr. de Bourrienne, hubiese puesto la palabra *concedido* al pié de la nota, acaso esto solo hubiera cambiado la faz de la Europa. » Pero esto no sucedió. Preocupado el gobierno con la política interior y las contiendas de partidos, no podia dedicar su atencion á planes militares, cuyo resultado era tan incierto como remoto; y Napoleon continuó ocioso en Paris, condenado á la inaccion por la prepotencia, pero retenido por la Providencia á las órdenes de la revolucion.

No tardó en rodeársele coyuntura de emplearse. Los realistas, alentados con la reaccion de temidor, se introdujeron en las secciones parisenses y las animaron á sublevarse contra la Convencion. Las primeras tentativas fueron favorables á los insurjentes. El general Menou, indiciado de

traicion y ciertamente culpable de flojedad y convencido de incapacidad, facilitó esta victoria á los seccionistas, á quienes se le habia encargado dispersar y rendir. Los caudillos de la Convencion, demasiado comprometi-



dos con el realismo, á pesar de sus ímpetus contra los jacobinos, para no sobresaltarse con el triunfo de la contra-revolucion, se acordaron entonces de que habian proscrito, desarmado y encarcelado á un sinnúmero de ardientes patriotas que podian parar en denodados auxiliares en tan criticas circunstancias. Los republicanos perseguidos oyeron el llamamiento de sus perseguidores, y corrieron á las armas para conjurar el peligro comun. Pero este ejército extemporáneo necesitaba un jeneral, despues del revés y del arresto de Menou; y Barras, nombrado para jefe, solo podia ejercer un mando nominal. Tuvo la sensatez de comprenderlo y de hacer que se le agregase un ayudante mas inteligente de la guerra que él. Propuso al jeneral Bonaparte, y la Convencion confirmó esta eleccion por un decreto que Bonaparte pudo oir desde la tribuna pública á donde habia concurrido para observar de cerca la conducta de la asamblea, en cuyas manos estaba la suerte de la república.

Segun el *Diario de Santa Helena*, Napoleon deliberó por mas de media hora consigo acerca de la admision ó no admision del puesto importante que se le confiaba. No habia querido militar contra la Vendea, y no debia decidirse de repente á metrallar á los Parisienses. Pero si la Convencion fracasaba, decia consigo mismo, ¿qué será de las grandes verdades de nues-

tra revolucion? nuestras numerosas victorias, y nuestra sangre, tantas veces derramada, ya no serian mas que acciones infames. Los extranjeros, á quienes hemos vencido, trunfarian entónces y nos llenarian de vilpen-



dio.... De modo que la derrota de la Convencion cediria las sienes de los extranjeros y pondria el colmo á la ignorancia y esclavitud de la patria. Este arranque, veinte y cinco años, la confianza en sus fuerzas y en su destino preponderaron en él, y luego que se hubo decidido, se presentó á la junta.

Aciaga determinacion para los insurjentes, pues Napoleon ajustó tan acertadamente sus medidas, que al cabo de pocas horas de refriega, el ejército parisiense fué arrojado de todas sus posiciones y el levantamiento quedó enteramente sofocado.

La Convencion recompensó á su libertador, nombrándole jeneral en jefe del ejército del interior.



Desde aquel día Napolcon pudo prever que dispondría luego de las fuerzas militares de la Francia, y subió realmente la primera grada del trono, al tomar el mando supremo de la capital.

¡En veinte y cuatro horas qué cambio de su suerte! El 42 vendimiarío estaba arrinconadamente desahuciado, teniendo que ensimesmar la actividad de su ingenio, propenso á desconfiar de su estrella con tantísimos tropiezos, y en tal manera aburrido de los contratiempos que experimentaba en la escena política, que el halago y el reposo de la vida privada empezaban á tentarle y le hacíau prorumpir, al saber el enlace de su hermano José con la hija del principal comerciante de Marsella:

« ¡Qué afortunado es aquel pícaro de José! »

Por el contrario, todas estas veleidades de estado llano habian desaparecido el 14 vendimiario, y el arrinconado de la víspera se habia trasformado en el dominador del dia siguiente, viniendo á ser el centro de todas las tramoyas y de todas las ambiciones, así como era el alma de todos los movimientos. En presencia del realismo, cuya bandera rechazaba alla el mimen de la Francia, y no teniendo sobre si mas que una junta ejecutivamente desgastada en la carrera de las arbitrariedades y en las contendas de endalzo, el jóven vencedor de las secciones parisienses estableció con su estrella asomante los destinos de la revolucion, que ya no podia acaudillar el astro eclipsado de la Convencion al resplandor de los primeros años de la libertad.

El primer uso que hizo Napoleon de su poder y valimiento fué salvar á Menou, cuya pérdida tramaban las juntas.

Apesar de toda su moderacion, los vencidos no le pudieron perdonar su derrota; pero su venganza se limitó á un apodo, no pudiendo nada mas contra él que llamarle *el Metralador*.

El vecindario parisiense estaba mortalmente agraviado y abatido; el hambre estremó el quebranto y la aversion á los militares que lo habian



avasallado. « Un día que no había podido verificarse el reparto del pan, dice Mr. de las Cases, y que se había agolpado el gentío á las puertas de los panaderos, Napoleon pasaba con una parte de su estado mayor, zelando la seguridad pública; detiéndole un tropel de la plebe, compuesto principalmente de mujeres, y le pide pan á veces descompasadas: crece la concurrencia, se redoblan las amenazas, y la situacion llega á ser sumamente crítica. Sobresalia sobre todos por sus ademanes y palabras una mujer desatinadamente gruesa: « Todo ese hato de matones se burla de nosotros, clamaba apuntando á la oficialidad, pues en comiendo y engordando ellos bien, poco les importa que el pueblo se muera de hambre. » Volvióse Napoleon hácia ella y dijo: « Oiga, buena mujer, ¿qué os parece? ¿cuál está mas gordo de los dos? » Es de observar que Napoleon se hallaba á la sazón sumamente flaco. « Yo parecia un esqueleto, dice él. Una risa jeneral aplaca la furia de la plebe, y el estado mayor prosigue su camino. »

Sin embargo la trascendencia de la asonada insurreccional de vendimiario, y la casi jeneralidad de las reconvenciones en que prorumpian con-



tra la Convencion todos los partidos, habian hecho disponer el desarme jeneral de las secciones. Mientras se llevaba á cabo esta providencia, un jóven de diez á doce años fué á suplicar al jeneral en jefe que le mandase devolver la espada de su padre, que habia mandado los ejércitos de la república. Este jóven era Eujenio de Beauharnais. Napoleon accedió á la súplica, y le trató con sumo agrado. Enternecido el mozo, derramó algunas lágrimas, y habló á su madre de la buena acogida que le habia dispensado el jeneral, con cuyo motivo aquella se creyó obligada á visitarle y manifestarle su agradecimiento. Madama Beauharnais, todavía jóven, no ocultó probablemente en este avistamiento el donaire y los primores con que descollaba en las grandiosas tertulias de la capital. Interesó á Bonaparte, quien avaloró la proporción que vino á rodearle la casualidad, siendo desde luego uno de sus contertulios diarios. Acodian allí algunos de la nobleza antigua que no descompadrahan con el metralladorcillo, como se le apellidaba con estudio en las concurrencias. Cuando esta se retiraba, quedaban algunos amigos, como el anciano Mr. de Montesquien y el duque de Nivernés, para hablar á puerta cerrada de la antigua corte y «dar una vuelta por Versailles.» Muy extraño pareciera hoy



dia ver al vencedor de vendimiario rodeado de aquellos palaciegos veteranos, si no se supiera lo que ha hecho despues por la etiqueta y las ejecutorias, aunque nunca se desprendió respecto á si del menosprecio filosófico que le merecian aquellas aprensiones, y debía ser el representante nato de la revolucion francesa y el espanto de las aristocracias europeas. Por lo demás no fué un mero conocimiento ó una relacion volandera la que contrajo Napoleon con Madama de Beauharnais. El cariño mas ardiente y entrañable se aposentó en su pecho, y cifró toda su dicha en desposarse con la que estaba adorando. Este enlace se verificó el 9 de marzo de 1796. Una negra habia pronosticado á Josefina que seria reina; á lo menos así se complacia en referirlo sin parecer muy incrédula, y su matrimonio con Bonaparte fué un primer paso para el cumplimiento de la profecía.



CAPITULO V.

Primera campaña de Italia



CHENER, jeneral en jefe del ejército de Italia, habia comprometido las armas y el honor de la república por su incapacidad militar y por el desconcierto de su administracion, dejando perecer la caballería por falta de abastos. El ejército carecia de todo y no podia sostenerse por mas tiempo en la ribera de Génova. Deseoso el Directorio de poner un tér-

mino á tamaña desdicha, pero escaso de viveres y de caudales, le envió un nuevo jeneral. Afortunadamente este nombramiento recayó en Bonaparte, cuyo númen lo suplió todo.

Salió de Paris el 21 de marzo de 1796, dejando el mando del ejército del interior á un antiguo jeneral llamado Hatri, y llevando ya ideado su plan de campaña. Habia resuelto internarse en Italia por el valle que deslinda los últimos picos de los Alpes y de los Apeninos, para atravesar el ejército austro-sardo, precisando á los Imperiales á cubrir á Milan, y á los Piamonteses á escudar su capital. Llega á Niza á fines de marzo, de donde traslada, desde el arranque de la campaña, el cuartel jeneral á Albenga. «Soldados,» dice Napoleon al pasar la primera revista á las tropas, «estais desnudos y hambrientos: se os está debiendo mucho, y nada se os puede dar. Vuestro sufrimiento, el denuevo que mostrasteis entre estos peñascos es asombroso, mas no os acarrea el menor blason, y así, vengo á encaminaros á las llanuras mas pingües del mundo. Ricas provincias y grandes ciudades caerán en nuestro poder, y allí lograreis riquezas, honor y gloria. ¡Soldados de Italia! ¿escasearíais de arrojo?»

El ejército ya esperanzado vitorrea este lenguaje, y utiliza el jeneral aquel entusiasmo para hablar con desembozo al senado de Génova, pidiéndole el tránsito por la Bochetta y las llaves de Gavi.

En 8 de abril escribe al directorio: «He hallado este ejército, no sola-



mente falto de todo, sino tambien de disciplina y rematadamente insubordinado. El descontento habia llegado á tal extremo que los mal intencionados, valiéndose de la coyuntura, habian formado una compaña, llamada del *Delfin*, que iba entonando cantares contrarevolucionarios.... Contad con que se restablecerán en él la paz y el orden..... Cuando leais esta carta, ya habrémos venido á las manos. » Y con efecto sucedió todo como Bonaparte habia previsto y asegurado.

El ejército enemigo estaba mandado por Beauheú, oficial sobresaliente, que se habia granjeado nombradía en las campañas del Norte. Al saber que el ejército francés, hasta entónces mantenido en la defensiva, acababa de entablar de repente el sistema ofensivo, y trataba osadamente de arrollar las puertas de Italia, sale arrebatadamente de Milan y acude al socorro de Jénova. Situado en Novi, donde fija su cuartel jeneral, reparte su ejército en tres cuerpos, y publica un manifesto que el jeneral francés remite al Directorio, diciéndole que iba á contestar « al otro día de la batalla. »



Verificóse esta el 14 en Montenote: y descollando con un golpe sonado desde el principio de la campaña, alcanza el jeneral republicano la pri-

mera victoria, desde cuya fecha quiso contar después el origen de su nobleza.

Nuevas refriegas le fueron proporcionando mayores triunfos; Bonaparte, vencedor el 14 en Millesimo, y el 16 en Dego, responde, no al otro día de la batalla, sino con tres victorias en cuatro días, al manifiesto de Beaufieu; y la noche misma del empeño en Dego, da cuenta al Directorio de sus rápidas y esclarecidas operaciones, poniendo estudio en dar realce á la parte que habian tomado en tan reñidos trances los jefes que estaban á sus órdenes, como Joubert, Massena, Augereau, Menard, Labarpe, Rampon, Lanues, etc.

« Hemos cojido en esta accion de 7 á 9.000 prisioneros, contándose entre ellos un teniente jeneral y veinte ó treinta coroneles y tenientes coroneles.

« El enemigo ha dejado en el campo de 2.000 á 2.500 muertos.

« Os comunicaré tan pronto como me sea posible los pormenores de este glorioso encuentro, remitiendo lista de los que se han distinguido particularmente. »

Sucedió entonces que el jeneral Colli, que mandaba la derecha, escribió á Bonaparte reclamando un parlamentario llamado Moulin, emigrado francés, que habia sido detenido en Murseco, y amenazándole que usaria de represalias en la persona del brigadier Barthelemy, prisionero con los Austriacos. El jeneral francés respondió: « Un emigrado es un hijo parricida que bajo ningun concepto se hace respetable. Al enviar á Mr. Moulin en clase de parlamentario, se ha faltado al honor y á las consideraciones debidas al pueblo francés. Sabidas teneis las reglas de la guerra, y no creo en la represalia con que amenazais al brigadier Barthelemy. Pero si á pesar de aquellas leyes, os propasaseis á semejante acto de barbarie, de él responderán inmediatamente todos vuestros prisioneros con cruelísima venganza, porque profeso á los oficiales de vuestra nacion el aprecio debido á valientes militares. » Y no era vana la amenaza de Bonaparte, pues tenia ya en su poder gran número de prisioneros. Así pues contestó á Colli el 18 de abril.

El resultado de las famosas jornadas en que los nombres de Joubert, Massena y Augereau sonaron por primera vez esclarecidamente para la Francia, fué quedar la retaguardia enemiga, mandada por Provera, rendida, disponer la separacion de los Austriacos y Piamonteses, y abrir á las tropas republicanas á diestro y siniestro los caminos de Milan y de Turin.

Cuando el jeneral en jefe llegó á las alturas de Montezemoto, que Augereau habia ocupado el mismo día en que Serrurier habia obligado á Colli á evacuar su campamento atrincherado de Ceva, apuntó desde allí á su ejército los picos altaneros que la nieve señalaba á lo lejos y que se encumbraban á manera de tendidas cascadas de hielo sobre las ricas llanuras del

Phamonte. « Aníbal ha forzado los Alpes, » dijo á sus soldados, fijando sus miradas en los montes; « nosotros les daremos vuelta. »

El 22 quedó señalado con una nueva victoria. El ejército republicano pasó el Tanaro y se apoderó del reducto de la Bicoca, de Mondoví y de sus almacenes. El 23 se tomó y fortificó Cherasque, firmándose un armisticio el 28.



Algunos días antes, el 24, Bonaparte había respondido en estos términos á una carta del jeneral Colli: « El Directorio ejecutivo se ha reservado el derecho de tratar de la paz : por lo mismo es preciso que los plenipotenciarios del rey vuestro amo pasen á París ó aguarden en Jénova á los enviados del gobierno francés.

« La posición militar y moral de ambos ejércitos imposibilita toda suspensión pura y sencilla. Aunque yo esté particularmente convencido de que el gobierno concederá á vuestro rey condiciones de paz honrosas, no me cabe detener mi marcha por presunciones aéreas; sin embargo un medio hay de conseguir vuestro objeto conforme con los verdaderos intereses de vuestra corte y que escusaría un derramamiento de sangre infructuoso, y por lo tanto contrario á la razón y á las leyes de la guerra, y este es que me entregéis dos de las tres fortalezas de Coni, Alejandria y Tortona, las que bien os parezcan..... »

Entregáronse las fortalezas de Coni y Tortona, como también la de Ceva, á los republicanos, y quedó firmado el armisticio.

¡ Cuántas empresas ejecutadas en un mes! ya no tenía que temer la república por sus puertos y fronteras : estremeciéndose por el contrario en sus capitales á los reyes que antes la amenazaban ; y este trueque se había ve-

rificado con suma prontitud, sin recursos nuevos, con un ejército exhausto que carecía á un tiempo de víveres, de artillería y de caballería. Este milagro era el resultado del númen ambidestro de un prohombre y del ímpetu de la libertad que le franqucaba soldados y una oficialidad acreedora á su mando.



Los extranjeros estaban aterrados. El ejército francés, asombrado con su candillo novel, se angustiaba para lo venidero, aun en medio de sus inauditos triunfos, al recapacitar los medios escasos que le acompañaban en carrera tan esclarecida, entablando la ardua empresa de conquistar la Italia. Para desvanecer aquellas zozobras y reencender el entusiasmo de las tropas, Napoleon les dirigió desde Cherasque la proclama siguiente :

«¡Soldados! en quince días habeis alcanzado seis victorias, cojido veinte y una banderas, cincuenta y cinco cañones; habeis tomado varias plazas fuertes y conquistado la parte mas rica del Piamonte; habeis hecho quince mil prisioneros y herido ú muerto á mas de diez mil hombres. Hasta

ahora habeis peleado por áridos peñascos, esclarecidos ya con vuestro desnudo, pero inservibles para la patria. Ahora sois ya competidores dignísimos del ejército conquistador de la Holanda y del Rin. Faltos de todo, á todo habeis acudido. Habeis ganado batallas sin cañones, pasado rios sin puentes, hecho marchas forzadas sin calzado y acampado sin aguardiente y á veces sin pan. Solo salanjes republicanas y soldados de la libertad eran capaces de aguantar cuanto habeis padecido. La patria reconocida os deberá en parte su prosperidad; y si al vencer en Tolon estuvisteis ya anunciando la campaña inmortal de 1795, otra mas hermosa pregonan desde ahora vuestras victorias.

« Ambos ejércitos, que poco ha os embestian con arrojo, buyen aterrados á vuestra vista; los malvados que se estaban mofando de vuestro desamparo y soñaban con mil triunfos de nuestros enemigos, yacen confundidos y trémulos. Pero es menester que no os desentendais, oh soldados, de que nada habeis hecho, puesto que os queda todavía algo por hacer. Turin ni Milan no están en vuestro poder, y los asesinos de Basseville huellan todavía las cenizas de los vencedores de Tarquino. Estabais faltos de todo al principio de la campaña; ahora estais abundantemente provistos. Los depósitos cogidos á vuestros enemigos son crecidos y ya ha llegado la artillería de sitio y de campaña. Soldados, la patria tiene derecho á esperar heroicidades de vosotros. ¿Corresponderéis á su esperanza? No hay duda que están vencidos los mayores obstáculos; pero todavía teneis refriegas que trabar, ciudades que tomar y rios que atravesar. ¿Hay entre vosotros alguno cuyo denuedo amaine? ¿Hay alguno que prefiera volver á la cumbre del Apenino y de los Alpes, para aguantar los baldones de esa soldadesca esclava? No, no hay ninguno entre los vencedores de Montenotte, Millesimo, Dego y Mondovi. Todos están ardiendo en anhelos de llevar á lo lejos la gloria del pueblo francés. Todos quieren humillar á esos reyes orgullosos que se atrevian á tratar de aberrojarnos. Todos quieren dictar una paz gloriosa que indemnice á la patria de los inmensos sacrificios que tiene hechos. ¡Amigos! esa conquista yo os la prometo, pero bajo una condicion, que debeis jurar y cumplir, de respetar á los pueblos que libertais y contener los horribles saqueos en que se engolfan algunos perversos escitados por vuestros enemigos. No siendo así, los pueblos os mirarán como un azote, y no como á sus libertadores; y el pueblo francés, en vez de blasonar de vuestras acciones, os denegaria por sus hijos. Victorias, valor, triunfos, la sangre de nuestros hermanos muertos en las peleas, todo se perderia, hasta el honor y la gloria. En cuanto á mi y á los jenerales que os merecen confianza, rubor tendriamos de mandar un ejército sin disciplina, sin freno y que no conociese otra ley que la violencia. Pero revestido de la autoridad nacional y escudado con la justicia y las leyes, sabré hacer respetar á esa corta grey de cobardes y desalmados

las leyes de la humanidad y del honor que atropellan. No permitiré que unos salteadores marchiten vuestros laureles. Haré ejecutar rigurosamente el reglamento publicado en la orden del día. Los ladrones serán ejecutados sin conmiseración; algunos lo han sido ya, y con este motivo he podido observar el afán con que cumplieron mis órdenes los buenos soldados del ejército.

« ¡Pueblos de Italia! el ejército francés viene á romper vuestras cadenas: el pueblo francés es amigo de todos los pueblos; salid confiados á su encuentro. Propiedades, religión, costumbres, todo será respetado. Peleamos como enemigos jenerosos, y solo queremos mal á los tiranos que os avasallan. »

Este lenguaje estaba descubriendo en Napoleon aun mas que un gran capitán. En él descuella ya el estadista trascendental, que ha de ser un conquistador que imponga leyes, y logre pasmar y enloquecer á los pueblos anunciándoles su libertad, el castigo de los malhechores y el respeto escrupuloso para con su religión y sus costumbres.

Cuando Napoleon hablaba con tanta entereza, estaba á diez leguas de Turin, y tomaba, digámoslo así, posesion de la Italia. El rey de Cerdeña temió y activó las negociaciones entabladas, y cuyas primeras conferencias se efectuaron en casa de su mayordomo Salmatoris, que fué posteriormente prefecto del palacio de Napoleon durante el imperio; y firmóse en Cherasque el armisticio arriba anunciado, bajo condicion, entre otras, de que el rey de Cerdeña se retraeria inmediatamente de la confederacion y enviaria un plenipotenciario á Paris para tratar de la paz definitiva, todo lo cual fué puntualmente ejecutado. Hallábase el monarca sardo acosado por el ejército republicano; y así no le cabia el faltar á su palabra. Despachó al conde de Revel á Paris con las mas pacíficas instrucciones, y por su parte Napoleon envió de antemano á la misma capital al jefe de escuadron Murat, encargado de llevar la noticia de las victorias con que se habia señalado el principio de la campaña. « Ya podeis dictarle la paz al rey de Cerdeña cual vencedores, » escribia Napoleon al Directorio. « ... Si teneis el proyecto de destronarle, entretenedle algunas décadas y avisadme inmediatamente; entónces me apodero de Valencia y marchó sobre Turin.

« Enviaré doce mil hombres sobre Roma cuando haya derrotado á Beaulieu. »

Los representantes de la nacion acogieron este mensaje decretando que el ejército de Italia habia merecido bien de la patria por la quinta vez en seis dias. La paz con el rey de Cerdeña aumentó el alborozo público, quedando firmada el 15 de mayo bajo las condiciones mas ventajosas para la Francia.

No teniendo ya Bonaparte que pelear sino contra los Imperiales, se preguntó si debia guardar la línea del Tesino ó caer sobre el Adigio con la

celeridad audaz que le habia hecho dueño en pocos dias de las mas hermosas provincias de la monarquía sarda. El mismo nos ha conservado, en una nota recopilada en el Diario de Santa Helena, las razones que militaban en pro de uno y otro partido. El primero, de cordura y reserva, no cuadraba con la posición de la república nueva, que debia acobardar á la confederacion con repetidos golpes é incesantes prodigios, ni con el jóven jeneral á quien su índole y ambicion inclinaban á las resoluciones mas atrevidas y peligrosas, que ofrecian mayores probabilidades de dificultad y nombradía. Bonaparte siguió adelante despues de haber escrito al Directorio: «Mañana marchó contra Beaulieu; le obligó á atravesar el Po; lo paso inmediatamente tras él; me apodero de toda la Lombardia, y antes de un mes confío hallarme sobre los montes del Tirol, encontrar el ejército del Rin y trasladar de consuno con él la guerra á la Baviera.»

El 9 de mayo escribia al director Carnot:

«Al fin hemos pasado el Po, y se ha empezado la segunda campaña. Beaulieu está desbaratado; yerra sus cálculos, y siempre para en los lazos que se le arman; acaso querrá presentar batalla, porque este hombre tiene arrojado como enfurecido, mas no como jeneral..... Una victoria mas y somos dueños de Italia..... Es incalculable lo que hemos cojido al enemi-



go..... Os remito veinte cuadros de los mejores, del Corregio y Miguel Anjel.

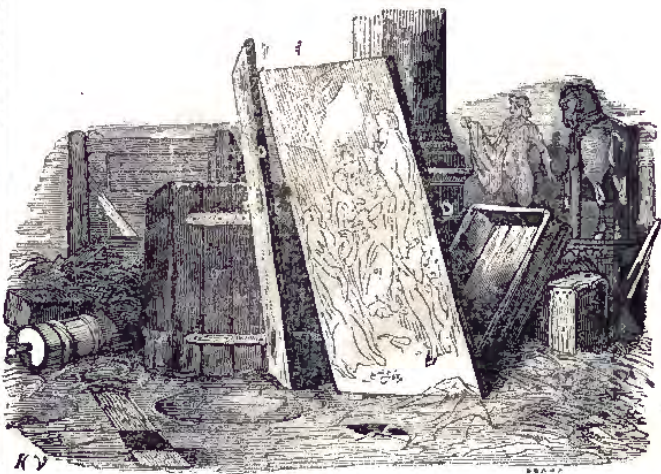
« Os doy las mas espresivas gracias por las atenciones que teneis con mi esposa; os la recomiendo; es patriota de corazon y la amo en extremo. »

Al dia siguiente de esta carta, la nueva victoria de que esperaba Bonaparte la posesion de la Italia fué patrimonio de la historia, immortalizando el nombre de Lodi, que los republicanos ocuparon.

La conquista de la Lombardia fué el fruto de esta batalla. En pocos dias, Pizzighitone, Cremona y todas las ciudades principales del Milanesado cayeron en poder del ejército francés.

En medio de los campamentos y del estruendo de las armas, Napoleon, á quien se hubiera podido conceptuar embargado en asuntos politicos y guerreros, se mostraba ansioso por las artes y pedia al Directorio una comision de artistas para recojer las preciosidades que la conquista ponía á su disposicion. Viósele posteriormente rechazar tesoros, que hubieran podido ser propiedad suya, por apropiarse un cuadro del Corregio con el cual apetecia enriquecer el Museo Nacional.

Y no solo mostraba interés y afan por el progreso y la prosperidad de las nobles artes, pues cuanto corresponde al entendimiento, al cultivo de las ciencias ó á la causa de la civilizacion moderna, todo tenia cabida en sus pensamientos. A los quince dias de su tránsito del Po, allá entre el es-



trueno del cañon de Lodi y las humaredas del campamento de Mantua, se retraia del ansia jeneral por verle en su cuartel de Milan, para escribir á un célebre jeómotra, al sabio Oriani, la carta siguiente:

« AL CIUDADANO ORIANI.

« Las ciencias que honran al entendimiento humano y las artes que hermocean la vida, encomendando las heroicidades á la posteridad, merecen condecorarse con especialidad en los gobiernos libres. Todos los hombres de injenio y cuantos se han granjeado timbres en la república literaria son hermanos, cualquiera que sea el pais que los vió nacer.

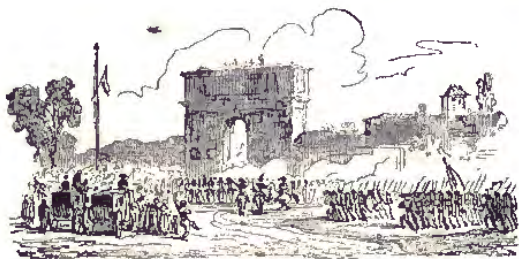
« Los sabios no disfrutaban en Milan el aprecio á que eran acreedores. Retraidos en el interior de sus laboratorios, se conceptuaban dichosos, con tal que los reyes y los sacerdotes los dejasen intactos. Pero esto no sucede hoy día: el pensamiento es libre en Italia; ya no hay inquisicion, intolerancia ni déspotas. Yo insto á los sabios para que se reunan y me propongan sus miras acerca de los medios que pudieran emplearse ó de las carencias que están padeciendo para dar á las ciencias y las artes nueva vida y verdadera existencia. Cuantos gusten pasar á Francia pueden contar con desalada acogida por parte del gobierno. El pueblo francés tiene en mas el granjearse un sabio matemático, un pintor acreditado ó un hombre esclarecido, en cualquiera linea, que el poseer la ciudad mas rica y abundante.

« Sed pues, ciudadano, el órgano de estos anhelos respecto á los sabios eminentes que está atesorando el Milanesado.

« BONAPARTE. »

Pero aquel tino finísimo, y aquel desempeño y actividad que todo lo estaba abarcando con tanto asombro de amigos y enemigos de la Francia, encelaban tambien al gobierno suspicaz que manejaba á la sazón la república. Estaba ya el Directorio presenciando un sucesor en el héroe de Montenole y Lodi, y queria alejar cuanto fuese dable aquel trance. Con esta mira trató de dar un segundo al que habia probado con una serie de victorias inesperadas que sabia obrar y vencer por sí solo. No se equivocó Bonaparte respecto al móvil que le daba por compañero á Kellermann, y se franqueó sin rebozo en una carta escrita al director, cuyo carácter, servicios y conocimientos le merecian aprecio. « Creo, escribia á Carnot, que juntar á Kellermann conmigo en Italia es querer desquiciarlo todo. Yo no puedo servir gustoso con un hombre que se conceptúa el primer jeneral de Europa; y además en mi dietámen, un jeneral malo vale aun mas que dos buenos. En la guerra, como en el gobierno, todo se cifra en el tino. »

Después de haber enviado esta carta, Napoleón prosiguió obrando conforme á sus propias miras y llevando á cabo su plan. Habia hecho su entrada triunfal en Milan el 15 de mayo, mientras que en Paris se firmaba



la paz que él mismo habia impuesto á la Cerdeña en Montenote, Dego, Millesimo y Mondovi.

El Directorio no se atrevió á realizar su intento de asociacion. Kellermann fué nombrado gobernador jeneral de los paises cedidos á la Francia por el último tratado con su Majestad sarda, y Bonaparte conservó el mando en jefe del ejército de Italia.

Su primer conato fué trasladar el centro de las operaciones sobre el Adigio y entablar el bloqueo de Mantua. El ejército francés se componia ape-



nas de treinta mil hombres, mas no por eso el arrojo de su jeneral dejó de

aterrar al consejo áulico. Al punto se trató en Viena de retirar á Wurmser de las márgenes del Rin y enviarle á Italia con un refuerzo de treinta mil hombres de tropas escogidas.

No se le ocultaba por su parte á Napoleon que los encuentros diarios y las enfermedades podian llegar á reducir su ejército, ya tan escaso, á una inferioridad de número considerable respecto á los Imperiales, y no cesaba de instar y clamar al Directorio para que le enviase reclutas y que el ejército del Rin ejecutase una llamada poderosa emprendiendo activamente las hostilidades. «Me figuro que están peleando allá en el Rin», habia escrito Bonaparte á Carnot pocos dias despues de la victoria de Lodi; si continuase el armisticio, el ejército de Italia quedaria destruido; digno de la república fuera ir á firmar el tratado de paz con los tres ejércitos reunidos en el riñon de la Baviera ó del Austria atónita.»

Napoleon tenia tanto mas motivo de pedir la cooperacion de los ejércitos del Rin y de Sambre y Mosa, por cuanto se lo habian formalmente prometido á su salida de Paris para mediados de abril; y luego estos ejércitos no se pusieron en movimiento hasta fines de junio, cuando Wurmser, á quien una llamada ejecutiva hubiera podido detener en Alemania, llegaba á Italia con sus refuerzos.

Los que estaba demandando el jeneral francés acudian mas pausados: el Directorio, ó por imposibilidad ó malevolencia, ensordecia para sus instancias. Teniendo así Napoleon que hacer frente con treinta mil hombres á un ejército compuesto de cien mil, desentraña entónces de sí mismo medios de minorar la superioridad numérica de los Imperiales; y vuelta en alas de su númen y de su estrella. Va allá ideando y disponiendo un plan de marchas y contramarchas, de ataques falsos y retiradas aparentes, de maniobras osadas y movimientos instantáneos, á favor de los cuales se empeña en dividir y aislar los tres cuerpos enemigos, descolgándose despues de improvisó con todas sus fuerzas reunidas, atacándolos separadamente y derrotándolos uno tras otro. El éxito mas completo abona el pensamiento y las esperanzas del sumo capitán, á quien acompañan eficazmente la intelijencia y el denuedo de los jenerales y soldados republicanos. Mientras que Wurmser le supone embargado con Mantua, se escabulle, por decirlo así, del sitio de aquella plaza, y trasladándose de relámpago del Po al Adigio, del Chiesa al Mincio, parece que se multiplica para embestir casi al mismo tiempo á todas las divisiones enemigas, y las va arrollando, dispersando y destruyendo en una repetición de lances, conocida con el nombre de *campana de los cinco dias*, que sobrevinieron en Saló, Lonato, Castiglione, etc. Quosnadowich mandaba á los Austriacos en los mas de estos descalabros; pero Wurmser quedó derrotado personalmente en el mas desastrado de todos, el de Castiglione.

En el parte de esta prodijiosa campaña, que el jeneral victorioso re-

dactó en el campo de batalla y remitió al Directorio el 19 de termidor, año IV (6 de agosto de 1796), se hallan los pormenores siguientes:



« De algunos días á esta parte habian ido llegando los veinte mil hombres de refuerzo que el ejército austriaco del Rin enviaba al de Italia, el cual, junto con un número considerable de reclutas y muchos batallones venidos del interior del Austria, hacian su conjunto harto formidable, y la opinion jeneral era que los Austriacos llegarían pronto á Milan.....

« El enemigo me acorralaba entre dos fuegos bajando del Tirol por Brescia y el Adigio. Si el ejército republicano era muy escaso para hacer frente á las divisiones juntas del enemigo, podia derrotar á cada una separadamente, y yo me hallaba situado entre ellas. Érame pues asequible el atajar la division enemiga bajada de Brescia, por medio de un movimiento ejecutado con rapidez, hacerla prisionera y derrotarla completamente, descolgándome luego sobre el Mincio para embestir á Wurmser y arrojarlo lejos del Tirol; mas érame forzoso, para ejecutar este intento, levantar en veinte y cuatro horas el sitio de Mantua, próxima á caer en mis

manos, pues no podía sostenerse mas de seis horas. Era tambien imprescindible despasar velozmente el Mincio sin dar tiempo á las divisiones enemigas para que me acorralasen. La suerte me fué propicia, y la refriega de Dezenzano, los dos encuentros de Saló, la batalla de Lonato y la de Castiglione son resultados que lo manifiestan....

«El 16, al rayar el dia, nos hallamos al frente del enemigo: el jeneral Guicux, que estaba á nuestra izquierda, debia atacar á Saló; el jeneral Massena, situado en el centro, debia operar por Lonato; el jeneral Augereau, que estaba á la derecha, debia atacar por Castiglione. El enemigo, en vez de ser atacado, acometió la vanguardia de Massena que se hallaba en Lonato; ya estaba cortada, y el jeneral Dijeon habia caído prisionero; el enemigo nos habia tomado tres piezas de artilleria á caballo. Mandé formar inmediatamente la 48 media brigada y la 52 en columna cerrada por batallones; al empeñarnos en arrollar al paso de ataque las filas enemigas, estas se estendian para envolvernos, cuya maniobra conceptué que nos brindaba con la victoria. Massena envió algunas guerrillas para detener la marcha de las alas enemigas; la primera columna llegada á Lonato arrolló al enemigo, y el 45 rejimiento de dragones dió una carga á los hulanos y recobró nuestras piezas.

«En un instante se dispersó el ejército enemigo. Intentó verificar su retirada sobre el Mincio, pero mandé á mi edecan, jefe de brigada, Junot, que se pudiese al frente de mi compañía de guías, persiguiendo al enemigo y aventajándole en rapidez hácia Dezenzano; encontró al coronel Ben-



der con una parte de su regimiento de hulanos á quien acometió; pero no queriendo entretenerse Junot en atacar la retaguardia, contramarchó por la derecha, salió de frente al encuentro del regimiento, cuyo coronel hirió con intencion de hacerle prisionero, cuando se vió rodeado por todas partes, y despues de haber muerto á seis por su mano, fué derribado del caballo y echado en un foso herido con seis sablazos, ninguno de los cuales dicen será mortal.

• Se iba retirando el enemigo sobre Saló, pero hallándose este en nuestro poder, cayó prisionera toda la division que andaba errante por los montes. Entretanto Angereau, marchando sobre Castiglione y ocupando aquella aldea, tuvo que estar todo el día contrastando recios embates de fuerzas duplicadas: artillería, infantería y caballería, todos han cumplido con su deber, y el enemigo ha venido á quedar enteramente derrotado en todas direcciones.

• Ha perdido veinte cañones, dos ó tres mil hombres entre muertos y heridos, y cuatro mil prisioneros, entre ellos tres jenerales....

• Durante todo el día 17, Wurmser se esmeró en ir juntando las reliquias de su ejército, en adelantar su reserva, sacando de Mantua cuantas fuerzas le era dable, colocándolas en batalla por la llanura entre la aldea de Escanello, sobre la que apoyó su derecha, y la Chiesa, donde apoyó su izquierda.

• La suerte de la Italia no estaba todavía decidida. Reunió un cuerpo de veinte y cinco mil hombres y numerosa caballería, comprendiendo que aun podia contrarrestar el destino. Por mi parte di órdenes para que se reuniesen todas las columnas del ejército.

• Pasé yo mismo á Lonato, para ver qué tropas podia sacar de allí; y ¡cuál fué mi estraneza al entrar en la plaza, en recibir un parlamentario intimando al comandante de Lonato á que se rindiese porque estaba acorralado! Con efecto, de diferentes puestos de caballería me anunciaban que muchas columnas llegaban á nuestras avanzadas y que el camino de Brescia á Lonato estaba interceptado en el puente de San Márcos. Comprendí entonces que no podian ser mas que reliquias de la division cortada que, despues de haber andado errante y haberse reunido, trataban de abrirse paso.

• Harto critica era la situacion: apenas tenia en Lonato unos mil y doscientos hombres; hice entrar al parlamentario, le mandé desvendar los ojos y le dije que si en su jeneral cabia el arrojo de hacer prisionero al Jeneral en jefe del ejército de Italia, no tenia mas que adelantarse y debia constarle que yo me hallaba en Lonato, pues sabian todos que el ejército republicano lo ocupaba; que todos los oficiales jenerales y superiores de la division serian responsables del insulto personal que me habia hecho, declarándole que si dentro de ocho minutos toda su division no habia rendido las armas, no perdonaria uno solo.

«El parlamentario se quedó atónito de verme allí, y poco después toda



aquella columna rindió las armas. Constaba de cuatro mil hombres con dos cañones y cincuenta caballos; venia de Gavardo y trataba de salvarse; mas no habiendo podido ejecutarlo aquella mañana por Saló, quería efectuarlo por Lonato.

«El 48 al rayar el día nos hallamos al frente del enemigo; sin embargo eran las seis, y aun no se habia hecho ningun movimiento. Mandé que el ejército retrocediese para atraer al enemigo, al mismo tiempo que el general Serrurier á quien aguardaba por momentos, llegaba de Marcario, acorralando así toda la izquierda de Wurmser. Este movimiento produjo en parte el efecto que me prometia, pues Wurmser iba esplayando su derecha para observarnos.

«Luego que descubrimos la division de Serrurier, mandada por el general Fiorella, que atacaba la izquierda, mandé al ayudante general Verdier que tomase un reduto levantado por los enemigos en medio de la llanura para sostener su izquierda. Di orden á mi edecan jefe de batallon Marmont para que dirigiese veinte piezas de artillería lijera, con objeto de obligar al

enemigo á que nos abandonase aquel puesto interesante; y tras un cañoneo tremendo, la izquierda del enemigo se declaró en retirada.



« Augereau atacó su centro, apoyado en la torre de Solferino; Massena acometió la derecha, y el ayudante jeneral Leclerc, al frente de la 5.^a media brigada, marchó en auxilio de la 4.^a. Toda la caballería, á las órdenes del jeneral Beaumont, se encaminó á la derecha para sostener la artillería ligera y la infantería. En todas partes quedamos victoriosos, en todas alcanzamos el mas completo triunfo.

« Hemos cojido al enemigo diez y ocho cañones y ciento veinte arcobuses: su pérdida asciende á dos mil hombres entre muertos y prisioneros. Se ha dispersado en todas direcciones; pero nuestras tropas cansadas no han podido perseguirlo sino por espacio de tres leguas. El ayudante jeneral Frontin pereció haciendo frente al enemigo.

« Ya tenemos otra campaña concluida en cinco dias. Wurmser ha perdido en ellos setenta piezas de campaña, todas sus municiones de infantería, de doce á quince mil prisioneros, seis mil muertos ó heridos y casi todas las tropas procedentes del Rin. Fuera de todo esto, una gran parte de su ejército se ha dispersado y va cayendo en nuestro poder en el alcance. Todos los oficiales, soldados y jenerales han manifestado en trance tan arduo sumo teson y desempeño..... »

Sucesos tan asombrosos sublimaron mas y mas el entusiasmo de cuantos pueblos de Italia se habian apasionado por la revolucion francesa. Los partidarios del Austria quedaron aterrados; habian cometido la torpeza de manifestar su regocijo á la llegada de Wurmser, asociándose á la jactancia de los Imperiales, quienes, vista su inmensa superioridad numérica, celebraban de antemano la derrota de los Franceses y su espulsion de la Pe-

ínsula. Uno de estos imprudentes habia sido el cardenal Mattei, arzobispo de Ferrara. Se habia mostrado mas que gozoso al asomo de los Austriacos, y con nuestros desmanes eventuales, habia arrebatado á su vecindario á hostilizar al ejército francés. Despues de la batalla de Castiglione, Napoleon le mandó prender y conducir á Breseia. El sacerdote italiano, convertido con el malogro de sus amañes alborotadores y la derrota de sus amigos, tuvo que humillarse ante el vencedor diciéndole: *Peccavi*. Esta



contrición aparente le redundó en gran beneficio; Napoleon se contentó con tenerle preso por tres meses en un seminario. Habia nacido príncipe romano y estuvo despues encargado en Tolentino con plenos poderes de la Santa Sede.

Pero el alto clero estaba ajeno de conjeniar con la nacion italiana respecto á la Francia. En el Piamonte, la Lombardia y las legaciones, la propaganda revolucionaria habia encontrado infinitos secuaces. Ante todos, se habian mostrado los Milanese adictos á la bandera republicana; el je-

neral en jefe les manifestó altamente su reconocimiento. « Cuando el ejército se retiraba, les escribió, algunos partidarios del Austria y los enemi-



gos de la libertad la daban por desahuciada; cuando era imposible que vosotros sospechaseis que esta retirada era un ardid, os habeis mostrado adictos á la Francia y amantes de la libertad; habeis manifestado un afan y una entereza que os han hecho acreedores al aprecio del ejército y os merecerán la proteccion de la república francesa.

« De dia en dia vuestro pueblo se va haciendo mas digno de la libertad; de dia en dia se robustece mas y mas su pujanza. Algun dia se presentará sin duda con gloria en el teatro del mundo. Recibid el testimonio de mi satisfaccion, y los votos sinceros del pueblo francés por veros libres y dichosos. »

No se atuvo Napoleon con aquellos pueblos al mero sonido de parabienes. Avaloró su nativa disposicion para con ellos mismos, con la república francesa y con la causa de la independendia universal, planteando la revolucion allende los Alpes, y con especialidad las repúblicas Traspadana y Cispadana. Corre de batalla en batalla, adelantando mas y mas sus empresas, y saca entretanto y de improviso á luz estas creaciones pacíficas. Aventado allá el ejército que para libertar la Italia habia enviado el gabinete de Viena, restablece el sitio de Mantua, donde Wurmser consiguió introducir algunas tropas y viveres, el dia de la toma de Lañago (15 de setiembre), quedando ya derrotado en diez encuentros, á saber: el 6 de agosto en Peschiera; el 11 en la Corona; el 24 en Borgo-Forte y en Governalo; el 5 de setiembre en Serravalle; el 4 en Roveredo; el 5 en Trento, que fué tomada; el 7 en Covolo; el 8 en Bassano, y el 12 en Cerea.

Aldia siguiente de su entrada en Mantua, los restos de su ejército, ar-

rollados igualmente en *Due-Castelli*, y en la refriega de S. Jorje, trabada el 15, padecieron su postrer estermínio.

Mas no desampara á Wurmser su corte en aquel trance, conceptuándolo el emperador como el prohombre de todos sus capitanes, y constándole además que en Mantua se cifraba la llave de sus estados. Echa el resto Viena para rehacerse de tantísimo quebranto y preparar el rescate de Mantua y de Wurmser, fundando en uno y otro reyes y aristócratas lo que apellidaban la libertad de Italia.

Un nuevo ejército imperial, y hasta de sesenta mil hombres, á las órdenes del mariscal de Alvinzi, acude al socorro de Mantua.

Al primer aviso que llega á Napoleon de la marcha de aquella hueste, se quejó amargamente de que no hubiese sido atendido su dictámen respecto al Rin, en donde las fuerzas republicanas eran suficientes para ejecutar una llamada oportunísima. Habia estado clamando por refuerzos, y ninguno le habia llegado. Aunque rebosando mas y mas de confianza por sí mismo y por sus tropas, manifiesta sin rebozo sus zozobras respecto al éxito de la nueva campaña, para hacer cargo al gobierno francés de la injusticia con que obraba desatendiendo al ejército de Italia, en medio de sus redoblados triunfos.

«Allá va el pormenor de lo acaecido desde el 21 del presente, y no hay que culpar al ejército de que no sea mas cabal su desempeño; pues su inferioridad y la falta de los hombres mas valientes me infunden temores para lo sucesivo. Quizás estamos amagados de perder la Italia. Todavía no asoma auxilio alguno de los muchos que estábamos esperando; la 85.^a semi-brigada no se pone en camino; todos los refuerzos procedentes de los departamentos están detenidos en Leon, y con especialidad en Marsella. Se conceptúa que una detencion de ocho ó diez dias no tiene trascendencia, sin hacerse cargo de que la suerte de la Italia y de la Europa se cifra aquí en ese plazo. El imperio todo se ha puesto y está todavía en movimiento. Solo la actividad de nuestro gobierno, al principio de la guerra, puede manifestarnos con que impetu se obra allá en Viena. Cada dia llegan cinco mil hombres; y de dos meses á esta parte, siendo tan patente la necesidad de socorros por acá, no ha llegado mas que un batallón de la 40, ruin tropa y no fogueada, mientras que nuestras antiguas milicias del ejército de Italia permanecen ociosas en la 8.^a division. Yo ejemplo con mi deber y el ejército desempeña el suyo: traspasado está mi pecho, pero desahogada mi conciencia. Auxilios, vengan auxilios, no lo tengais por asunto de juguete, se requieren, no solo efectivos, sino presentes sobre las armas. Cuando se ofrecen seis mil hombres efectivos y tres mil presentes sobre las armas, al llegar á Milan quedan en mil y quinientos; con que este número es el que recibe el ejército.....

« Los heridos son la flor del ejército: todos nuestros oficiales superio-

res y jenerales están fuera de combate; cuanto llega es inservible y ajeno de infundir confianza al soldado. El ejército de Italia, reducido á un puñado de hombres, queda exhausto. Los héroes de Lodi, Millesimo, Castiglione y Bassano han muerto por su patria ó yacen por los hospitales; solo queda á los cuerpos su nombradía y su engreimiento. Joubert, Lannes, Lanusse, Victor, Murat, Charlot, Dupois, Rampon, Pigeon, Menard y Chabran están heridos, y nos vemos en sumo desamparo, arrinconados acá por la Italia. El concepto de mis fuerzas nos será muy provechoso; y he aquí que en la correspondencia de oficio publicada en Paris se dice que no llegamos á treinta mil hombres.

«He perdido en esta guerra poca jente, mas no cabe reemplazar á cuantos han fenecido. Los valientes que me quedan ven una muerte infalible en medio de contingencias tan incesantes y con fuerzas tan inferiores; quizá va á llegar la última hora al valeroso Augereau, al denodado Massena, á Berthier y á algun otro: entónces ¿qué será de estos valientes? Esta aprension me trae caviloso; ya no me atrevo á arrostrar la muerte, que seria un motivo de desaliento y desgracia para quien es el objeto de mis afanes.

«Dentro de pocos dias echaremos todo el resto; si la suerte nos es propicia, Mantua caerá en nuestro poder, y con ella seremos dueños de la Italia. Nada habrá que no emprenda, si me veo reforzado con mi ejército de sitio. Si hubiese recibido la 83, cuya fuerza asciende á tres mil quinientos hombres conocidos en el ejército, hubiera respondido de todo. Quizá dentro de algunos dias no bastarán cuarenta mil hombres.»

Aquellas corazonadas tan aciagas, que Bonaparte estaba estudiadamente aparentando, no se realizaron, y la suerte se mostró risueña otra vez á nuestras armas.

Bastáronle algunos dias al vencedor de Lodi para aventar cuantas esperanzas habia podido fundar la confederacion en la nombradía de Alvinzi y la fuerza numérica de sus tropas. Una batalla que duró tres dias, terminada con la memorable victoria de Arcola, acabó de dar á conocer en las armas francesas la incontrastable superioridad contra la cual luchaban en vano los jenerales y los soldados veteranos del Austria. En aquella batalla, viendo Napoleon que sus granaderos titubeaban un momento bajo el terrible fuego del enemigo que ocupaba posiciones inespugnables, se apea, ase una bandera y se arroja sobre el puente de Arcola por medio de montones de cadáveres, voceando: «Soldados, ¿qué! ¿no sois ya los valientes de Lodi? seguidme.» Augereau le imita, y aquellos heroicos ejemplos fueron de sumo influjo para el resultado de la batalla. En ella perdió Alvinzi treinta cañones, cinco mil prisioneros y seis mil muertos; Davidowich volvió al Tirol y Wurmser se restituyó á Mantua.

Véase ahora en qué términos desahogaba el triunfador de tantos guer-



reros alemanes su gozo y ufanía, y cómo descansaba de sus afanes y logros, en raptos entrañables de cariño para con su esposa. Desde Verona escribe á Josefina: « Al fin, mi adorada Josefina, salgo de nuevo á luz. La muerte no está ya á mi vista y la gloria y los timbres se anidan en mi pecho. El enemigo ha quedado derrotado en Areola. Mañana nos rebacemos de la necesidad de Vaubois, que desamparó á Rívoli; dentro de ocho dias serémos dueños de Mantua, y entónces podré en tus brazos darte mil pruebas del vehemente cariño que te profeso. Pasaré á Milan tan pronto como me sea dable. Estoy algo cansado. He recibido una carta de Eujenio y Hortensia: estos niños son preciosos. Como toda mi comitiva anda por allí dispersa, en juntándose conmigo te los enviaré.

« Hemos hecho cinco mil prisioneros y causado á lo menos seis mil muertos á los enemigos. Adios, mi adorada Josefina, piensa en mí. Si dejas de amar á tu Aquiles, ó si tu pecho se entibiase con él, injusta y aleve serias; pero estoy seguro de que serás siempre mi amante, como yo seré tu entrañable amigo. Tan solo la muerte podrá romper una union que labraron la simpatía, el cariño y la sensibilidad. Dame noticia de la barriguita; te envío mil besos tiernos y amorosos. »

Aquel mismo dia, 29 brumario (19 de noviembre), esto es, dos dias despues de la batalla de Areola, el general victorioso daba parte al Directorio de aquella jornada memorable.



« Se habia concepuado oportuna, le escribia, la evacuacion de la aldea de Arcola, y creiamos que al rayar el dia nos iba á embestir todo el ejército enemigo, que habia tenido lugar para poner en salvo sus bagajes y parques de artilleria y retroceder sobre nosotros.

« Amanece y se traba la refriega ejecutivamente. Massena, que estaba á la izquierda, derrota al enemigo, persiguiéndole hasta las puertas de Caldiero. El jeneral Robert, que se halla en la calzada del centro con la 63.^a, arroja al enemigo á la bayoneta, dejando el campo de batalla cubierto de cadáveres. Mando al ayudante Vial que siga el Adijio con media brigada para cortar la izquierda del enemigo; pero este pais ofrece obstáculos insuperables; en vano se arroja aquel valiente al agua hasta el pecho, no puede efectuar una llamada suficiente. Doy órden para que echen puentes sobre las azequias y pantanos, en la noche del 26 al 27: por cuyo medio el jeneral Augereau logra pasar con su division. A las diez de la mañana nos hallamos al frente del enemigo: el jeneral Massena estaba á la izquierda, Robert en el centro, y Augereau á la derecha. El enemigo ataca denodadamente el centro, obligándole á cejar. Entónces retiro la 52.^a de



la izquierda colocandola en emboscada, y cuando el enemigo avanzando sobre el centro está para cortar nuestro costado derecho, el jeneral Gar-

danne sale del bosque y flanquea al enemigo, haciendo en él horrorosa carnicería. La izquierda enemiga, apoyada á un pantano y superior en número, asombraba á nuestra derecha: mando al ciudadano Hércules, oficial de mis guías, que escoja veinte y cinco hombres de su compañía, y que siguiendo el Adijio, dé la vuelta al pantano, embistiendo á escape sobre la retaguardia enemiga y haciendo tocar muchas trompetas. Esta maniobra surtió grandísimo efecto: la infantería se cuarteó y el jeneral Augereau supo utilizar los momentos. Sin embargo se resistía aun, peleando en retirada, cuando una pequeña columna de ochocientos á novecientos hombres que yo habia hecho desfilar por Porto-Leñago con cuatro piezas, para situarse á retaguardia del enemigo, acabó de derrotarlo. El jeneral Massena, que se habia encaminado hácia el centro, marchó en línea recta á la aldea de Arcola de que se apoderó, persiguiendo al enemigo hasta la de San Bonifacio, pero la oscuridad de la noche nos imposibilitó seguir el alcance....

« Los jenerales y oficiales del estado mayor han mostrado una actividad y un denuedo sin ejemplo; cuéntanse doce ó quince entre los muertos porque la refriega fué muy reñida: teniendo casi todos sus vestidos acribillados á balazos. »

Sin embargo Alvinzi se empeñó en su desquite, volvió con Provera por las gargantas del Tirol, y esta nueva agresion fué un motivo para que el ejército francés y su jefe cojiesen nuevos laureles. La batalla de Rivoli, los trances de San Jorje y de la Favorita, en los que la victoria fué constantemente fiel á la bandera republicana, obligaron á Provera á rendirse con su division y casi á vista de Wurmser, quien capituló tambien poco despues en Mantua.

En los partes que dictó Napoleon en su cuartel jeneral de Roverbello, los dias 28 y 29 nevoso, año V (17 y 18 de enero de 1797), se leen los por menores siguientes acerca de estas nuevas victorias:

« El 24 el enemigo echó con presteza un puente en Anghiari, por el que pasó su vanguardia á una legua de Porto-Leñago; al mismo tiempo el jeneral Joubert me informó que una columna bastante considerable desfilaba por Montagna, amenazando acorralar su vanguardia en la Corona. Varios indicios me dieron á conocer el verdadero intento del enemigo, y ya no dudé de que estuviese en ánimo de atacar con sus fuerzas principales mi línea de Rivoli, llegando así hasta Mantua. Aquella misma noche encaminé la division del jeneral Massena y pasó yo mismo á Rivoli, á donde llegué á las dos de la madrugada.

« Inmediatamente hice que el jeneral Joubert ocupase la posicion interesante de San Márcos, colocando la artillería en el llano de Rivoli, disponiéndolo todo para que al rayar el día pudiese tomar la ofensiva y marchar en persona sobre el enemigo.

«Al amanecer nuestra ala derecha y la izquierda enemiga se tropezaron en las alturas de San Márcos; y la pelea fué terrible y reñida



«Sin embargo hacia tres horas que se estaba peleando, y el enemigo no nos habia presentado todavía todas sus fuerzas; una columna suya que habia seguido el Adijio, escudada con fuerzas crecidísimas, marcha en línea recta al llano de Rivoli para ocuparlo, amenazando así atajar la derecha y el centro. Doy orden al jeneral de caballeria Leclerc para que se abalance al enemigo, si consigue apoderarse del llano, y envío al jefe de escuadron Lasalle con cincuenta dragones para que flanquee la infantería que ataca el centro y la rechace denodadamente. Al mismo tiempo el jeneral Joubert habia hecho bajar de las alturas de San Márcos algunos batallones que se estendian por el llano de Rivoli. El enemigo, que se habia adelantado ya en él, viéndose reciamente acometido por todas partes, deja en el campo un gran número de muertos, una parte de su artillería y se vuelve al valle del Adijio. Casi al mismo instante la columna que estaba ya en marcha para cortarnos la retirada, se formó en batalla sobre los picos

que estaban á nuestra espalda. Yo habia dejado en reserva la 75.^a, que no solo amagó á esta columna, sino que acometió tambien la izquierda que se habia adelantado, y la derrotó inmediatamente. Entretanto llegó la 18.^a semi-brigada á tiempo que el jeneral Rey se habia colocado detrás de la columna que nos iba cercando: mandé hacer fuego al enemigo con algu-



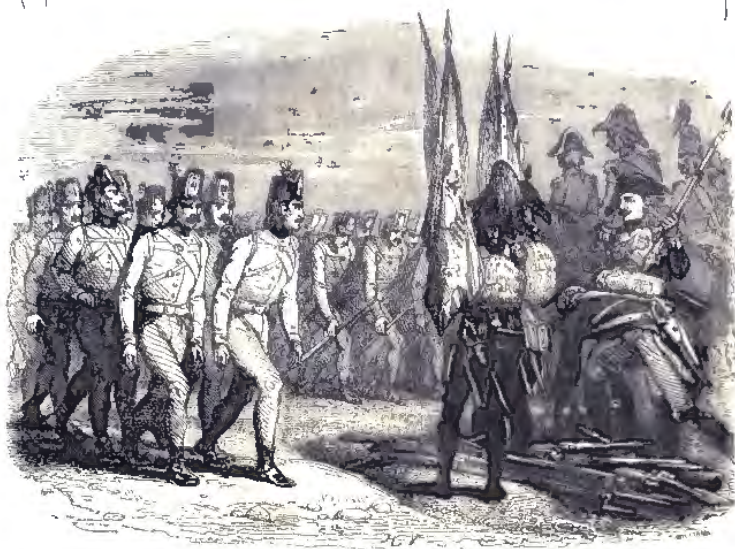
nas piezas de á doce, y dando órden de atacar, en menos de un cuarto de hora quedó prisionera toda aquella columna, compuesta de mas de cuatro mil hombres.

«El enemigo derrotado por donde quiera fué perseguido en todas direcciones, y durante toda la noche estuvimos haciendo prisioneros. Mil y quinientos hombres que huian por Guarda, quedaron detenidos por cincuenta soldados de la 18.^a, quienes al punto que los reconocieron marcharon contra ellos y les mandaron rendir las armas.

«El enemigo era todavia dueño de la Corona, pero ya no podia hacernos daño. Se hacia forzoso marchar ejecutivamente contra la division del jeneral Provera que habia pasado el Adigio el 24, por Angliari, y al intento hice acudir al jeneral Victor con la valiente 57.^a, y retroceder á Masena, quien llegó á Roverbello el 25 con una parte de su division.

« Encargué, al partir, á Joubert, que atacase al enemigo por la mañana, si aun era tan temerario que se mantuviese en la Corona.

« Habia Murat caminado toda la noche con media brigada de infanteria ligera, á fin de presentarse al rayar el día en las alturas de Montebaldo que dominan la Corona: efectivamente despues de una tenaz resisten



cia fué derrotado el enemigo, quedando prisioneros todos los que se habian salvado la vispera. La caballeria logró atravesar el Adigio á nado, pero ahogándose muchos.

« En las dos jornadas de Rivoli hemos cojido trece mil prisioneros y nueve cañones. »

Lo restante del parte se refiere á los reencuentros de San Jorge, Angliari y la Favorita, sostenidos contra el jeneral Provera. En el segundo de Angliari, un comandante de los hulanos se presenta delante de un escuadron del 9.º rejimiento de dragones, y con una de aquellas fanfarronadas, tan comunes á los Austríacos, vocea al rejimiento que se rinda. El ciudadano Duvivier manda hacer alto á su escuadron: « Si eres valiente, ven á cojerme, » responde al comandante enemigo. Ambos cuerpos se

escuadrounan frente á frente, y entrambos caudillos traban uno de aquellos combates que describe tan gallardamente el Taso. El comandante de los



hulanos recibe dos sablazos: los hulanos son embestidos y quedan todos prisioneros.....

« El 27, una hora antes del día, los enemigos atacan la Favorita, al mismo tiempo que Wurmser hace una salida acometiendo las líneas del bloqueo por San Antonio. El jeneral Victor, al frente de la 57.^a semi-brigada, arrolla cuanto se le opondrá, y Wurmser tiene que volverse á Mantua casi inmediatamente, dejando el campo de batalla cubierto de muertos y de prisioneros. Serrurier hace entónces avanzar á Victor con la 57.^a semi-brigada para que tenga bloqueado á Provera en el arrabal de San Jorje. Con efecto, es tal la confusion y desconcierto en las filas enemigas, que caballería, infantería y artillería están revueltas. Nada detiene la terrible 57.^a semi-brigada: por una parte coje tres cañones, y por otra desbarata el regimiento de búscars de Herdendy. En aquel trance, el respetable jeneral Provera pide capitulacion contando con nuestra jenerosidad, y no se equivoca. Se la concedimos arreglada á las condiciones que os remitiré: seis mil prisioneros, entre los que se cuentan todos los voluntarios de Viena, y veinte piezas de artillería, fueron el fruto de aquella jornada memorable.

« El ejército de la república ha ganado en cuatro dias dos batallas y



seis reencuentros, ha cojido veinte y cinco mil prisioneros, entre ellos un teniente jeneral y dos jenerales, doce ó quince coroneles, etc., veinte banderas, sesenta cañones, y muerto ú herido á seis mil hombres.»

Tantos reveses no podian menos de inclinar á Wurmser á una capitulacion inevitable, haciéndose ya cargo de que el sitio de Mantua iba á llevarse á cabo como todas las demás empresas del ejército republicano.

Cuando se trató de la rendicion, envió al jeneral Klenau, su primer edecan, al cuartel jeneral de Serrurier, que se hallaba en Roverbello y que no quiso escuchar ninguna proposicion sin comunicarla al jeneral en jefe.

Napoleon tuvo la apension de asistir de incógnito á las conferencias. Pasa á Roverbello, y muy encapotado se pone á escribir, mientras que Klenau y Serrurier están contratando. Va estendiendo sus condiciones al márjen de las proposiciones de Wurmser, y al acabar, dice al jeneral austriaco, que le conceptúa un escribiente del estado mayor: « Si Wurmser tuviese solamente víveres para diez y ocho ú veinte dias y hablase de rendirse, no mereceria ninguna capitulacion honrosa. Aqui están las condiciones que le concedo, añadió entregando el papel á Serrurier. Ahí veréis

que queda libre porque respeto su edad y sus méritos, y que no quiero que sea víctima de los maquinadores que tratasen de perderle en Viena.



Si abre sus puertas mañana, tendrá las condiciones que acabo de escribir; si tarda quince días, un mes y aun dos, iguales serán los pactos, y así puede aguardar hasta el postrer mendrugo que le quede. Yo marchó al instante para pasar el Po y descolgarme sobre Roma. Quedais enterado de todo y podeis participarlo á vuestro jeneral.»

Atónito Klenau de hallarse ante el jeneral en jefe y lleno de asombro y gratitud por cuanto acaba de oír, confiesa que Wurnser solo tiene víveres para tres días. El anciano mariscal se conmueve tanto como su edecan cuando sabe lo que habia pasado en las conferencias de Roverbello. Manifiesta su agradecimiento á Napoleon avisándole de un intento de envenenarle, ideado á la sazón contra él en la Romaña. Por lo demás Serrurier fué quien mandó en la rendición de Mantua (4.º de febrero de 1797), por ausencia del jeneral en jefe.

Tres días despues de la capitulación de Mantua, Bonaparte, quejoso de la conducta del papa, dirigió una columna del ejército francés contra Roma, y publicó el 6 de febrero de 1797, desde su cuartel jeneral de Bolonia, una proclama que empezaba así:

« El ejército francés va á entrar en el territorio del papa; resguardará la religion y el vecindario.

« El soldado francés lleva en una mano la bayoneta fiadora incontrastable de la victoria, y con la otra ofrece á las diferentes ciudades y aldeas paz, resguardo y seguridad.... Desgraciados de aquellos que la despreciasen, y que seducidos por malvados en extremo hipócritas, acarreen contra sí la guerra y sus quebrantos con la venganza de un ejército que en seis meses ha cojido cien mil prisioneros de las mejores tropas del emperador, cuatrocientas piezas de artillería, ciento y diez banderas, y ha derrotado cinco ejércitos..... »

La resistencia de la Santa Sede no podia ser formal.

Pío VI, amenazado en su capital, enmudece y enfrena su enemistad, esmerándose en implorar la paz del jeneral republicano, quien se la concede por un tratado del 19 de febrero, bajo las condiciones siguientes: 4.º El papa renuncia á todas sus pretensiones sobre Aviñon y el condado Venesino; 2.º Cede perpetuamente á la república francesa Bolonia, Ferrara y la Romaña; 3.º Cede además todos los renglones pedidos por Bonaparte, tales como el Apolo del Belveder, la Trasfiguracion de Rafael, etc.; 4.º Restablece la escuela francesa en Roma y paga, á título de contribucion militar, trece millones en plata ó en preciosidades. A este tratado añade Pío VI, el 22 de febrero, un breve en el cual da á Bonaparte el título de *mi jo querido*.

Tras tanto desman estaba despavorido el consejo áulico, mas no amainaba su odio tenaz contra la revolucion francesa, ni se avenia al menor pensamiento pacífico. Postrado ya con la guerra, se aferraba mas y mas en arrostrar la suerte y batallar con los restos de sus grandiosos ejércitos, contra el poder victorioso que los habia desbaratado y destruido tan á carrera cuando ostentaban allá en la cumbre su confianza y poderio. El archiduque Carlos pasó á Italia para tomar el mando en jefe de las tropas imperiales y rehacerlas de tanto fracaso como habian padecido con sus antecesores. Conceptuando á Bonaparte embargado en castigar al papa por su contravencion al tratado de Bolonia, y que habia llevado consigo la mejor parte de su ejército, quiso utilizar aquella ausencia para activar un avance é hizo pasar el Brenta al jeneral Guxeux. Pero pronto le cupo el desengaño. Napoleon, que solo habia llevado á Roma cuatro ú cinco mil hombres, volvió á presentarse sobre el Brenta y trasladó á principios de marzo su cuartel jeneral á Bassano, donde publicó la proclama siguiente:

« ¡Soldados!

« La toma de Mantua pone fin á una campaña en que habeis contraído méritos eternos para la gratitud de la patria.

« Habeis salido victoriosos de catorce batallas campales y setenta reen-

cuentros; habeis cojido cien mil prisioneros, quinientas piezas de campaña, dos mil de grueso calibre y cuatro trenes de puentes.

« Las contribuciones impuestas á los paises conquistados han mantenido, provisto y pagado al ejército durante toda la campaña; además habeis remitido treinta millones al ministerio de hacienda en auxilio del erario público.

« Habeis enriquecido el Museo de Paris con mas de trescientas preciosidades esquisitas de la antigua y nueva Italia y producto de treinta siglos.

« Habeis conquistado á la república las mas hermosas comarcas de Europa. Las repúblicas Lombarda y Traspadana os deben su libertad; la bandera francesa tremola por la primera vez en las orillas del Adriático, en frente y á veinte y cuatro horas de navegacion de la antigua Macedonia; los reyes de Cerdeña y Nápoles, el papa y el duque de Parma se han separado de la confederacion enemiga y han solicitado nuestra amistad; habeis arrojado los Ingleses de Liorna, Jénova y de la Córcega..... Pero aun no acabasteis; un gran destino os queda reservado: en vosotros cifra la patria sus esperanzas mas entrañables; continuaréis siendo acreedores á todas ellas.

« Solo queda el emperador, de tantos enemigos que se coligaron para ahogar la república en su cuna. Este príncipe, apeándose de su escelsa jerarquía, está asalariado por los mercaderes de Londres; ya no tiene mas albedrio ni mas política que cuanto viene de aquellos alevosos isleños, que ajenos de las desventuras de la guerra, se sonrien deleitosamente con los quebrantos del continente.

« El directorio ejecutivo tiene echado el resto para proporcionar la paz á la Europa entera; la moderacion de sus proposiciones desdecia del poderio de sus ejércitos, no se alucinaba con vuestro denuedo, obrando á impulsos de la humanidad y del anhelo de haceros volver á vuestras familias; pero no ha sido esenchado en Viena. Ya no queda pues esperanza alguna de paz, sino yendo en su busca hasta el riñon de los estados hereditarios de la casa de Austria. Allí hallaréis un pueblo valiente, aniquilado por la guerra que sostuvo contra los Turcos, como tambien por la actual. Los habitantes de Viena y de los estados austriacos están llorando la ceguedad y el despotismo de su gobierno. Todos viven persuadidos de que el oro inglés ha cohechado los ministros del emperador. Vosotros respetaréis su religion y sus costumbres; protegeréis sus propiedades y daréis la libertad á la valerosa nacion húngara.

« La casa de Austria, de tres siglos á esta parte, va perdiendo en cada guerra una parte de su poderio, y descontentando á sus pueblos despojándolos de sus privilejios, se verá reducida al fin de esta sexta campaña (ya que nos precisan á emprenderla) á aceptar la paz que le concedamos

y a hajar á la clase de las potencias de segundo orden, en el que se ha colocado asalariándose servilmente con la Inglaterra. »

Con efecto Napoleon, cansado de vencer al emperador en Italia sin poderle inclinar á una negociacion, habia resuelto internar la guerra en el Austria misma, para que la vista de la bandera tricolor, bajo los muros de Viena, produjese en la cancilleria austriaca una impresion mas intensa y profunda de la que habian hecho los reveses lejanos de Beaulieu, Provera, Alvinzi y Wurmser. Era su intento entrometerse en Alemania por la calzada de la Carintia, situándose sobre el Simering. Mandó ocupar las gargantas de Osopo y del Ponteba por Masena, quien, despues de haber atra-



vesado el Piave y el Tagliamento en los montes, derrotó al príncipe Carlos (40 de marzo de 1797), le estrechó ejecutivamente, se apoderó de Feltro, Cadore y Bellona, y cojió gran número de prisioneros, entre ellos al jeneral de Lusignan, emigrado francés, que habia atropellado á sus compatriotas enfermos en los hospitales de Brescia, en la temporada de la retirada simulada del ejército republicano. El 16, la batalla de Tagliamento acabó de arrebatar al archiduque las esperanzas galanas con que habia pasado á Italia, y que su mando habia podido infundir á su corte.

El príncipe Carlos, derrotado así y humillado, se decidió á la retirada, no consiguiendo efectuarla desde el Tagliamento hasta el Muer, sino despues de haber ido padeciendo descalabros diarios en los reencuentros de

Lavis, Tramin, Clausen, Tarvis, Gradisca, Villach, Palova-Nova, etc. El 51, Napoleon llegó á Clagenfurt, capital de la Carintia. Al entrar en aquella provincia habia pregonado una proclama á sus habitantes, para inducirlos á que mirasen á los Franceses como libertadores, y no como enemigos. «La nacion francesa, les decia, es amiga de todas las demás, y particularmente de los valientes pueblos de la Jermánia... Yo sé que despreciáis tanto como nosotros á los Ingleses, que son los únicos que ganan en la guerra actual, como igualmente vuestro ministerio que les está vendiendo.»

En medio de sus triunfos Napoleon accechaba al senado de Venecia, enemigo encubierto, y siempre dispuesto tras la coyuntura propicia para estallar. Este cuerpo, esencialmente aristocrático y adicto á la confederacion de los reyes contra la revolucion francesa, andaba fomentando asonadas, é incitaba al asesinato contra el ejército republicano por la alta Italia y el territorio veneciano. No cabia dilatar ya mas la hora de su escarmiento.

Bonaparte escribió al dux :

«Toda la tierra firme de la serenísima república de Venecia está sobre las armas.

«Por todas partes el alarido de reunion de los paisanos que habeis armado es: «Muerte á los Franceses;» centenares de soldados del ejército de Italia han sido ya sus victimas, en vano negais unas reuniones que habeis organizado; ¿creeréis acaso que, en hallándome por el centro de la Alemania, no tenga potestad para imponer acatamientos con el primer pueblo del universo? ¿Creeis que las leiones de Italia han de tolerar los asesinatos que estais disponiendo? La sangre de mis compañeros de armas quedará vengada, y no hay un solo batallon francés que, encargado de tan hidalgo ministerio, no sienta enardecer su denuedo y triplicar su desempeño. El senado de Venecia ha correspondido con la mas bastarda alevosia á los jenerosos procedimientos usados siempre con él. Os envío mi primer edecan portador de la presente. La paz ó la guerra, si no providenciais ejecutivamente la disolucion de esas reuniones: si no mandais prender y entregarme los autores de los asesinatos que acaban de cometerse, queda declarada la guerra. Los Turcos no están sobre vuestras fronteras y no os amenaza ningun enemigo; andais á caza de pretextos para sineceraros de un agolpamiento encaminado contra el ejército: dentro de veinte y cuatro horas quedará disuelto. Ya no estamos en tiempo de Carlos VIII. Si á pesar del anhelo patente del gobierno francés, me reducis al partido de haceros la guerra, no creais que los soldados franceses, á ejemplo de los que habeis armado, talen los campos del pueblo inocente y desventurado de la tierra firme; yo le escudaré, y bendecirá algun dia hasta los erimenes que habrán obligado al ejército francés á redimirlo de vuestro tiránico gobierno.»

El 7 de abril se firmó un armisticio en Judemburgo. Cuando el príncipe

Carlos se vio imposibilitado enteramente de sostener la campaña, con los destiladeros de Neuwmarm y la posieion de Hundsmarm ocupados por Masena, se hizo cargo de que la inflexibilidad monárquica del gabinete austriaco no era ya del caso. Napoleon, que habia contado por su parte con el auxilio del ejército de Sambre-y-Mosa y acabando de saber que no se habia movido ni se moveria, no podia atravesar el Simering por temor de internarse á solas por el corazon de la Alemania. Así luego que recibió de oficio la disposicion del Directorio para que los ejércitos del Rin y de Sambre-y-Mosa no se moviesen, careciendo de la llamada cuya importancia y necesidad habia manifestado, escribió al archiduque brindándole con la participacion de su gloria en pacificar la Europa y atajar los inmensos sacrificios que la guerra costaba al Austria y á la Francia. « Los valientes militares, le dijo, pelean anhelando la paz. Bastante jente ha perecido y hartos estragos hemos causado á la humanidad!... ¿vos, que por nacimiento os acercais tanto al trono y os sobreponeis á todas las pasioncillas que suelen predominar á los ministros y á los gobiernos, ansiáis merecer el dictado de bienhechor de la humanidad entera y de libertador de la Alemania?... En cuanto á mí, señor jeneral en jefe, si la comunicacion que acabo de haceros puede salvar la vida á un solo hombre, me engreiré mas con la corona civica que haya merecido, que con la aciaga nombradia resultante de los triunfos militares. »

Llegaron luego á Viena las disposiciones pacificas espresadas en aquella carta, y amainó un tanto el pavor que habia causado el asomo de la bandera republicana. El emperador envió al punto el embajador napolitano Gallo al cuartel de Bouaparte, y el armisticio de Judemburgo fué el resultado de aquella negociacion.

Utilizó Napoleon el desahogo que le proporcionaba la suspension de armas, para quejarse al Directorio de la inaccion en que permanecieron los ejércitos de Alemania, mientras estaba en Italia batallando con escasísimos recursos contra todas las fuerzas de la monarquia austriaca.

Por lo demás, harto bien hallado con lo anterior que le habia presenciar sin quebranto, se afanaba tras el porvenir, ahora ya de mas entidad con la cooperacion de Moreau, para conseguir mejores condiciones en el tratado de paz ó mayores probabilidades de éxito en el caso de renovarse las hostilidades. « En mediando afan por entrar en campaña, decia al Directorio, nada detiene; ni jamás un rio ha podido ser un obstáculo verdadero desde que la historia nos describe operaciones militares. Si Moreau quiere atravesar el Rin, lo pasará, y si ya lo hubiese ejecutado, nos halláramos en estado de dictar imperiosamente las condiciones de la paz y sin asomo de peligro; pero el que teme perder la gloria, por seguro se queda sin ella. Yo pasé los Alpes Julianos y los Alpes Nórlicos sobre tres piés de hielo, etc. Si tan solo hubiese mirado por el sosiego del ejército y

mi interés particular, me hubiera detenido despues de traspuesto el Isonzo; me arrebaté á la Alemania para libertar los ejércitos del Rin é impossibilitar alenemigo el tomar la ofensiva. Estoy á las puertas de Viena, y los plenipotenciarios de esta corte engreida y descoecada se hallan en mi cuartel jeneral. Parece como si allá los ejércitos del Rin careciesen de sangre en sus venas: si me dejan solo, me volveré á Italia, y la Europa juzgará de la diferencia de conducta en ambos ejércitos. »

El 26 jerminal se entablaron las negociaciones en Leoben, y los preliminares de la paz quedaron firmados el 29. Conversando Bonaparte con los plenipotenciarios austriacos, les dijo: « Vuestro gobierno ha enviado contra mí cuatro ejércitos sin jenerales, y esta vez un jeneral sin ejército. » Y como aquellos encargados demostraban en el encabezamiento del tratado ya estendido, que el emperador reconocia la republica francesa: « Borrád, exclamó enardecidamente Napoleon; la existencia de la república es tan visible como la del sol, y un articulo como ese tan solo podria cuadrar para ciegos. »

Habia llegado el punto de tratar de Veneçia. Aquella república fué por sí misma en busca del peligro que la estaba amenazando. Su nobleza, unida al Austria que parecia aguardar al abrigo del convenio de Leoben que unos viles matadores villanos acudiesen á su auxilio y la librasen de un veneçedor que habia triunfado del valor de sus mas aguerridos soldados; la nobleza de Venecia, repito, unida al clero italiano, sublevó las poblaciones ignorantes situadas á orillas del Adriático, haciendo degollar en



Verona crecido número de Franceses, en la festividad de la Pascua. Los ministros de la religion olvidando su instituto de paz y caridad, predicaban como furiosos «que era licito y aun meritorio matar á los jacobinos.»

Acudió al punto Bonaparte para sofocar la revuelta y el asesinato en el Veronesado, tomando venganza de las *Vísperas venecianas*. En la tarde misma de la asonada, dijo á su antiguo cordiscipulo Bourrienne, que le acompañaba en clase de secretario privado y que al juntarse con él habia estado espuesto á fenecer de una puñalada: «Sosiégate; esos bribones me la pagarán. *Su república dejará de existir.*» De allí á pocos dias escribió al Directorio, «que el único partido que cabia, era destruir aquel gobierno feroz y sanguinario, y borrar el nombre veneciano de la superficie del globo.»

En vano los majistrados de Brescia, Bérgamo y Cremona formaron sus sumarias, en términos de manifestar empeñadamente que los Franceses habian sido los provocadores de su propia matanza. Bonaparte los desmintió solemnemente en un manifiesto que fué el decreto de muerte para la aristocracia veneciana, y terminado con las disposiciones siguientes:

«El jeneral en jefe requiere al ministro de Francia cerca de la república de Venecia que salga de dicha ciudad; manda á los varios ajentes



de la república veneciana en la Lombardía y Tierra Firme veneciana, que la evacien dentro de veinte y cuatro horas.

« Manda á los varios jenerales de division que traten como enemigos á las tropas de la república de Venecia, derribando el leon de San Márcos en todas las ciudades de la Tierra Firme. »

Esta orden del dia se ejecutó puntualmente. Despavorido el sumo consejo de Venecia, hizo dimision de su potestad y entregó la soberanía al pueblo, quien cometió á un ayuntamiento el ejercicio de la autoridad. El 16 de mayo la bandera tricolor fué enarbolada en la plaza de San Márcos por el jeneral Baraguay de Hilliers, efectuándose completamente una revolucion democrática en toda la estension de los estados venecianos. Dándolo, abogado de Venecia, uno de los dos sujetos de mérito que Napoleon declaró haber encontrado en Italia, fué colocado, por el favor popular al al frente de este movimiento. El leon de San Márcos y los caballos de Corinto, que sirvieron despues para adornar el arco triunfal del Carrousel, fueron trasladados á Paris.

Mientras que las negociaciones con el Austria se llevaban á cabo, Napoleon supo que Hoche y Moreau habian pasado el Rin. Pocos dias antes el Directorio le habia anunciado que este movimiento no podría verificarse, y cuando la falta de esta poderosa cooperacion le habia determinado á suspender las hostilidades y detenerse á las puertas de Viena, se veia condenado á asistir con la espada envainada por un armisticio á los movimientos militares que en vano habia estado pidiendo y solicitando por espacio de dos meses, cuando podian ayudarle á tremolar la bandera republicana en la capital del Austria. Era evidente que sus triunfos demasiado rápidos habian sobresaltado al Directorio, y que los pentarcas presentian todo un emperador en el guerrero triunfante de Italia. El mismo confesó en Santa Helena que en efecto despues de la batalla de Lodi, le habia venido al pensamiento que podría muy bien llegar á ser el protagonista en la escena política. « Entonces brotó, decia, la primera chispa de la encumbrada ambicion. »

Los directores, que habian advertido el chispazo, temerosos de que incendiase el edificio republicano cuya cima estaba ocupando, se oponian á sus progresos y su ensalzamiento, llevados de una envidia personal y del instinto suspicaz de la democracia. Veian con pesar que el reconocimiento nacional y el asombro de la Europa propendian á concentrarse en un solo individuo, y no querian proporcionarle medios de estremar el entusiasmo que lo endiosase, entrando triunfalmente en Viena al frente de todos los ejércitos republicanos. Los caló Napoleon, como ellos le habian penetrado; lo que no quitó el que se manifestase descontento en todas sus cartas y conversaciones. Pero el Directorio disimuló los verdaderos móviles de su extraña conducta con tanto mayor motivo, cuanto el jeneral Bonaparte,

comandante del ejército del interior después de vendimiarlo, había ideado y puesto en los archivos de la guerra un plan de campaña que fijaba el término de las hostilidades y la pacificación en la cumbre del Simering. El mismo había colocado la valla que ahora estaba deseando embestir. Pero el vencedor del príncipe Carlos debía tener imprescindiblemente pensamientos más grandiosos y miras menos comedidas que el arrollador del vecindario de París.

Bonaparte se hallaba en una isla del Tagliamento cuando recibió el



correo que le traía la noticia de que Moreau había pasado el río. « No cabe retratar, dice Mr. de Bourrienne, la conmoción del general al leer aquel aviso..... Fué tal el trastorno de sus pensamientos, que ideó por un momento traspasar la orilla izquierda del Tagliamento y romper bajo cualquier pretexto... » Decía: « Que diferentes hubieran sido los preliminares en el caso de haberlo sabido. » Ciertamente que Napoleón no hubiera manifestado el ánimo pacífico tan patente en su carta al príncipe Carlos, si hubiese podido contar con la cooperación de los ejércitos de Alemania. La conquista de Viena le halagaba tanto como la de Roma. La doblez envidiosa y suspicaz del Directorio no le permitió satisfacer entonces su ambición.

Las negociaciones se iban dilatando, y el general en jefe utilizó el ensanche del armisticio para recorrer la Lombardia y los Estados Venecianos, organizando un gobierno. Para sus intentos necesitaba hombres, y los buscaba en vano. « ¡Dios mío, decía, cuán escasos son los sujetos! Cuéntanse en Italia diez y ocho millones, y apenas encuentro entre ellos dos de mérito, Dandolo y Melzi. »

Cansado Bonaparte de las trabas que ponían los jefes de la república a la ejecución de sus planes, y aburrido de las pausas de los diplomáticos austriacos, habló de orillar el mando del ejército de Italia, é ir tras el retiro y la soledad y luego el reposo que suponía necesitar. No hay duda que esta era solamente una amenaza que no tenía deseos de realizar, pues no conceptuaba que se pudiese prescindir de su desempeño, tras los servicios hechos, de los conocimientos prodijosos de que había dado pruebas y de la asombrosa popularidad que se había granjeado. La noticia de su renuncia le parecía con razón un acontecimiento político harto sonado para comprometer con la nación al gobierno que la hubiese acarreado con sus injusticias y admitido por exceso de ingratitud y de envidia. Pero todo se redujo á un mero susto, contentándose con quejarse amargamente y desentonarse en su correspondencia de oficio con suma vehemencia y altivez. Después de haber declarado que, « en vista de la situación de los negocios, aun las negociaciones con el emperador habían llegado á ser una operación militar, » lo que le hacía árbitro de la paz y de la guerra y le habilitaba para serlo de la misma república, aparentó saciedad de gloria para convencer á sus apasionados, á sus émulos y competidores, que los intereses de la Francia, y no los suyos, eran los únicos móviles de la fogosa actividad que le estaba arrebatando. « Me he arrojado sobre Viena, dice en una de sus cartas, habiéndome granjeado mas nombradía de la que se requiere para ser feliz, y dejando á la espalda las hermosas llanuras de Italia, como había hecho al principio de la última campaña, en busca de pan para el ejército que la república ya no podía alimentar. »

Por lo demás acompañó al Directorio en su ruin emulación y en sus zozobras el desenfreno de la política interior. La reacción termidoriana había alentado á los realistas, que acababan de rehacerse en las elecciones de su derrota de vendimiario. Era natural que el partido contra-revolucionario temiese el influjo del general que había salvado á la república con cincuenta victorias, y cuya nombradía, timbres y existencia se hermanaban con los progresos de la revolución. Los oradores y publicistas de aquel partido se valieron de la libertad limitada de la tribuna y de la imprenta, para fomentar habillitas, y robustecer las sospechas mas injuriosas respecto á la indole y los intentos de Napoleón. El Directorio, á pesar de la lid que estaba encarnizadamente sosteniendo contra los *Clichien*ses, les dejó imprimir y obrar cuanto quisieron contra el héroe de Arcola

y Lodi, cuyo repentino engrandecimiento lo lastimaba en gran manera. Imprimiéndose en periódicos y folletos, y se proclamó en consejos y juntas, que el gobierno de Venecia habia sido victima de las alevosías y provoca-



ciones encubiertas del general francés, y que todos aquellos asesinatos de que se habia quejado á la faz del mundo y de que habia tomado venganza, habian sido acontecimientos previstos y maquiavélicamente ideados en el cuartel general del ejército republicano. Dumolard, uno de los prohombres realistas, hizo una propuesta en la que introdujo una frase que mentaba espresamente las dudas suscitadas en el consejo de los Ancianos, acerca de las causas y gravedad de las violaciones del derecho de gentes cometidas en Venecia. Sabedor Napoleon de todos estos ataques y malévo-

las insinuaciones, escribió al Directorio en estos términos: «Tenia derecho, despues de haber firmado cinco paces y dado un golpe mortal á la confederacion, sino á triunfos civicos, al menos para vivir desahogado y bajo la proteccion de los primeros majistrados de la república. En el dia me veo desatendido, perseguido, dislamado por cuantos medios vergonzosos suele usar toda política perseguidora.....

«¿Pues que, hemos sido asesinados por traidores, han fenecido mas de cuatrocientos hombres, y los primeros majistrados de la república le acriminarán el haberlo creido por un momento?

«Ya sé que hay sociedades en las que se dice: *y qué, tan pura es esa sangre?*....

«Que lo hubiesen dicho unos villanos, yertos para con la patria y la gloria nacional, no me quejaria, ni hubiera hecho alto; pero tengo derecho para quejarme del envilecimiento en que sumen los primeros majistrados de la república á los que han engrandecido y encumbrado la gloria del nombre francés.

«Os repito, ciudadanos directores, la demanda que os hice de mi renuncia. Necesito vivir á mis anchuras, si los puñales de Clichy me lo consienten.

«Me habeis encargado negociaciones; soy poco á propósito para ellas.» Poco tiempo antes habia escrito amistosamente á Carnot:

«Recibí vuestra carta, mi querido director, en el campo de batalla de Rívoli. Lei entónces con menosprecio cuanto se dice respecto á mi, pues cada cual me hace prorumpir á medida de sus deseos; y barto me conoceis para poderos figurar que alguien influya en mi ánimo; blasoné en todo tiempo de tantas finezas como os estamos debiendo, con sumo agradecimiento, así yo como los míos. Hay hombres para quienes el odio es una necesidad, y que no pudiendo trastornar la república, se consueñan sembrando zizaña y discordia á diestro y siniestro. En exanto á mí, por mucho que digan, ya no me alcanzan: lo único que me interesa es el aprecio de unos cuantos sujetos como vos, y el de mis compañeros y soldados; á veces tambien la opinion de la posteridad, y sobre todo la rectitud de mi conciencia y la prosperidad de mi patria.»

Despues Napoleon se encargó de responder personalmente á las calumnias de la faccion clihiense, respecto á Venecia, haciendo circular al efecto en el ejército, bajo un anónimo, una nota que iba refutando todas las patrañas de los realistas y ponía muy en claro la verdad con todos sus derechos.

Queda ya advertida la ninguna sinceridad de su renuncia; mas en cuanto á la modestia con que se profesaba inhábil para tareas diplomáticas, se concepuará el alcance de aquella manifestacion con la anécdota siguiente.

te, relativa á las negociaciones de Campo-Formio, y que él mismo refirió en Santa Helena.

Mr. de Cobentzel, decia, era el prohombre de la monarquía austriaca, el alma de sus intentos y el móvil de su diplomacia. Habia desempeñado las primeras embajadas de Europa y vivido mucho tiempo junto á Catalina, cuyo aprecio particular se habia granjeado. Engreido con su jerarquía y su trascendencia, no dudaba que el señorío de sus modales y su práctica en las cortes arrollarian desde luego á un jeneral labrado en los campamentos revolucionarios; así recibió al jeneral francés con cierta liviandad; pero bastaron el ademán y las primeras palabras de este para arrinconarlo en su lugar, del cual no trató de salir en lo sucesivo.—Las primeras conferencias, añade Mr. de Las Cazes, iban con suma pausa, pues Mr. de Cobentzel, según costumbre del gabinete austriaco, se mostró muy duche en ir dilalando los puntos; pero el jeneral francés resolvió dar un corte. La conferencia, que habia resuelto fuese la última, llegó; y quedando desairado en sus propuestas, se levantó furioso voceando briosamente: Ya que quereis la guerra, la tendréis, y asiendo una magnífica jarra de porcelana que Mr. de Cobentzel complacido repelia sin cesar que era regalo de la gran Catalina, la arrojó al suelo con toda su fuerza, donde se estrelló en mil pedazos. Lo veis, exclamó otra vez, pues bien, antes de tres meses yo os prometo que la monarquía austriaca va á quedar en el mismo estado. Y se salió arrebatadamente de la sala. Mr. de Cobentzel se quedó estático, decia el emperador; pero Mr. de Gallo, su se-



gundo y mucho mas conciliador, acompañó al jeneral francés hasta su coche, procurando detenerle, « haciéndome rendidos acatamientos, añadía el emperador, con unos ademanes tan estrambóticos, que á pesar de mis iras estudiadas, no podía interiormente contener la risa. »

Este rumbo de negociar, que al parecer abonaba cuanto Napoleon habia dicho acerca de su atraso en punto á diplomacia, no dejó sin embargo de conseguir el objeto que se habia prometido, pues en tal coyuntura tenia el enojo visos de maña y sabiduría; como que se hacia forzoso zanjar aquellas pausas premeditadas y los vaivenes alevosos del gabinete austriaco; y Napoleon lo vino á lograr estrellando el agasajo primoroso de Catalina. Su disparo fué mas provechoso en aquel trance para los intereses de la Francia de lo que pudiera serlo la politica de un palaciego redomado. Pudo arrebatarse á tiempo, y cabe el decir que si quebrantó la etiqueta y los estilos corrientes, fué para merecer bien de su pais y de la humanidad acelerando el ajuste.

Pero mientras Napoleon se enojaba en Italia de las interminables demoras en las conferencias diplomáticas, de la inaccion que le habia impuesto la voluntad aviesa del Directorio, y de los insultos que le asestaban las facciones del interior de todos los puntos de la Europa, por medio de los emigrados y de los corresponsales asalariados, el Directorio se vió amenazado en su existencia por la mayoría realista de los dos consejos, al acercarse el 18 de fructidor.

El ejército de Italia, que habia vencido en tantas batallas bajo la bandera republicana, y el jefe esclarecido que lo habia conducido á la carrera de victoria en victoria, no podian menos de embargar la atencion de ambos partidos, las zozobras del uno y las esperanzas del otro. Napoleon, poco antes calumniado con rebozo ó sin él por los Clichenses y el Directorio, se vió de repente apetecido y galanteado por todas partes. Francisco Ducondray, uno de los oradores predominantes de la mayoría monárquica, no escaseó dar el dictado de héroe al metrallador del 15 vendimiaro, diciéndole « que habia descollado en su desempeño de negociador, despues de haber igualado en ocho meses á los prohombres del arte militar. » Pero estos elogios interesados de un hombre mañero no podian encubrir el odio que abrigaba y vertia su partido en los diarios y juntas contra el jeneral en jefe del ejército de Italia. Aubry, antiguo enemigo de Bonaparte, era uno de los prohombres en la reunion de Clichy. Sostenido por algunos oradores furibundos, pedia á gritos la deposicion y arresto de Napoleon, lo cual era bastante para que este no debiese titubear entre el Directorio y los consejos. Pero Napoleon despreciaba al Directorio, en cuyo interior tan solo habia un sujeto, cuyo carácter apreciable y cuyos servicios y capacidad conocia, y este era Carnot, que se habia separado de la mayoría directorial por escrúpulos constitucionales, repugnándole repeler

los ataques de los realistas con una arbitrariedad. Sin embargo, á impulsos de sus antecedentes, recuerdos y previsiones, prevaleció su menosprecio de Barras y su inclinación á Carnot.

Estuvo decidido por un momento á marchar sobre París, atravesando Leon al frente de veinte y cinco mil hombres, y realizara este intento, si la probabilidad del triunfo en la capital quedara á favor de los Clichien-ses, y lo que ante todo le decidió á poner su poderosa espada del lado de los directores contra la mayoría de los consejos, fué el descubrimiento de la traicion de Pichegrú que encabezaba aquella mayoría, y cuya criminal inteligencia con el extranjero se descubrió con la detencion y reconocimiento de los papeles del célebre conde Antraigues, maquinador realista, sorprendido y preso en los estados de Venecia, puesto en libertad bajo su palabra en Milan, y que se fugó á Suiza, donde publicó un libelo infame contra Napoleon, á quien no tenia mas que motivos para alabar.

La indignacion de Bonaparte contra el partido extranjero se manifestó en la esposicion que envió en nombre del ejército de Italia para arredrar á los consejos y desahogar al Directorio. «¿Acaso, hizo decir á sus compañeros de armas, el camino de París ofrece mas obstáculos que el de Viena? No; los republicanos fieles á la libertad nos lo franquearán, reunidos la defenderemos, y nuestros enemigos dejarán de existir.

«Unos hombres, tiznados con su afrenta, ansiosos de venganzas, alitos de maldades, se azoran y conspiran en medio de París, cuando nosotros hemos triunfado á las puertas de Viena..... Vosotros que habeis hecho patrimonio de los defensores de la republica el menosprecio, el baldon, los ultrajes y la muerte, ¡temblad! desde el Adigio al Rin y al Sena no hay mas que un paso; ¡temblad! vuestras iniquidades están contadas, y la recompensa reluce en la punta de nuestras bayonetas. »

Napoleon escogió para llevar esta esposicion á Augereau, el mas capaz entre sus tenientes de aspirar al primer papel y hacer olvidar al jeneral en jefe por su consistencia personal en medio de las circunstancias que se preparaban. En cuanto al dinero que Barras habia pedido por medio de su secretario Biotot para el buen éxito del día premeditado, Napoleon se contentó con prometerlo y no lo envió nunca. Por lo demás despachó á París á su edecan Lavallette, contando con su celo y perspicacia para saberlo todo y obrar segun lo exigiesen los acontecimientos.

La intimidad de Bonaparte con Desaix empezó por entonces. Desaix, empleado en el ejército del Rin, seguía de lejos con asombro los triunfos del jeneral en jefe del ejército de Italia. Valióse del ensanche que le franqueaba el armisticio de Leoben para admirar mas de cerca al sumo capitán. Estos dos hombres se calaron y se prendaron al verse, y en una de sus conversaciones, habiendo querido confiar Napoleon á su nuevo amigo el arcano de la traicion de Pichegrú: «Hace tres meses que la sabíamos en

el Rin, respondió Desaix. Un furgon cojido al general Klinglin puso en nuestro poder la correspondencia de Pichegrú con los enemigos de la república. — ¿Pero Moreau no ha dado parte al Directorio? — No. — Es pues un criminal; cuando media la pérdida de la patria, el silencio es una complicidad. Después del 48 de fructidor, cuando Pichegrú recibió el golpe del estranamiento, Moreau lo denunció ignominiosamente. «Con no hablar antes, dijo Napoleon, hizo traicion á la patria; con hablar tan tarde, ha rematado la suerte de un desgraciado.»

Bonaparte supo con sumo gozo la derrota y proscripcion de los Chichienses, que Augereau le participó en estos términos: «Al fin, mi general, se cumplió mi encargo, y las promesas del ejército de Italia han quedado satisfechas esta noche.»

Pero el Directorio, libre ya de los realistas, volvió á su envidia encubierta y tenaz contra Napoleon. Aunque conociese muy bien el modo de pensar del general respecto al 48 fructidor, después de los pliegos que habia recibido, reclamando todos el golpe de arbitrariedad con una energia que rayaba en violencia, hizo correr la voz en Paris para que candiese hasta el ejército que la opinion de Bonaparte acerca de aquel suceso



era dudosa; y para dar mas peso á esta sospecha, encargó á Angereau que remitiese él mismo á todos los jenerales de division la circular que solo el jeneral en jefe hubiera debido naturalmente enviarles. Avisado Napoleon de todos estos amañes, manifestó desde luego su descontento y su indignacion.

« Es constante, escribia al Directorio, que el gobierno obra conmigo como procedió con Pichegrú despues de vendimiario del año IV.

« Os pido que mandéis quien me reemplace y admitais mi renuncia. Ningun poder en la tierra seria capaz de hacer que siga sirviendo, despues de esta horrible prueba de la ingratitud del gobierno, que estaba muy ajeno de presumir. Mi salud, en estremo menoscabada, está pidiendo desahogo y sosiego.

« La situacion de mi alma necesita igualmente reentonarse entre el bullicio de los ciudadanos. Demasiado tiempo hace que tengo en mis manos una potestad grandiosa, de la cual me he valido á todo trance para el bien de la patria; allá se las hayan los que descrean la virtud y hayan maliciado contra la mia. Mi galardón se cifra en mi conciencia y en el juicio de la posteridad.....

« Creed que si hubiera un momento de peligro, me hallariais en primera fila para defender la libertad y la constitucion del año III. »

El Directorio, que no se conceptuaba con fuerzas para sostener una competencia directa y patente con el guerrero esclarecido, siguió disimulando; se esmeró en redoblarle esplicaciones para desenconarlo, y le dijo: « Temed que los conspiradores realistas, en el momento en que quizá estaban envenenando á Bloche, no hayan tratado de introducir en vuestro ánimo sinsabores y desconfianzas, capaces de privar á vuestra patria de los conatos de todo ese númen. »

Donaparte no estaba tan desabrido con el mando en jefe como queria aparentar; así finjió aceptar las esplicaciones lisonjeras que le daban, y se puso en correspondencia particular con individuos y ministros del Directorio, acerca de las eventualidades de la guerra, las condiciones de la paz y las cuestiones mas recónditas de la política jeneral. Conjurados momentáneamente los peligros de la república en el exterior é interior, se inclinaba á la moderacion y á la clemencia. « La suerte de la Europa, escribió á Francisco Neufchateau, depende de la union, la sabiduria y la pujanza del gobierno. Queda una corta parte de la nacion que es preciso cautivar por medio de un buen gobierno..... Un decreto del Directorio ejecutivo derroca los tronos; haced de modo que algunos escritores asalariados ó algunos ambiciosos fanáticos, encubiertos con toda clase de máscaras, no nos vuelvan á sumir en el torrente revolucionario. »

Por entónces fué cuando un sujeto afamado desde la asamblea constituyente, y cuya nombradía fué despues siempre en aumento por una acti-

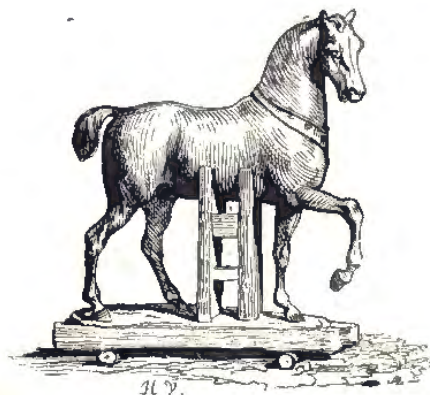
va participacion al establecimiento y al vuelco de todos los mandos que fueron mas y mas arrebatando á la Francia de reaccion en reaccion hasta su situacion actual; por entónces, repito, fué cuando Talleyrand, siempre pronto á saludar al sol saliente, procuró entablar relaciones seguras y confidenciales con Bonaparte. Escribióle varias cartas sobre el 18 fructidor, espresándose en todas con la vehemencia de un fogoso revolucionario. Curioso es ver al hombre que contribuyó tan eficazmente en lo sucesivo para entronizar ambas ramas de la casa de Borbon, y cuyo último afecto político fué definitivamente adquirido, al menos en apariencia, á la dinastía reinante; curioso es verle anunciar con entusiasmo á su emperador venidero, al ídolo que habia de ensalzar y estrellar, *que una muerte pronta se habia sentenciado contra cuantos recordasen el trono, la constitucion del año 95 ó á Orleans.*

Napoleon recibió estas proposiciones del jefe de la faccion, llamada entónces los *constitucionales* y los *diplomáticos*, como hombre solícito de ir poniendo audacios y preparar instrumentos para la suma ambicion que ocultaba en su pecho. Se hacia cargo de que no habia llegado la hora, pero que llegaria, y procuraba ir juntando sujetos para moverlos á su albedrío cuando las circunstancias lo rodeasen. Cabe conceptuar, en vista de la anarquía que reinaba en Francia, antes y despues del 18 de fructidor, del poco aprecio de los depositarios de la potestad, de la maldad de los unos y la torpeza de los otros, que Napoleon fué harto reservado y encojido y no abarcó el influjo de su nombradía y el cansancio de los partidos, cejando ante el golpe de estado que tenia premeditado, y ejecutó posteriormente con tanto éxito. Pero le pareció que era preciso engrandecer mas y mas todavía su fama con nuevos portentos, dejando aumentar en la masa de la nacion el disgusto á las tormentas de la democracia. Acaso entónces ideó la expedicion de Egipto, lo que muchos han pensado despues de haber leído la proclama que envió, el 16 de setiembre de 1797, á los marinos de la escuadra del almirante Brueix, y en la que, al celebrar el triunfo del Directorio sobre *los traidores y emigrados que se habian apoderado de la tribuna nacional*, dice á aquellos valientes: «Sin vosotros no podemos llevar la gloria del nombre francés sino á un estrecho rincon de la Europa; con vosotros cruzaremos los mares y llevaremos el estandarte de la república á las mas remotas rejiones.»

Para renlar este grandiosísimo intento, se hacia forzoso ajustar primeramente la paz en Europa. El Austria, cuyas esperanzas fundadas en una revolucion interior en Francia se habian desvanecido el 18 de fructidor, no tenia ya los mismos motivos para ir entorpeciendo las negociaciones; pero el Directorio, engreído con su victoria sobre los realistas aliados del emperador, manifestaba impetus belicosos. «No hay que guardar miramientos con el Austria, escribió á Bonaparte; su doblez y su inteli-

jencia con los conspiradores del interior son manifestas. « Estas órdenes belicosas no cuadraban con las miras del jeneral en jefe. La aproximacion del invierno le decidió á ajustar la paz. « Se necesita mas de un mes, dijo á su secretario, para que los ejércitos del Rin me apoyen, si es que se hallan en estado de hacerlo, y dentro de quince dias los caminos y pasos estarán cubiertos de nieve. Es asunto concluido, hago la paz. Venecia pagará los gastos de la guerra y el limite del Rin. Digan cuanto quieran el Directorio y los letrados. »

Con efecto, se firmó la paz en Campo-Formio el 26 de vendimiario, año VI (17 de octubre de 1797). Una de las primeras condiciones del tratado que Napoleon requirió tenazmente, fué la libertad de los prisioneros de Olmutz, Lafayette, Latour-Maubourg y Bureau de Pusy. Justo es decir que obraba entónces con arreglo á las instrucciones del Directorio.





CAPÍTULO VI.

Viage a Rastadt. Vuelta á París. Partida para el Egipto.



LORÉ ya Napoleón de la guerra y de las negociaciones en las fronteras del Austria, anduvo visitando sus conquistas, y con especialidad la Lombardia, que le recibió con aplausos de libertador. Vitoreado universalmente por donde quiera, le llegó una providencia del Directorio para trasladarse á Rastadt, y presidir allí la legación francesa. En su tránsito seguía caminando en alas de miles y miles de aclamaciones estre-

madas, por toda la Suiza hasta Basilea. Antes de salir de Milan envió, por Joubert, al Directorio LA BANDERA DEL EJÉRCITO DE ITALIA, donde campeaban por una cara el resumen de todas las acciones portentosas que habia desempeñado aquel ejército; y por otra estas palabras: AL EJÉRCITO DE ITALIA LA PATRIA RECONOCIDA. A su paso por Mantua habia mandado celebrar unos funerales en honor de Hoche, que acababa de fallecer, y habia activado la conclusion de un monumento dedicado á la memoria de Virgilio.

Entre los aclamadores ansiosos que le salieron al encuentro en aquella temporada, se cuenta un observador despejado, cuyas reflexiones enviadas á París se publicaron en un periódico por diciembre de 1797. Decian así: «He visto con entrañable interés y suma atencion aquel varon extraordinario, ejecutador de heroicidades, que deja pendiente su carrera. Lo hallo muy parecido á su retrato, pequeño, flaco, macilento, con un exterior atropellado, pero no enfermizo como algunos han dicho. Lo he conceptuado distraido, y como ensimesmado y ajeno de cuantos obsequios se le estaban tributando. Su fisonomía es de suyo aguda, y al par de cavilosa, sumamente reservada. No cabe desentenderse de los pensamientos que está abarcando aquella cabeza y aquel espíritu, arrollador tal vez de la Europa entera.»



Al atravesar la llanura de Morat, en la que los Suizos esterminaron el ejército de Carlos el Temerario en 1436, Lannes dijo que los Franceses de ahora peleaban mucho mejor. « En aquel tiempo, interrumpió Napoleón disparadamente, los Borgoñones no eran Franceses. »

Cuando Napoleón llegó á Rastadt, conoció pronto que su nuevo empleo por ningún título le cuadraba; y tan solo en París, en el centro del movimiento político ó al frente de su ejército, podía hallar en adelante hombre tan portentoso su lugar competente. Mas no tuvo para qué solicitar su regreso á la capital, pues pronto le llamó á ella una carta del Directorio. Mr. de Bourrienne, su secretario, que no sabia aun que estaba borrado de la lista de los emigrados, tenía acompañarle y queria quedarse en Alemania. « Venid, le dijo Bonaparte, pasad el Rin sin zozobra; no os apartarán de mi lado; yo me constituyo responsable. »

El recibimiento de Napoleón en París fué tal cual lo debia esperar de la aceptación universal que le habían granjeado sus hazañas. El Directorio, encabezando el reconocimiento nacional, disimuló su envidia y sobresalto disponiendo un agasajo esplendoroso al conquistador de Italia, en el recinto del Luxemburgo. Talleyrand, que presentó el héroe á los directores, pronunció con este motivo un discurso rebosando de ardiente y acendrado republicanismo: « Quizá se extrañará, dijo, este mi conato en rasguear y tal vez menoscabar la nombradía de Bonaparte, quien no se dará por ofendido. Debo decirlo, temí un momento contra él allá un desasosiego receloso que asoma en una república bisoña que se sobresalta con cuanto amaga al parecer á la igualdad; pero me engañé; la grandeza personal, lejos de menoscabar la igualdad, es su mas esclarecido triunfo; y en este día, los republicanos franceses deben conceptuarse mas encumbrados. »

Napoleón respondió, dando por primera vez el dictado de GRANDE á la nacion francesa, y se espresó en estos términos:

« Ciudadanos directores :

- El pueblo francés, para ser libre, tenia que pelear contra los reyes.
- Para conseguir una constitucion fundada en la razon, tenia que arrollar las preocupaciones de diez y ocho siglos.
- Triunfasteis de todos estos obstáculos con la constitucion del año III.
- La religion, el feudalismo y los reyes han ido sucesivamente avasallando la Europa durante veinte siglos; pero la paz que acabais de firmar deslinda la era de los gobiernos representativos.
- Habeis conseguido organizar la GRANDE NACION, cuyo territorio solo está zanjado porque la misma naturaleza fijó sus límites.
- Aun habeis becho mas.

« Las dos partes preferentes de la Europa, antiguamente tan esclarecidas por sus ciencias, artes y prohombres, viven esperanzadas de ver el nùmen de la libertad remontarse del sepulcro de sus antepasados.

« Me cabe el honor de remitiros el tratado firmado en Campo-Formio y ratificado por S. M. el emperador.

« Cuando la felicidad del pueblo francés estribe por fin en mejores leyes orgánicas, toda la Europa quedará libre. »

Harto modesto se mostraba el negociador de Paseriano, traspassando así al Directorio el blason de haber ajustado la paz. Pero requería la política aquel acatamiento ceremonioso, y los favorecidos le dieron igual crédito que el mismo favorecedor. Desde aquel punto encumbróse en realidad Napoleon á lo sumo de la diplomacia europea, en lugar del gobierno de la república. Cifraba en sí el estado entero y trasladaba á la Francia el ademán y lenguaje que su grandiosa ambición y sus alcances trascendentales, y no las instrucciones del Directorio, le patentizaban como los mas dignos del GRAN HUELLO y los mas favorables á las miras ulteriores del hombre grande. Desde su entrada en Italia, y sobre todo desde Loni, se habia dedicado á ir apeando la política francesa del carácter feroz que necesariamente le infundiera la terrible lucha de 95. No queria conquistar una paz gloriosa para su país y una inmensa nombradía para sí, bajo la capa de una democracia desaforada é implacable. Parecióle que habia llegado la época de amansar el fanatismo revolucionario, cuya necesidad habia comprendido en otro tiempo y cuyas inspiraciones le habian arrebatado. En las negociaciones con el rey de Cerdeña, el papa y el emperador, se mostró avenible y revestido de aquel espíritu de conciliacion y tolerancia que destina á los sujetos sensatos; pero en el tratado de Campo-Formio sobre todo se esmeró en manifestar á los reyes de Europa la república francesa como un enemigo jeneroso que no profesaba enconos ciegos, y cuyos principios y consejos nada tendrian en lo sucesivo que pudiese amenazar á los gobiernos extranjeros. Él mismo lo declaró en Santa Helena, diciendo: « Los principios que debian rejir á la república habian quedado en planta desde Campo-Formio, pero el Directorio no tuvo parte en ellos. » Y tal era el poderio que estaba ejerciendo aquel individuo, que el Directorio, cuya autoridad suprema habia desconocido y cuyas funciones habia usurpado, no se atrevió á residenciarle por sus menosprecios y su osadía, y antes bien le halagó solemnemente por boca de su presidente con un cúmulo pomposo de lisonjas. « La naturaleza, avarienta en sus prodijios, dijo Barras en la contestacion al jeneral, solo franquea varones eminentes á la tierra de tarde en tarde, pero quiso esclarecer la aurora de la libertad con uno de aquellos fenómenos, y la sublime revolucion del pueblo francés, nueva en la historia de las naciones, tenia que presentar un nùmen nunca visto en la historia de los hombres preeminentes. » Esta adulacion

que el influjo de la opinion pública arrancaba á la envidia, está demostrando el encumbramiento en que se hallaba Napoleon, siendo de notar que el caudillo del gobierno republicano se conceptuase precisado á hablar á un mero jeneral y súbdito suyo, como le habló despues en el mismo lugar el presidente de su senado ó el principal de sus rendidos.

Los Parisienses aparentaron trascordarse de que el vencedor de Arco-la habia sido el metrallador de vendimiario. Do quiera se presentaba, le iban asaltando torrentes de aclamaciones, y en asistiendo al teatro, el auditorio lo vitoreaba con estruendosa griteria! Estas demostraciones, tan lisonjeras para su amor propio, parecian sin embargo serle ya incómodas, y prorumpió en una ocasion: «No vengo al teatro, á saber que los palcos estaban tan patentes.» Deseando ver una ópera cómica muy celebrada, en la que cantaban madama de Saint-Aubin y Elleviou, pidió su representa-



cion bajo la fórmula comedida de: «Si fuese dable.» Y el empresario contestó agudamente que no se daban imposibles para el vencedor de Italia, que hacia tiempo tenia borrada esta voz del diccionario.

A pesar del ansia universal que iba en su alcance, Napoleon, sin dejarse embriagar por tantísima humareda de lucienso, y haciéndose atinadamente cargo de su situación, temió que con tan dilatada inacción fuese á menos el recuerdo de sus antiguos servicios y entibiase el acaloramiento de sus secuaces. «En Paris, decia él, nada se tiene presente, y si paso mucho tiempo sin hacer nada, estoy perdido. En esta gran Babilonia una nombradía desbancaba á otra, y cuando me hayan visto tres veces en el teatro, ya no harán caso de mí, por lo cual me escasearé por allá. Des pues repetia el dicho de Cromwell, cuando le llamaban la atencion al entusiasmo que movia su presencia: «¿Y qué! ¿si yo fuese al cadalso, el pueblo no correria tras mí con igual afán?» Rehusó una representacion de aparato que le ofreció la empresa de la ópera, y desde entónces asistió al teatro en palco cubierto.

Sobrevinieron á la sazón varias conspiraciones contra su persona. Una mujer le hizo avisar que trataban de envenenarle: el individuo que fué á dar el aviso quedó arrestado, y el juez de paz del distrito le hizo declarar la casa de la mujer que lo habia enviado. Hallaron á esta desventurada nadando en su sangre; los asesinos, noticiosos de que habia sabido y delatado sus viles intentos, trataron de librarse de su testimonio con un nuevo atentado.



Bonaparte, retraído del Directorio, apeteció entrar en el Instituto, aunque su afán se encaminase á otros objetos que los científicos ó literarios. Fué admitido en reemplazo de Carnot, fallecido el 18 de fructidor, formando parte de la clase de ciencias y artes. La carta que escribió al presidente Camus merece citarse por entero.

« Ciudadano presidente :

« El voto de los sujetos de suposición que componen el Instituto me favorece.

« Estoy muy hecho cargo de que antes de ser su igual, seré mucho tiempo su discípulo.

« Si hubiese un modo mas espresivo de darles á conocer el aprecio que me están mereciendo, lo usaria.

« Las conquistas verdaderas hechas contra la ignorancia son las únicas que no redundan en quebrantos. Coadyuvar á la estension del alcance humano es la tarea mas honorífica y provechosa para las naciones.

« El poderío verdadero de la república francesa debe cifrarse para lo sucesivo en no consentir que asome un solo concepto nuevo que no sea suyo.

BONAPARTE. »

Asombroso era este lenguaje en boca de un hombre que habia llegado á la cumbre de la gloria por medio de afanes puramente militares, pero Napoleon queria manifestar que no le alucinaban la suerte ni las preocupaciones de su profesion. Para encumbrarse allá hasta la altura que su númen ambicioso habia divisado y hácia la cual asestaba sus pensamientos con desalada perseverancia, necesitaba manifestar en sí mas que un grande capitán engreído con sus triunfos y propenso á apreciar únicamente el arte de la guerra, la ciencia y el valor de los campamentos. Importábase que la gran nacion dueña del orbe sobre la que aspiraba á reinar, se acostumbrase á mirarle como al mas capaz de defenderla con las armas, y tambien de sublimar siempre sus alcances intelectuales y el ejercicio del patrocinio universal que estaba ejerciendo, así por su superioridad moral, como por su preponderancia militar.

¿ Pero habia llegado el trance de patentizar pretensiones encubiertas que albergaba desde la campaña de Italia? Napoleon no lo creyó, y desde entónces debió pensar en salir pronto de la ociosidad que podia comprometer, si no dar al través con su grandiosa nombradía.

Acordó pues pasar á Egipto, á lo cual consintió el Directorio, porque su prevision menguada y que solo comprendia los trances del dia siguiente, le hacia desear la ausencia del ilustre guerrero, sin reflexionar que nuevos triunfos deslumbrarian mas y mas á la nacion, y por consiguiente acrecentarian la popularidad que tanto temian. Bonaparte, que ildeara el

plum, preparó por sí solo su ejecución, y se encargó de organizar todo el ejército expedicionario. También formó y eligió las diferentes comisiones de sabios y artistas que debían acompañar á nuestras tropas, para que los triunfos de nuestras armas sirviesen á los progresos de la civilización. Cuando le preguntaron si permanecería mucho tiempo en Egipto, respondió: «Estaré pocos meses ó seis años; todo depende de los acontecimientos.» Llevó consigo una biblioteca de campaña, compuesta de tomos en 18.^o que trataban de ciencias y artes, geografía y viajes, historia, poesía, novelas y política. En su catálogo se hallaban Plutarco, Polibio, Tucídides, Tito-Livio, Tácito, Raynal, Voltaire, Federico II, Homero, el Taso, Osián, Virgilio, Fenelon, La Fontaine, Rousseau, Marмонтel, Le Sage, Goethe, el Antiguo Testamento, el Nuevo, el Alcorán, el Vedán, el Espíritu de las Leyes y la Mitología.

Una desavenencia de Bernadotte con el gabinete austriaco, á causa de la bandera tricolor que el embajador francés había enarbolado en su casa y que la plebe de Viena había insultado, faltó poco para que detuviese á Bonaparte en Europa la víspera de su marcha de París. El Directorio quería tomar venganza de este ultraje á costa de una nueva guerra que hubiera capitaneado el vencedor de Italia; pero este, que veía desbaratadas sus miras con este nuevo desvío, observó «que á la política tocaba avasallar los incidentes, y no á los incidentes gobernar la política.» El Directorio tuvo que ceder á un reparo tan atinado, y Napoleón se encaminó á Tolón.

Llegado el 48 de mayo de 1799 á aquella ciudad, cuna de su fama y gloria, supo que la legislación violentísima, ocasionada por los emigrados contra ella, y restablecida en 48 de fructidor, estaba todavía causando amargo duelo á la 9.^a division militar. No cabiéndole promulgar órdenes como jeneral en un país que no estaba bajo su mando, escribió como individuo del Instituto nacional á las comisiones militares del Mediodía, para exhortarlas á que se asesorasen para sus fallos con la clemencia y la humanidad. «He sabido muy á mi pesar, les dijo, que han sido ejecutados como reos de emigración, ancianos de setenta y ochenta años, desdichadas mujeres embarazadas, madres de niños tiernos.

«¿Acaso los soldados de la libertad se han transformado en verdugos?

«¿Falleció por ventura en sus corazones la compasión que llevaron en medio de los combates?

«La ley del 48 de fructidor fué una providencia de salvamento jeneral. Su mente fué atajar á los conspiradores, desentendiéndose de miserables mujeres cuitadas y de ancianos caducos.

«Os exhorto, pues, ciudadanos, á que declareis, cuantas veces la ley haga comparecer ante vuestro tribunal mujeres ó ancianos de mas de se-

sesenta años, que en medio de las refriegas habeis respetado las mujeres y los ancianos de vuestros enemigos.

« El militar que firma una sentencia contra una persona inhábil para el manejo de las armas es un cobarde. »

Este jeneroso paso salvó la vida á un anciano emigrado á quien la comision tolonesa habia condenado á muerte. Precioso se hace este rasgo en un guerrero acostumbrado á derramar sangre humana en los campos de batalla, recomendando á sus compañeros que respeten la humanidad en la flaqueza ya postrada de la vejez y de las mujeres; asombroso se hace el presenciarse encareciendo á sus guerreros aquella prenda con el sumo ahínco de su propia humanidad. Reina en aquella carta de Bonaparte, individuo del Instituto, á las comisiones militares del Mediodía, un impulso de subordinacion necesaria de la espada al pensamiento en la gran carrera del progreso social.

Dispuesto ya todo para el embarque y cercana la partida, Napoleon dirigió á su ejército la arenga siguiente:



« Oficiales y soldados: »

« Hace dos años que vino á mandaros: en aquella época os hallabais por la ribera de Jénova en sumo desamparo, faltos de todo y habiendo sacrificado hasta vuestros relojes para vuestra reciproca subsistencia; os prometí poner un término á vuestras desdichas, os condujo á Italia y allí se os concedió todo... Decid, ¿no he cumplido mi palabra? » Los soldados respondieron que sí con vocería jeneral.

Napoleon prosiguió:

« Quedo enterado, pero sabed que aun no habeis hecho bastante por la patria, y que ella tampoco ha hecho todavía lo suficiente por vosotros.

« Voy á llevaros ahora á un pais, en el que vuestras hazañas venideras van á sobrecojer mas y mas á vuestros aclamadores, y en donde haréis á la patria servicios tan sumos cuales tiene derecho á esperar de un ejército de invencibles.

« Prometo á cada soldado que, al volver de esta expedicion, se le dará con que comprar seis aranzadas de terreno.

« Vais á correr nuevos peligros que participaréis con vuestros hermanos los marinos. Hasta ahora esta arma no se ha hecho temible á nuestros enemigos; sus hazañas no han igualado las vuestras; les han faltado ocasiones; pero el valor de los marinos es igual al vuestro; su voluntad es triunfar, y tambien lo conseguirán.

« Comunicadles esa esperanza invencible que os hizo en todas partes victoriosos; apoyad sus conatos; vivid á bordo en aquella buena inteligencia tan jenal entre los hombres animosos de corazon y adictos al éxito de la misma causa; se han granjeado, al par de vosotros, derechos al reconocimiento nacional en el arte tan arduo de la náutica.

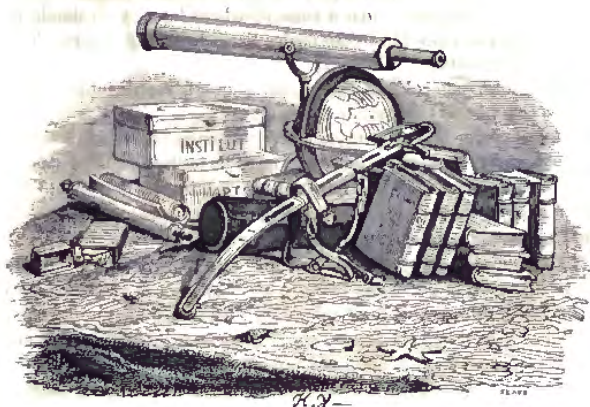
« Acostumbraos á las maniobras de abordó; sed el terror de vuestros



enemigos de mar y tierra, imitando así á los soldados romanos que supieron por igual derrotar á Cartago en las llanuras y á los Cartajineses en sus armadas.»

El ejército respondió con aclamaciones de « ¡Viva la república! »

Josefina había acompañado á su marido hasta Tolon. Bonaparte la amaba con extremo, y así fué muy entrañable su despedida, pues podían temer que su separación fuese eterna, al pensar en los riesgos á que iba á esponerse el jeneral. La escuadra dió á la vela en 19 de mayo.





CAPÍTULO VII.

Conquista de Egipto



STANDO ya la escuadra dispuesta para salir a la mar, tomó el rumbo de Malta. Una tarde que navegaba por el mar de Sicilia, el secretario del jeneral en jefe creyó divisar, al ponerse el sol, la cumbre de los Alpes. Comunicó su descubrimiento a Bonaparte, quien le respondió con un gesto de incredulidad. Pero el almirante Brueyx habiendo tomado su antejo, declaró que Bonaparte tenía razón. Entonces Bonaparte exclamó: « ¡Qué! los Alpes! » y al cabo de un rato de permanecer allí pensativo, añadió: « No, no puedo ver el suelo de Italia sin conmoverme. Allá está el Oriente y allá me encamino. Una empresa aventurada me llama. Aquellos montes dominan las

llanuras en que tuve la dicha de conducir en tantas ocasiones los Franceses á la victoria. Con ellos todavia vencerémos. »

Durante la travesía se entretenía en conversar con los sabios y jenerales que le acompañaban, hablando á cada uno del objeto de su inclinacion y de sus estudios. Trataba con Monge y Berthollet de las ciencias exactas, y aun de metafísica y de política. El jeneral Cafarelli Dufalga, á quien profesaba un aprecio afectuoso, le proporcionaba tambien distracciones diarias con la agudeza de sus aprensiones y la amenidad de su conversacion. Despues de comer solia suscitar cuestiones arduas sobre las mas graves materias, complaciéndose en estimular á los interlocutores unos contra otros, ora para aprender á justipreciarlos, ora para adquirir instruccion,



dando siempre la preferencia al mas capaz y al que sostenia con mas ingenio lo paradojista y disparatado. Estas discusiones no tenian por consiguiente para él mas que un valor de ejercicio mutuo ú de gimnástica intelectual. Gustábale tambien sacar á luz el doble problema de la edad del mundo y de su destruccion probable. Su imaginacion y su pensamiento no se hallaban á gusto sino con datos grandiosos ó sublimes.

Al cabo de una navegacion bonancible de veinte dias, la escuadra francesa se presentó el 40 de junio delante de Malta, que se dejó ocupar sin resistencia, lo cual dió motivo á que Cafarelli dijese á Bonaparte despues de haber visitado las fortificaciones: « A fe mia, jeneral, que hemos tenido suerte en que hubiese alguien dentro en la ciudad para abrirnos las puertas. » Empero Napoleon negó en Santa Helena que debiese es-

la conquista o inteligencias particulares. « En Mantua fué, dijo, donde tomé á Malta; mi procedimiento caballeroso con Wurmser me valió la suision del gran maestre y los caballeros. » Mr. de Bourrienne asegura al contrario que estos fueron vendidos.

Como quiera que sea, Bonaparte se detuvo pocos dias en Malta. La es cuadra surcó hácia Candia á donde llegó el 25 de junio, habiendo burlado con este rodeo á Nelson, quien estaba esperando la expedicion francesa por las aguas de Alejandria como habia calculado, lo cual fué muy venturoso para la armada francesa, porque Brueyx declaraba que con solos diez navíos, el almirante inglés tendria á su favor todas las probabilidades del triunfo. « Quiera Dios, decia á veces con un profundo suspiro, que pasemos sin encontrar á los Ingleses. »

Antes de pisar la costa africana, Bonaparte quiso encarnarse de nuevo con sus soldados para enardecer mas y mas su entusiasmo con la perspectiva de una próxima y grandiosa conquista, precaviéndolos del desaliento y de la indisciplina. He aquí la famosa proclama que le hizo en aquella ocasion:

« BONAPARTE, MIEMBRO DEL INSTITUTO NACIONAL, JENERAL EN JEFE.

« A bordo del ORIENTE, el 4 de mesidor, año VI.

« Soldados:

« Vais á emprender una conquista cuyos resultados sobre la civilizacion y el comercio del mundo son imponderables. Daréis sobre la Ingla terra un embate recio y doloroso, interin llega el dia en que podais darle el golpe mortal.

« Harémos marchas penosas; trabarémós muchas peleas; pero saldremos airoso de todas nuestras empresas, porque el destino nos es propicio. Los beyes mamelucos, que favorecen esclusivamente el comercio inglés, que han vejado á nuestros comerciantes y tiranizan á los infelices habitantes del Nilo, feneccerán con nuestra llegada.

« Los pueblos con quienes vamos á vivir son mahometanos: su primer artículo de fe es este: « No hay otro Dios sino Dios, y Mahoma es su profeta. » No les contradigais; obrad respecto á ellos como hemos obrado con los Judíos y los Italianos; guardad miramientos con sus muftis y sus imanes, como los habeis guardado con los rabinos y los obispos; dispensad á las ceremonias que prescribe el Alcoran y á las mezquitas la misma tolerancia que usasteis con los conventos y sinagogas, con la religion de Moisés y con la de Jesucristo.

« Las lecciones romanas amparaban todas las religiones. Hallaréis aquí usos diferentes de los de Europa, y es preciso que os acostumbreis á ellos

« Los pueblos á donde vamos, tratan á las mujeres de muy diferente modo que nosotros; pero en todos países el que las violenta es un monstruo.

« El saqueo solo enriquece á un corto número de hombres, nos deshonra, destruye nuestros recursos y nos hace enemigos de los mismos pueblos que es nuestro interés tener por amigos.

« La primera ciudad que encontraremos fué edificada por Alejandro; á cada paso hallaremos grandes recuerdos dignos de escitar la emulacion de los Franceses. »

Después de esta proclama, Bonaparte publicó una orden del dia, con denando á pena capital á cualquiera individuo del ejército que saquease, forzase, impusiese contribuciones, ó cometiese tropelias de cualquiera clase que fuesen. Hacia responsables á los cuerpos de los escosos de aquellos individuos á quienes hubiera querido librar la intimidad militar de la aplicacion de esta terrible pena. Los jefes estaban tambien sujetos á una responsabilidad que debia activar su vijilancia, estimulando su severidad.

Por lo demás, toda esta prudente rigidez era al remedo de los Romanos á quienes recuerda tan fundadamente Bonaparte en su proclama. Pero lo que hay de verdaderamente nuevo en este documento orijinal, como en la mayor parte de los que infundió la expedicion de Egipto al prohombre que la capitaneaba, es el espectáculo de un conquistador que, al decir una palabra solemne á sus soldados ó á los pueblos, cuyo territorio invade, no va á buscar, siguiendo las huellas de sus predecesores, en títulos pomposos y terribles el apoyo de la supersticion, de la vanagloria ó del temor, sino que aparenta por el contrario considerar como su primer dictado para el respeto y la confianza de las naciones su cualidad de individuo de un instituto académico, cuya autoridad está afianzada en el influjo pacífico del pensamiento y de la razon humana. Alejandro asomó en Egipto como hijo de Júpiter; César quiso tambien descender de los dioses por Ascanio; Mahoma se presentó cual profeta, al paso que obraba en el ejercicio de su apostolado como un soldado feroz, dando el renombre de Espada de Dios al mas temible de sus tenientes. Atila se hizo llamar el Azote de Dios, y la divinidad misma en la edad media cristiana, remediando á la antigüedad pagana, recibió por principal atributo de parte de los teólogos y poetas el depósito de los rayos, el mando de los ejércitos y la direccion de las batallas. Bonaparte conocia bien el siglo que estaba grandiosamente encabezando y sobre el cual debia imperar con su número todo poderoso, para acudir á otros reales que los enjendrados por sumos talentos y esclarecidos triunfos; y como si hubiese querido manifestar estruendosa y ejemplarmente que el progreso social, anunciado por los filósofos y acogido por los pueblos, se cifraba en la subordinacion progresiva de la espada á la potestad civilizadora de las artes, del comercio y de

las ciencias, siendo el primero de los guerreros en la nacion mas belicosa de la tierra, pospone su dictado de general en jefe al de académico, en encabezando sus oficios y proclamas con estas palabras: Bonaparte, **MIEMBRO DEL INSTITUTO NACIONAL.**

La escuadra llegó el 4.º de julio á Alejandria, en donde habia estado Nelson dos dias antes, y extrañando no encontrar la expedicion francesa, supo que se habia dirigido á las costas de Siria para desembarcar en Alejandreta. Bonaparte, informado de su aparicion y previendo su próximo regreso, resolvió efectuar inmediatamente el desembarco de su ejército. El almirante Brueyx encontraba dificultades y se oponia á todo trance. Bonaparte insistió y acudió á la potestad de su mando supremo. « Almirante, le dijo á Brueyx, que pedia una suspension de doce horas, no tenemos tiempo que perder, la fortuna me concede tres dias, si no los aprovecho, estamos perdidos. »

El almirante tuvo que ceder, felizmente para su escuadra, porque no habiéndola hallado Nelson en los parajes en donde la habia buscado, no tardó en volver á Alejandria, pero era ya tarde; la tenacidad y la pronti-



tud de Bonaparte habian salvado el ejército francés, que se hallaba ya des-
embarcado.

Esta operacion se verificó en la noche del 4 al 2 de julio á la una de
la mañana en el Marabut , á tres leguas de Alejandria. El ejército marchó
inmediatamente contra esta ciudad, que fué asaltada, dirigiendo la opera-
cion Kleber, quien salió herido en la cabeza. Esta conquista costó poco
empeño, sin que resultase el menor esceso, pues no hubo saqueo ni mor-
tandad en Alejandria.

Al desembarcar Bonaparte, escribió la carta siguiente al haxá de Egipto:

« El Directorio ejecutivo de la república francesa ha acudido muchas
veces á la Sublime Puerta, pidiéndole el castigo de los beyes de Egipto que
oprimian á los comerciantes franceses.

« Pero la Sublime Puerta ha declarado que los beyes, hombres auto-
ridados y codiciosos, desoian los recursos de la justicia, y que no solo no
autoriza los desacatos que cometian con los Franceses sus buenos y anti-
guos amigos, sino que tambien les negaba su amparo.

« La república francesa ha por fin acordado enviar un poderoso
ejército para poner coto á las demasías de los beyes de Egipto, como repe-
tidas veces tuvo que hacerlo en este siglo contra los beyes de Túnez y Arjel.

« A ti que debieras ser el señor de los beyes, y á quien tienen sin em-
bargo en el Cairo sin potestad ni facultades, mi llegada debe serte agra-
dable.

« Sin duda estás noticioso de que nada intento contra el sultan ni el
Alcoran, y que la nacion francesa es la sola y única aliada que el sultan
tiene en Europa.

« Sáleme pues al encuentro y maldice conmigo la ralea malvada de los
beyes. »

Al entrar en Alejandria publicó una proclama, dirigida á los habitan-
tes y concebida en estos términos :

BONAPARTE, INDIVIDUO DEL INSTITUTO NACIONAL, JENERAL EN JEFE,
DEL EJÉRCITO FRANCÉS.

« Bastante tiempo hace que los beyes, gobernadores del Egipto, están
insultando á la nacion francesa y causando estorsiones á sus comerciantes;
la hora de su castigo ha llegado.

« Tiempo hace que esa gavilla de esclavos comprados en el Cáucaso y
la Georjia tiranizan la parte mas hermosa del mundo; pero Dios, de quien
todo depende, ha dispuesto que su imperio se acabe.

« Pueblos del Egipto, os dirán que vengo á destruir vuestra religion;
mas no los creais. Respondedles que vengo á reponeros en vuestros dere-
chos, castigando á los usurpadores, y que respeto mas que los mamelucos
á Dios, á su profeta y al Alcoran. Decidles que todos los hombres son

iguales á los ojos de Dios y que solo los diferencian la sabiduria, el talento y las virtudes. ¿Y qué sabiduria, qué talento, qué virtudes realzan á los mamelucos para que tengan esclusivamente todo cuanto hace la vida grata y apetecible?

« Si el Egipto es su hacienda, que presenten el contrato que Dios les ha hecho. Pero Dios es justo y misericordioso con el pueblo.

« Todos los Egipticos serán llamados á ejercer todos los cargos; gobernarán los mas sabios, instruidos y virtuosos, y el pueblo será feliz.

« En otro tiempo teniais grandes ciudades, hermosos canales y gran dioso comercio: ¿y quién ha destruido todo esto, sino la avaricia, la sinrazon y la tirania de los mamelucos?

« Calies, jeques, imanes, eschorbadjis, decid al pueblo que somos amigos de los verdaderos musulmanes. ¿No somos nosotros los que hemos destruido al papa, que decia era preciso hacer la guerra á los musulmanes? ¿No somos nosotros los que hemos destruido á los caballeros de Malta porque estos insensatos creian que Dios deseaba hiciesen la guerra á los musulmanes? ¿No somos nosotros los que hemos sido en todos tiempos amigos del Gran Señor (cuyos deseos cumpla Dios) y el enemigo de sus enemigos? Y al contrario, ¿no son los mamelucos los que se sublevaron contra la autoridad del Gran Señor, que aun desconocen, soltando la rienda á sus antojos?

« Tres veces bienaventurados los que estuviesen con nosotros, pues prosperarán en riquezas y honores. Bienaventurados los que permanezcan neutrales; tendrán tiempo para conocernos y se alistarán con nosotros. Pero desgraciados, tres veces desgraciados los que se armaren por los mamelucos y pelearan contra nosotros. Para ellos no habrá esperanza: fenecerán todos. »

Luego que Bonaparte hubo encargado á Kleber el mando de Alejandria, salió de allí el 7 de julio tomando el camino de Damanhur por medio del desierto, en donde el hambre, la sed y un calor insufrible acosaron el ejército con padecimientos inauditos, feneciendo muchos soldados. Halló la tropa algun alivio en Damanhur, donde Bonaparte planteó sus reales en casa del jeque anciano, que aparentaba suma pobreza á fin de libertarse de las tropelías que le acarrearán las muestras de su riqueza. Prosiguió su marcha sobre el Cairo, y en cuatro dias derrotó á los mamelucos en Ramanih y destruyó la escuadrilla y la caballeria de los beyes en Chebreisa. En esta última refriega el jeneral en jefe habia escuadronado absolutamente en cuadro, de modo que la caballeria enemiga se estrelló á pesar del arrojio de su ataque y del impetu de su denuedo. Al principio de este encuentro, en el que el jefe de division Perce, atacado por fuerzas superiores, se apoderó con brillante éxito de una posicion arriesgada, los sabios Mon-

ge y Berthollet hicieron grandes servicios arrollando personalmente al enemigo.

Estos diversos triunfos alcanzados sobre los Arabes fueron el preludio de una victoria mas señalada que franqueó las puertas del Cairo al ejército francés. A fines de julio se halló en presencia de Murad-Bey y al pié de las pirámides, en donde Bonaparte, sin duda inspirado á la vista de aque-



Los antiguos y gigantados monumentos, exclamó en el acto de dar la ba-



talla: «Soldados, vais á pelear contra los dominadores del Egipto; recapacidad que desde la cumbre de esos monumentos os están mirando cuarenta siglos.»

Y con efecto, cuarenta siglos contemplaban á los Franceses desde la cima de las pirámides; cuarenta siglos, habiendo visto echar el primero los cimientos de aquellos inmensos sepulcros rejos por las serviles manos de las castas egipcias, y viendo el último conquistar á beneficio de la civilizacion aquellos monumentos de la antigua servidumbre por las manos libres de ciudadanos franceses. La breve arenga de Napoleon rasgueaba toda la distancia que mediaba entre los fundadores de entónces y los conquistadores de ahora: unos tiranos ó esclavos por nacimiento; otros todos libres é iguales, jefes ó soldados segun su mérito. Desde los Faraones, señores absolutos y opresores de las tribus hereditariamente avasalladas para los mas violentos afanes y la mas vil existencia hasta el jeneral que viene á decir á los Egipcios que « todos los hombres son iguales ante Dios » y les anuncia el reinado esclusivo de los talentos y de las virtudes, se eslabona de continuo una serie de pausados y trabajosísimos progresos,

cuyo primer entronque procede allá de la primera piedra de las pirámides.



des, colocada por la desdicha hereditaria, y el último en la proclama del guerrero que solo reconoce á la sabiduría y á la capacidad el derecho de mandar á los hombres, mostrándose mas ansioso y ufano de la preponderancia de sus luces que del poderío de su espada. Al decir á los soldados de la república que cuarenta siglos los están mirando, al hallarse escuadronados y en el punto de trabar la pelea con las tribus que han recogido las reliquias de la esclavitud antigua, Bonaparte enardece el afán por los trofeos para que conserven y estiendan los beneficios de una civilización que costó á la humanidad cuatro mil años de conatos y sacrificios. Por lo demás, no en vano tomó por testigos aquellos monumentos embe-

lesantes y misteriosos, pues el ejército francés correspondió con una completa victoria á la invocacion elocuente de su caudillo.

La batalla recibió el nombre de Embabé, de la aldea cerca de la cual vino á darse. Los mamelucos quedaron derrotados tras una refriega tenaz que duró diez y nueve horas. He aquí la narracion de esta encarnizada y tremenda lid, tal cual la describió el vencedor:

« BATALLA DE LAS PIRAMIDES. »

• Al rayar el alba del día 5, encontramos los puestos avanzados que fuimos rechazando de una en otra aldea.

• A las dos de la tarde nos hallamos delante de los atrincheramientos del ejército enemigo.

• Mandé á las divisiones de los jenerales Desaix y Reynier que se situasen á la derecha entre Djyzé y Embabé á fin de cortar al enemigo la comunicacion con el Alto Egipto, que era su retirada natural. El ejército estaba formado del mismo modo que en la batalla de Chebreisa.

• Luego que Murad-Bey advirtió el movimiento del jeneral Desaix, determinó atacarle, y envió uno de sus beyes mas valientes con un cuerpo sobresaliente que acometió disparadamente á entrambas divisiones. Habiéndoles dejado aproximarse á la distancia de cincuenta pasos, se les recibió con una nube de balas y metralla, quedando gran número tendidos en el campo. Despues se arrojaron al intermedio de las dos divisiones, en donde fueron recibidos con dobles descargas que completaron su derrota.

• Aproveché el momento y di orden á la division del jeneral Bon, que se hallaba sobre el Nilo, para que atacase los atrincheramientos, al mismo tiempo que el jeneral Vial, comandante de la division del jeneral Menou, se colocaba entre el cuerpo que acababa de atacarle y los atrincheramientos, con el intento de acudir al triple objeto de imposibilitar que este cuerpo revolviere sobre ellos, cortar la retirada al que los estaba arrostrando, y finalmente atacar dichos atrincheramientos por la izquierda, si fuese necesario.

• Luego que los jenerales Vial y Bon se hallaron á tiro de fusil, mandaron á la primera y tercera division de cada batallon que se formase en columna de ataque, mientras que la segunda y la cuarta conservarían la misma posicion, formando siempre un cuadro, que solo tenia tres hombres de fondo y se adelantaba para apoyar las columnas de ataque.

• Dirigidas estas por el valiente jeneral Rampon, se arrojaron con su acostumbrado ímpetu sobre los atrincheramientos á pesar del fuego de crecida artillería. Cuando los mamelucos dieron una carga y salieron de los atrincheramientos á galope tendido, nuestras columnas tuvieron tiempo de hacer alto y frente por todas partes recibiendo con bayoneta ca-

lada y con una nube de balas. El campo de batalla quedó al punto cubierto de cadáveres, y nuestras tropas se apoderaron de los atrincheramientos. Los mamelucos fujitivos se atropellaron sobre la izquierda, pero un batallón de carabineros, cerca del cual tuvieron que pasar á quema ropa, les causó una pérdida de consideracion. Muchos se arrojaron tambien al Nilo y quedaron ahogados.

« Han caido en nuestro poder mas de cuatrocientos camellos cargados de bagajes y cincuenta piezas de artillería. Calculo que la pérdida de los mamelucos asciende á dos mil hombres de su mejor caballería, pues muchos de los beyes han quedado heridos ó muertos, y Murad-Bey herido en la mejilla. Nuestra pérdida es de veinte á treinta hombres muertos y ciento veinte heridos. Por la noche la ciudad del Cairo ha sido evacuada. Todas sus cañoneras, corbetas, bergantines, y aun una fragata, han sido incendiadas, y el 4 nuestras tropas entraron en el Cairo. Durante la noche el populacho ha quemado las casas de los beyes y cometido muchos excesos. El Cairo, que tiene mas de trescientos mil habitantes, encierra la mas asquerosa plebe del orbe.

« Despues del gran número de encuentros y batallas dadas por las tropas que mando, contra fuerzas superiores, no pasaria á elojiar su ademan y serenidad en tan reñido trance, si verdaderamente este jénero enteramente nuevo no hubiera requerido por su parte un aguante muy contrapuesto al impetu francés, ya que con su ardor jenial no lográramos la victoria que solo podia alcanzarse con sumo sosiego y sufrimiento.

« La caballeria de los mamelucos ha descollado por su demuedo. Defendian su fortuna, pues nuestros soldados les han hallado á todos de cuatrocientos á quinientos lises de oro.

« Todo el lujo de estas jentes consistia en sus caballos y su armamento. Sus casas son ruines, y no cabe apenas ver terreno mas fértil y pueblo mas ignorante y embrutecido. Prefieren un boton de nuestros soldados á un escudo de seis francos, y en las aldeas ni siquiera conocen unas tijeras. Sus casas están fabricadas con barro, y su ajuar se reduce á una estera y dos ó tres vasijas, tambien de barro. Comen y consumen por lo jeneral poquisimos renglones, no conocen el uso de los molinos, de manera que hemos acampado sobre inmensos montones de trigo sin poder lograr harina, alimentándonos con legumbres y animales. La escasa cantidad de grano que reduce á harina la muelen con guijarros; y en las aldeas mayores hay tahonas de bueyes.

« Nos andan hostilizando de continuo nubes y nubes de Arabes, que son los mayores salteadores y asesinos de la tierra, pues degüellan á todos los que caen en sus manos, sean Turcos ó Franceses. El jeneral de brigada Muireur y otros muchos edecanes y oficiales del estado mayor han sido asesinados por estos desastrados, quienes se emboscan con sus caballos

detrás de las vallas y en los fosos, y desgraciado de aquel que se aleje á cien pasos de las columnas. El jeneral Muireur, á pesar de los avisos de la gran guardia, solo por una fatalidad propia de los llegados á su última hora, quiso subir á un cerrillo que estaba á doscientos pasos del campamento, y tres Beduinos encubiertos lo han asesinado. La república ha padecido con él grandísima pérdida, pues era uno de los jenerales mas arrojados que he conocido.

« No se puede rodear á la república colonia que esté mas á la mano, y de terreno mas fértil que el Egipto. El clima es sano, porque las noches son frescas. A pesar de quince dias de marchas y fatigas de todas clases, de hallarnos privados de vino y aun de cuanto puede aliviar el cansancio, no tenemos ningún enfermo. El soldado ha venido á hallar cuantioso recurso con las sandías que abundan en gran manera.....

« La artillería ha descollado sumamente; y así pido el grado de jeneral de division para el jeneral de brigada Dommartin. He promovido al grado de jeneral de brigada al jefe de la misma Destaing, comandante de la cuarta semi-brigada; el jeneral Zayonschek se ha portado esclarecidamente en las varias comisiones importantes que le han cabido. El ordenador Sucey se había embarcado en la escuadrilla del Nilo para podernos remitir viveres de la Delta. Viendo que activaba mi marcha y deseando hallarse á mi lado en la batalla, se trasladó á una cañonera, y á pesar de los peligros á que se esponia, se desvió de la escuadrilla. Habiendo encallado la cañonera, fué acometido por una gavilla de enemigos, y estremó su arrojo hasta el punto de hallarse mal herido en un brazo y reanimar con su ejemplo á la tripulacion y sacar su lancha de tamaño conflicto.

« No hemos recibido noticias de Francia desde nuestra partida.....

« Os ruego que mandeis entregar mil y doscientos francos á la mujer del ciudadano Larrey, cirujano en jefe del ejército. Nos ha hecho en medio del desierto señalados servicios con su alán y desembarazo. Es el sujeto mas á propósito para estar al frente de los hospitales de un ejército.»

Al dia siguiente, 4 de termidor (22 de julio), Bonaparte se acuarteló sobre el Cairo, y publicó la proclama siguiente:

« Vecindario del Cairo, estoy bien hallado con tu conducta, pues has tenido el tino de no tomar partido contra mí. He venido para destruir la ralea de los mamelucos, amparar el comercio y á los naturales del pais. Sosiégúense los medrosos, y vuelvan á sus casas los que se han ausentado, haciéndose hoy la oracion como es costumbre y como apetezco que continúe siempre. Nada temais acerca de vuestras familias, casas y propiedades, y sobre todo por la religion del profeta á quien amo. Como es urgente que haya hombres encargados de la policia para que no se altere la tranquilidad, se formará un divan compuesto de siete personas que se reunirán en la mezquita de Ver; dos de ellas estarán siempre junto al coman-

dante de la plaza, y cuatro estarán ocupados en mantener la quietud pública y mirar por la policía. »

Bonaparte entró el 24 de julio en la capital del Egipto, y el 25 escribió á su hermano José , individuo del consejo de los quinientos.



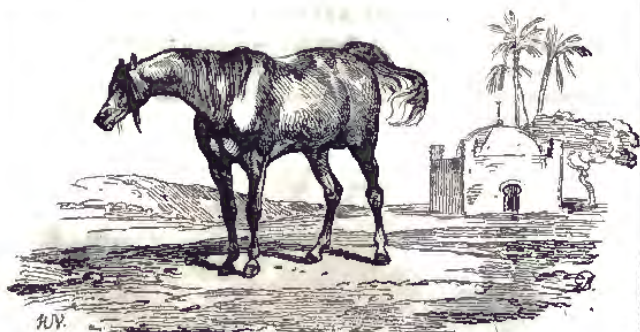
« Verás por los periódicos, le dice, los partes de las batallas y la conquista del Egipto que ha sido harto reñida para añadir todavía una hoja á la gloria militar de este ejército. El Egipto es el país mas rico en trigo, arroz, legumbres y carnes que hay sobre la tierra. La barbarie está en su punto. No hay dinero para pagar las tropas. Dentro de dos meses estaré acaso en Francia.

« Haz de modo que tenga una casa de campo á mi llegada , cerca de París ó en Borgoña, pues quiero pasar en ella el invierno. »

Esta carta prueba que Napolcon conceptuaba su conquista harto afianzada para poder fiar su conservacion sin contingencia á la cordura y desempeño de sus segundos. ¿ Pero qué objeto tenia esta vuelta inesperada á Francia ? ¿ era en busca de nuevos recursos militares y elementos de colonizacion, como algunos lo han opinado ? ¿ ó era solo su objeto acercarse

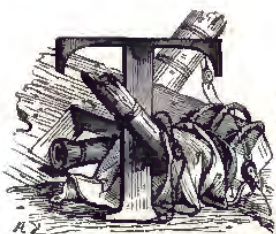
al teatro á donde su destino le llamaba á representar el primer papel, y miraba próximos los acontecimientos que habia previsto y deseado por mucho tiempo en alas de su encumbramiento? Esta última suposicion nos parece mas verosímil.





CAPITULO VIII.

Desastre de Abukir. Establecimientos e institutos de Bonaparte en Egipto.
 Campaña de Siria. Regreso al Egipto. Batalla de Abukir.
 Salida para Francia.



AN afanado audaba Desaix en perseguir á Murad-Bey en el Alto Egipto, como Napoleón en el Cairo por plantear una administración acertada en las provincias egipcias. Pero Ibrahim-Bey, que se habia encaminado á la Siria, precisó con sus movimientos al conquistador á orillar sus tareas pacificadoras para volver á las peleas. Bonaparte le encontró y

le derrotó en Salehey'h. El valiente Sulkowsky salió herido en este encuentro.

Aguóse luego aquel regocijo con una nueva muy aciaga. Kleber participó de oficio á Bonaparte cómo Nelson acababa de derrotar la escuadra francesa en Abukir tras una lid reñidísima. Luego que la noticia de esta catástrofe cundió por el ejército, el descontento y la consternacion llegaron á lo sumo. Los soldados y jenerales, que desde el primer dia del desembarco atolecieron de estremado quebranto y desasosiego, se mostraron agravados de este achaque, prorumpiendo en extremos desesperados por su ilusion ya desvanecida. Napoleon, abarcando de una mirada toda la trascendencia de aquel desastre, se mostró al pronto igualmente postrado; y diciéndole que el Directorio se daría prisa en repararlo, interrumpió atropelladamente diciendo: «Vuestro Directorio es una gavilla de.... Me envidian, me aborrecen y me dejarán perecer aquí.» Y luego añadía apuntando á su estado mayor: «¿No veis todas esas trazas? No hay un solo sujeto que trate de quedarse.»

Pero el abatimiento no llegaba á su grande alma y salió pronto de él para esclamar con acentos de una resignacion heroica: «Enhorabuena nos quedaremos aquí, ó nos engrandeceremos á la antigua.»

Desde aquel momento Bonaparte se dedicó allá con un ahinco y una



actividad infatigable á la organizacion civil del Egipto. Conoció mas que nunca la necesidad de cautivar á los naturales del pais y plantear en él establecimientos duraderos. Una de sus primeras y principales creaciones fué la de un instituto pautado por el de Paris. Lo dividió en cuatro clases: matemáticas, física, economía política, literatura y nobles artes. La presidencia se confirió á Monge, y Bonaparte se honró él mismo con el cargo de vicepresidente. La instalacion de este cuerpo se celebró solemnemente, y allí revalidó el inmortal guerrero sus grandiosas palabras al superior del Instituto de Francia al quedar admitido, no mostrándose enamorado de sus conquistas, sino en cuanto las hacia contra la barbarie, y que el progreso de sus armas no era mas que el de las luces.

Bonaparte, ya bienquisto con los musulmanes, que le llamaban el sultan Kebir (padre del fuego), fué admitido y convidado á todas sus funciones.

Así asistió, pero sin presidir, como se ha dicho, á las fiestas de la inundacion del Nilo y del aniversario del nacimiento de Mahoma. Los miramientos que guardó con la religion del profeta en todas ocasiones no contribuyeron poco á hacer respetar su nombre y su autoridad entre los Egiptios. Algunos han querido ver en esta conducta una especie de cariño



al islamismo, cuando solo habia en ella maestría política (1). Bonaparte no era musulmán ni cristiano; él y su ejército representaban en Egipto la filosofía francesa, el escepticismo tolerante, la indiferencia religiosa del siglo XVIII, y solo á falta de religión positiva en su cabeza, abrigaba allá en su alma ciertos lejos de religiosidad. Pero esta disposición, que le preservó del flujo antireligioso de su época y que le permitió conversar muy de veras y mantener relaciones amistosas con los imanes y jeques, como ha podido hacerlo en otras circunstancias con los ministros del cristianismo ó del judaismo; esta disposición no propendia mas al Alcoran que al Evangelio.

El aniversario de la fundación de la república se celebró en el Cairo el 4.º de vendimiario del año VII, presidiendo Bonaparte aquella solemnidad patriótica. «Soldados, dijo á sus compañeros de armas, cinco años atrás la independencia del pueblo se hallaba amenazada; recobrasteis á Tolon, y esta victoria fué el presagio del estermio de vuestros enemigos. Un año despues derrotabais á los Austriacos en Dego; y al siguiente estabais en la cumbre de los Alpes. Dos años hace que peleabais contra Mantua y que alcanzábamos la célebre victoria de San Jorge. El año pasado estabais en el nacimiento del Drava y del Isonzo al volver de Alemania. ¿Quién hubiera dicho entónces que os hallaríais en las márgenes del Nilo, en el centro del antiguo continente? Embargais las miradas del orbe desde las del Inglés, célebre en las artes y el comercio, hasta las del horroroso y feroz Beduino. Soldados, vuestro destino es grandioso, por cuanto sois dignos de lo que habeis hecho y del concepto que estais mereciendo. Moriréis con honor, como los valientes cuyos nombres están inscritos en esa pirámide (2), ó volveréis á vuestra patria ceñidos de laureles y admirados de todas las naciones.

«Cinco meses ha que estamos ausentes de Europa y que somos el objeto perpetuo del ansia de nuestros compatriotas. En este día cuarenta millones de ciudadanos celebran la era del gobierno representativo; cuarenta millones de ciudadanos piensan en vosotros; todos dicen: á sus afanes y á su sangre debemos la paz jeneral, el reposo, la prosperidad del comercio y los beneficios de la libertad civil.»

Por su parte los jeques (3), en reconocimiento de que Bonaparte habia

(1) Mr. de Bourrienne, testigo ocular, desmiente todo cuanto Walter Scott y otros escritores han dicho de la participación solemne de Bonaparte á las ceremonias musulmanas. Asegura que solo asistió á ellas como mero concurrente, y siempre en traje francés.

(2) Habia mandado esculpir en la columna de Pompeyo los nombres de los cuarenta primeros soldados muertos en Egipto.

(3) En casa del jeque El-Bekri participó Napoleón en la celebración del aniversario de Mahoma. Allí balló dos jóvenes mameluocs, Ibrahim y Rustan, que

asistido á sus funciones, se asociaron, al menos en apariencia, á los regocijos del ejército francés; hicieron resonar la mezquita principal con cantares de regocijo; pidieron al gran Alá « que bendijese al predilecto de la victoria (1) é hiciese prosperar el ejército de los valerosos del Occidente. »



pidió al jeque y que este le cedió. Por lo demás no llevaba turbante ni ninguna otra insignia de mahometismo. Verdad es que se había mandado hacer un traje turco, pero solo por mero antojo y para divertirse con sus familiares. Como le manifestaron sin rebozo que no cuadraba á su fisonomía y á sus modales, no se lo puso dos veces.

(1) Napoleon dejó en Egipto, como en Europa, huellas permanentes de su tránsito; su nombre es venerado entre los bárbaros, como entre los pueblos civilizados que sujetó con sus armas. El célebre orientalista Champollion menor, á quien una muerte muy temprana arrebató á las ciencias y á sus amigos, nos ha referido que habiendo sido obsequiado por un bey de la Tehaida en su viaje á las ruinas egiptias, y hallándose á comer en su casa, se conceptuó precisado á dar un brindis al virey, persuadido de que su huésped correspondiera

En medio de estas demostraciones amistosas, Ibrahim y Murad-Bey, caudillos de los mamelucos aliados de la Inglaterra, estaban fraguando un alzamiento en la capital misma del Egipto, que no tardó en estallar. Bonaparte se hallaba á la sazón en el Antiguo Cairo, y luego que supo lo que estaba pasando, regresó á su cuartel jeneral. Las calles del Cairo queda-



a esta atencion meramente ceremoniosa á la salud del rey de Francia, que era entonces Carlos X. Pero el bey, orillando todo miramiento diplomático y en alas del asombro en que terciaba tambien nuestro esclarecido amigo, prorumpió con acentos de vivísimo entusiasmo: « Voy á proponerte un brindis que no rehusarás: *Al gran Bonaparte.* »

ron luego barridas por las tropas francesas, que obligaron á los sublevados á refugiarse en la mezquita principal, en donde quedaron pronto malparados con la artillería. Se desentendían de toda capitulación, pero el estampido del trueno que llegó á lastimar su imaginación supersticiosa los mostró luego mas avenibles. Mas Napoleon se negó á sus propuestas ya tardías. « La hora de la clemencia voló, les dijo; vosotros empezasteis, y á mi me toca acabar. » Las puertas de la mezquita quedaron al punto allanadas y la sangre de los Turcos rebosó por los umbrales. Tenia Bonaparte que vengar entre otras muchas la muerte del jeneral Dupuis, comandante de la plaza, y la del valiente Sulkowsky á quien apreciaba y queria en igual grado.

El influjo inglés, que habia traído la sedición del Cairo y la sublevación de todo el Egipto, decidió tambien al divan de Constantiuopla á hostilizar igualmente á la Francia. Un manifesto del gran Señor, lleno de imprecaciones y de invectivas, condenaba á la afrenta las banderas de la república, y sus soldades al esterminio. Bonaparte respondió á estos ultrajes y provocaciones homicidas con una proclama que terminaba así: « el mas religioso de los profetas ha dicho: La sedición está dormida; maldito el que la despierte. »

A poco tiempo pasó á Suez para visitar las ruínas del antiguo canal que juntaba las aguas del Nilo con el mar Rojo. Monge y Berthollet le acompañaron, y habiendo tenido descao de ver las fuentes de Moisés, le saltó poco para ser víctima de su curiosidad, estraviándose, por efecto de la oscuridad,



durante la subida de la marca. « Estuve á pique de feneceer como Faraon, ha dicho el mismo, lo cual no hubiera dejado de proporcionar á todos los predicadores de la cristiandad un magnífico texto contra mí. »

Los monjes del monte Sinai, informados de que se hallaba en las cercanías, le diputarou un enviado pidiéndole que se apuntase en su reper



torio á continuacion de Ali, Safadino, Ibrahim, etc. Napoleon no les rehúsó una fineza que lisonjaba su pasion á la hombradia.

Entretanto Djezzar-Bajá se habia apoderado del fuerte de El-Arish en Siria. Napoleon, que estaba meditando desde tiempo atrás una campaña por aquella provincia, resolvió ejecutar inmediatamente su intento. Habia recibido en Suez la noticia de las ventajas de Djezzar; se apresuró á volver al Cairo para tomar las tropas que necesitaba para su expedicion, y despues de haber afianzado el rendimiento y sosiego de aquella capital con el suplicio nocturno de los cabecillas que habian descollado en la última revuelta, salió de Egipto y entró en Asia. Arrostra el desierto y lo atraviesa montando las mas veces sobre un dromedario que resistia mejor que sus caballos al calor y á la fatiga. Habiéndose extraviado la vanguardia, no

la volvió á encontrar hasta el trance mismo de ir á feneceer de sed y de can



sancio. Bonaparte ofrece víveres y agua á los infelices soldados: « Pero aun cuando todo esto hubiese tardado mas, les dijo, ¿habria motivo para tanto murmurar y carecer de teson? No, soldados, aprended á morir con honor. »

Sin embargo las privaciones y padecimientos físicos solian ser tan estremados que venian á redundar en sumo menoscabo de la obediencia y disciplina. Sucedió en los arenales ardientes de la Arabia, que un soldado francés cedió con repugnancia á sus jefes unos sorbos de agua cenagosa ó



la sombra de algunos restos de pared, así como posteriormente les disputó, en medio de los hielos de la Rusia, un rincón en un hogar ó algunos despojos de caballo. Un día que el jeuerá en jefe estaba sofocado por el ardor del sol, obtuvo como un favor el poner su cabeza á la sombra de un pedazo de puerta; «y en esto, dice Napoleón, me hacian un inmenso favor.» Habiendo levantado algunas piedras con el pié, descubrió un camaseo de Augusto al cual los inteligentes han dado mucho valor, y que Napoleón cedió á Andreossy para quitárselo despues y regalárselo á Josefina. Este hermoso descubrimiento ocurrió sobre las ruinas de Pelusa.

Al ir en busca del ejército turco por Siria, era el ánimo de Bonaparte llevar adelante sus embates mas ó menos directos contra el poderio británico. Tenia ideado el proyecto de una expedicion á la India, atravesando la Persia, y habia escrito á Tipo-Saib una carta concebida en estos términos: «Sabréis ya mi llegada á las orillas del Mar Rojo con un ejército invencible, ardiendo en anhelos de libertaros del yugo ferreo de la Inglaterra.

«Os pido con ansia que me deis noticias de la situacion política en que os hallais, por la via de Mascate ó de Moka. Tambien descaria que pudieseis enviar á Suez ó al gran Cairo algun sujeto de todo desempeño que os mereciese confianza y con el cual pudiese yo conferenciar.»

Esta carta no tuvo contestacion. Se habia escrito el 25 de enero de 1799, y el imperio de Tipo-Saib fracsó poco tiempo despues.

Bonaparte llegó delante de El Arish á mediados de febrero.



Este fuerte capituló el 46 de febrero despues de una completa derrota de los mamelucos. Seis dias despues Gaza abrió sus puertas. Cuando estuvieron cerca de Jersalen, preguntaron á Bonaparte si no deseaba pasar por aquella ciudad, á lo cual contestó arrebatadamente: « ¡En cuanto á eso no! Jersalen no está en mi línea de operaciones; yo no quiero habérlas con montañeses en caminos intrincados. Y además por la otra parte, me acometería una caballería crecidísima, y no apetezco la suerte de Casio. »

El 6 de marzo se tomó Jafa por asalto y se entregó al saqueo y degüello. Bonaparte envió sus edecanes Beauharnais y Croisier á descufurecer al soldado. Llegaron á tiempo para conceder la vida á cuatro mil Arnantas ó Albaneses que formaban parte de la guarnicion y se habian sal-



vado del degüello refugiándose en unas grandiosas hosterías. Cuando el jeneral en jefe vió que le traían aquella mole de prisioneros, exclamó con tono entrañable: « ¿Qué quereis que haga con ellos? ¿Tengo acaso víveres para mantenerlos y buques para trasladarlos á Francia ó á Egipto? ¿Qué diablos habeis hecho? » Los edecanes se escusaron acerca del riesgo que hubieran corrido desechando la capitulacion, y recordaron á Bonaparte la embajada de humanidad que les habia encargado. « Sí, no hay duda, » les replicó al momento, « por lo que toca á las mujeres, niños y

ancianos, pero no en cuanto á soldados armados; era forzoso morir y no traerme estos desgraciados. ¿Qué queréis que haga con ellos?». Deliberó tres dias sobre la suerte de aquellos desventurados, aguardando que el mar y los vientos le proporcionasen bajeles que le descargasen de tantísimos prisioneros sin obligarle á nuevo derramamiento de sangre; pero no permitiéndole las quejas del ejército dilatar por mas tiempo una disposicion repugnantísima, dió orden, el 40 de marzo, para que los Arnautas y Albañeses fuesen ejecutados. La toma de Jafa se anunció en el Cairo con la proclama siguiente:

«En el nombre de Dios misericordioso, clemente, santísimo, señor del mundo, que hace lo que quiere de su propiedad, que dispone de la victoria, he aquí la relacion de los favores que Dios poderoso ha concedido á la república francesa; nos hemos apoderado de Jafa en Siria.

«Djezzar estaba en ánimo de pasar con los salteadores árabes al Egipto, morada de los menesterosos, pero los decretos de Dios destruyeron las tramas de los hombres. Quería derramar sangre, segun su barbara costumbre, á causa de su altanería y de los principios malvados que ha recibido de los mamelucos y de su escasisimo talento. No ha recapacitado que todo proviene de Dios.

«El 26 de ramazan, el ejército francés cercó á Jafa. El 27 el jeneral en jefe mandó abrir zanjas porque vió que la ciudad estaba guarnecida de artillería y contenia mucha jente. El 29 las zanjas tenian cien pies de largo. El jeneral en jefe hizo colocar los cañones, morteros y baterías por la parte del mar para detener á los que quisieran salir.

«El juéves último, dia de ramazan, el jeneral en jefe se apiadó de los habitantes de Jafa; intimó la rendicion al gobernador, y por respuesta fué detenido el enviado contra todas las leyes de la guerrasy de Mahoma.

«Al punto estalló la ira de Bonaparte, hizo disparar balas y bombas, y al cabo de pocos instantes la artillería de Jafa quedó desmontada. A las doce la muralla tenia brecha; se dió el asalto, y en menos de una hora los Franceses fueron dueños de la ciudad y de sus fuertes. Los dos ejércitos trabaron su pelea. Los Franceses quedaron vencedores y el saqueo duró toda la noche. El viernes el jeneral tuvo compasion de los Egiptos que se hallaban en Jafa; pobres y ricos, á todos concedió perdon, dejándolos volver con honor á su pais. Del mismo modo obró por lo que toca á los de Damasco y Alepo.

«En la refriega perecieron mas de cuatro mil hombres de Djezzar á tiros y al arma blanca. Los Franceses perdieron poca jente, y hubo tambien pocos heridos; penetraron por el camino del puente sin ser vistos. ¡O adoradores de Dios! sujetaos á sus decretos; no os opongais á su voluntad, guardad sus mandamientos. Sabed que el mundo es su propiedad

y que la da á quien quiere. Tras esto os deseo la bondad y la misericordia de Dios. »

El ejército francés habia llevado á Siria las semillas de la peste que se manifestó en el sitio de Jafa y llegó á ser cada dia mas intensa. Bonaparte dijo, hablando del ayudante jeneral Gresieux, que no queria tocar á nadie para precaverse del contagio: «si tiene miedo de la peste, morirá de ella;» pronóstico que se cumplió en el sitio de Acre.

Bonaparte llegó el 16 de marzo delante de esta plaza, en la que padeció una resistencia mas tenaz de lo que habia supuesto. El jeneral Cafarelli recibió una herida mortal, y antes de exhalar el último suspiro mandó que le leyesen el prólogo de Voltaire al *Espíritu de las Leyes*, lo que pareció bastante extraño al jeneral en jefe, quien por otra parte se desconsoló en el alma con este malogro.

Llegaron noticias del Alto Egipto al cuartel jeneral. Desaix participaba, entre otras particularidades, que la barca la *Italia* se habia ido á pique en la orilla occidental del Nilo despues de un sangriento choque. Napoleon,



de suyo afectisimo á toda aprension supersticiosa (1), esclamo, al saber este funesto suceso: « la Italia esta perdida para la Francia, esto es hecho, mis corazonadas son siempre certeras. »



Durante el sitio de San Juan de Acre se ganó la batalla del monte Tabor, en la que Kleber, acometido y acorralado por doce mil infantes y otros tantos caballos, les opuso con tres mil hombres la mas heroica resistencia. Bonaparte, cerciorado de las fuerzas del enemigo, marchó con una division para sostener á Kleber. Habiendo llegado al campo de batalla, esenadronó su division en dos cuadros y la dispuso de manera que formase un triángulo equilátero con el cuadro de Kleber, poniendo de este modo al enemigo en medio de ellos. El fuego terrible que salió entónces de los estreños de este triángulo volcó á los mamelucos y los dispersó á diestro y siniestro, dejando la llanura enbierta de cadáveres. Aquel ejército, que los habitantes decian tan numeroso como las estrellas del cielo y los granos de arena del mar, quedó derrotado por seis mil Franceses.

Al cabo de dos meses de sitio, viendo Napoleon que su escaso ejército iba aun menguando diariamente con los estragos de la peste y los repetidos trances imprescindibles contra una guarnicion intrépida y mandada por un caudillo tenaz, determinó volver al Egipto. Todos sus grandiosos proyectos respecto al Oriente, que hacian vagar su imaginacion ambiciosa

(1) Sin embargo rehusó avenirse en el Cairo á las tramoyas de uno de esos profetas vagabundos que recorren el Oriente y que queria decirle la buena ventura.

ora sobre el lido, ora sobre el Bósforo, volaron para él desde aquel punto, lo cual hizo decir posteriormente que « si hubiese zozobrado San Juan de Acre, cambiaba la faz del mundo; que la suerte del Oriente dependía de aquella fruslería. »

He aquí la proclama que publicó en su cuartel jeneral de Acre para anunciar y sincerar su regreso á Egipto :

« Soldados :

« Habeis atravesado el desierto que separa el Africa del Asia con mas rapidéz que un ejército árabe

« La hueste árabe que estaba en marcha para invadir el Egipto, queda derrotada ; habeis cojido su jeneral, su tren de campaña, bagajes, odres y camellos.

« Os habeis apoderado de todas las plazas fuertes que defienden los pozos del desierto.

« Habeis dispersado los campamentos del monte Tabor, aquella nube de hombres reunidos de todas las partes del Asia con la esperanza de saquear el Egipto.

« Los treinta bajeles que habeis visto llegar doce dias ha , llevaban el ejército que debía sitiar á Alejandria, pero teniendo que acudir á Acre, ha terminado su destino : una parte de sus banderas adornará vuestra entrada en Egipto.

« Finalmente despues de haber sostenido con un puñado de hombres la guerra durante tres meses en el riñon de la Siria, tomado cuarenta cañones, cincuenta banderas , hecho seis mil prisioneros y arrasado las fortificaciones de Gaza, Jafa, Caifa y Acre, vamos á regresar á Egipto á donde me llama la estacion de los desembarcos.

« Dentro de algunos dias teniais la esperanza de cojer al bajá en su mismo palacio; pero en la presente estacion, la toma del castillo de Acre no equivale á la pérdida de algunos dias; los valientes que deberia malograr en ella son hoy dia necesarios para operaciones mas esenciales. »

El 20 de mayo se dió la orden de retirada. Bonaparte quiso que todos echasen pié á tierra para dejar los caballos á la disposicion de los heridos y apestados. Cuando su asistente vino á preguntarle qué caballo se reservaba para si, lo despachó enojado vocéándole : « Que todos vayan á pié... yo el primero ; ¿no sabeis la orden ? salid. »

En Jafa, á donde llegaron el 24, los hospitales estaban llenos de enfermos, la fiebre causaba los mayores estragos. El jeneral en jefe visitó á aquellos desventurados, se conolvió entrañablemente de sus padecimientos, y se manifestó inconsolable con tan doloroso espectáculo. Dióse la orden de evacuarlos, pero habia entre ellos apestados, cuyo número ascendia á sesenta, y de ellos siete ú ocho estaban tan enfermos, dice el *Dia-*

rio de Santa Helena, que no podían pasar de veinte y cuatro horas. ¿Qué era lo que cabía con aquellos moribundos? Bonaparte lo consultó, y le respondieron que había muchos que pedían la muerte, que su contacto



podía ser muy aciago para el ejército, y que sería á un tiempo un acto de cordura y caridad el acelerar su muerte de algunas horas. Viene á ser positivo que les administró una bebida soporífica.

Al acercarse al Cairo, Bonaparte encargó eficazmente que le preparasen una entrada triunfal en aquella capital, para desvanecer ó minorar la impresión aciaga que hubiese podido causar el malogro de la expedición á Siria en el ánimo del vecindario y de la soldadesca. Se hacía forzoso precaver el desaliento de esta y enfrenar los ímpetus sediciosos de los naturales. La política le imponía la precisión, y aun diríamos, la virtud de encubrir sus pérdidas y abultar sus ventajas.

El divan del Cairo correspondió á las miras de Bonaparte, dispuso regocijos y dió á luz una proclama en que sobresalen los pasos siguientes :

« Ha llegado al Cairo el bien guardado, el caudillo del ejército francés, el general Bonaparte que ama la religion de Mahoma..... Ha entrado en el Cairo por la puerta de la Victoria..... Este día es tan grande cual no ha

tenido semejante.... estuvo en Jafa y Gaza: ha protegido á los habitantes de esta ciudad, pero los de Jafa, extraviados, no habiendo querido rendirse, los entregó todos, como enfurecido, al saqueo y á la muerte. Ha destruido todas las fortificaciones y muerto á cuantos se hallaban en ella.»

Durante su residencia en el Cairo, Napoleon se dedicó á sus tareas estadísticas sobre el Egipto. Las notas que redactó se han publicado en las memorias de su secretario.

Una nueva correría de Murad-Bey por el Bajo Egipto le sacó pronto de estas pacíficas ocupaciones. Salió del Cairo en 44 de julio y se encaminó á las Pirámides.

Pero un espreso de Marmont, que mandaba en Alejandria, le trajo el 5 por la tarde la noticia de que los Turcos, protegidos por los Ingleses, habian efectuado un desembarco en Abukir el dia 44. El jeneral en jefe voló al punto al encuentro del ejército musulman mandado por el bajá Mustafá, ansiosísimo de vengar el desastre de Abukir en este mismo punto. Completo fué el desagravio, pues diez mil hombres fueron arrojados al mar, y los demás quedaron prisioneros ó muertos. Dejemos hablar á Bonaparte mismo escribiendo al Directorio sobre este gran dia.

« En mis pliegos del 24 de floreal, os participé cómo la estacion de los desembarques me determinaba á dejar la Siria.

« El 25 de mesidor, cien velas, muchas de ellas de guerra, se presentan delante de Alejandria y fondean en Abukir. El 27, el enemigo desembarca, y toma por asalto y con estremo denuedo el reducto y estacada de Abukir.



El fuerte capstula; el enemigo desembarca su artillería de campaña, y reforzado por cincuenta velas, se situa, apoyada la derecha en el mar y la izquierda junto al lago Maadieh, sobre unos cerros de arena.

Salgo de mi campamento de las Pirámides el 27, llego el 1.º de termidor a Hahmanieh, elijo á Birket por centro de mis operaciones, y el 7 de termidor á las siete de la mañana arrostro al enemigo.

• El jeneral Lannes marcha siguiendo el lago y se forma en batalla en



frente de la izquierda del enemigo, al mismo tiempo que el general Murat, que manda la vanguardia, dispone que el general de Destangs ataque la derecha sostenido por el general Lanusse.

«Una hermosa llanura de cuatrocientas toesas separa las alas del ejército enemigo, nuestra caballería se entromete en ella, y con la velocidad del pensamiento pasa á retaguardia del enemigo, que acuchillado y volcado, se ahoga en el mar sin que se libre uno solo. Si hubiese sido un ejército europeo, hubiéramos hecho tres mil prisioneros, pero aquí fueron tres mil muertos.

«La segunda línea del enemigo, situada á quinientas ó seiscientas toesas, ocupa una posición formidable. El istmo es allí muy estrecho; estaba atrincherado con el mayor esmero y sostenido por treinta lanchas cañoneras, ocupando además por delante la aldea de Abukir, que estaba aspillera y fortificada. El general Murat entra en la aldea, y el general Lannes, con la 22.^a y parte de la 69.^a, se arroja sobre la izquierda del enemigo, mientras que el general Fugieres ataca en columna cerrada la derecha. Se echa igualmente el resto en el ataque y en la defensa; pero la intrépida caballería del general Murat ha resuelto merecer el principal timbre en este día; ataca al enemigo por la izquierda, coje la derecha por retaguardia, la sorprende en un mal paso y hace en ella una carnicería horrorosa. El ciudadano Bernard, comandante de batallón en la 69.^a, y el ciudadano Bayle, capitán de granaderos de esta semi-brigada, son los primeros que entran en el reducto y se cubren de gloria.

«Toda la segunda línea enemiga queda, como la primera, en el campo de batalla ó se ahoga en el mar.

«Quédante al enemigo tres mil hombres de reserva que ha situado en el fuerte de Abukir á cuatrocientas toesas detrás de la segunda línea: el general Lanusse lo acomete bombardeándolo con seis morteros.

«La playa á que las corrientes llevaron el año pasado los cadáveres ingleses y franceses, se halla cubierta ahora de los de nuestros enemigos; se han contado muchos miles, y no se ha salvado un solo hombre de este ejército.

«Mustafá, bajá de Romelia, general en jefe del ejército y primo hermano del embajador turco en París, se halla prisionero con todos sus oficiales: os envío esas tres cosas....

«El triunfo de esta batalla se debe principalmente á Murat: os pido para este general el grado de general de división, pues su brigada de caballería ejecutó imposibles....

«He regalado al general Berthier, de parte del Directorio ejecutivo, un puñal de labor esquisita, como prueba de satisfacción por los servicios que no ha cesado de hacerme durante toda la campaña....»

Aprovéchóse Bonaparte de esta ventaja para enviar un parlamentario

al almirante inglés, este le remitió la gaceta francesa de Francfort del 10 de junio de 1799. El general francés, que se quejaba de algun tiempo á aquella parte de que le dejaban sin noticias de Europa, leyó con anhelo aquel periódico. Vió la rematada situación de los negocios de Francia y los desmanes de nuestros ejércitos: « Ya lo veo, exclamó, no me engañó mi corazonada, ¡la Italia está perdida!!! ¡ah desastrados! Todo el fruto de nuestras victorias ha desaparecido; tengo que irme. »

Desde aquel momento tomó su determinacion, comunicóla á Berthier y al almirante Gantheaume, encargado de disponer dos fragatas, la *Mulron* y la *Carrere*, y dos bajelillos, el *Desquite* y la *Fortuna*, para trasportar á Francia al general y su comitiva.



Tratábase de dejar el mando en jefe del ejército en manos dignas de él. Bonaparte tenía que elegir entre Desaix y Kleber. Deseoso de llevar consigo al primero, se decidió á nombrar el segundo por sucesor suyo, aunque no estuviesen muy bien avenidos (1). Escribió para comunicarle su intento y entregarle el mando. Entre las instrucciones que le dió, merece notarse esta frase: « Los cristianos serán siempre nuestros amigos: hay que irles á la mano en punto á sus demasías para que los Turcos no tengan contra nosotros el mismo fanatismo que tienen con los cristianos, lo cual nos haria irreconciliables. »



(1) Bonaparte había escrito á Kleber en 1798: «Crea Vd. que aprecio mucho su amistad. Temo que estemos algo reñidos, y sería Vd. injusto, si dudase del sentimiento que esto me causaría. En el Egipto, las nubes, cuando las hay, pasan en seis horas; por mi parte, si las hubiese, hubieran pasado en tres. » Todo esto manifiesta la zozobra de un rompimiento, mas bien que una simpatía mutua. Los dos guerreros podían y debían apreciarse, pero es innegable que no se amaban.

En cuanto á si el regreso de Bonaparte fué deseado y solicitado por el Directorio (1), que le habia visto marchar con gozo mal encubierto para el guerrero mismo, hase citado una carta firmada por Treilhard, Lareveillere-Lepaux y Barras, en vista de la cual Napoleon se hubiera decidido particularmente á salir de Egipto. Arduo es apurar cómo pudo acordar aquel paso en medio de datos contradictorios, pero lo que nos parece cierto es que desengañado de sus aprensiones sobre el Oriente por el poco éxito de su campaña de Siria, é instruido del estado de los negocios en Francia, creyó que era llegado el momento de patentizar sus miras ambiciosas y asestarlas al Occidente. « Las noticias de Europa, dice en una proclama dada en Alejandria, me han decidido á marcharme á Francia. Dejo al jeneral Kleber el mando del ejército, y pronto tendrá todo él noticias de mi paradero. Amarguisimo se me hace el dejar á unos soldados á quienes profeso tanto afecto, pero será momentáneamente, y el jeneral que les queda merece la confianza del gobierno y la mia. »

Bonaparte dió á la vela á fines de agosto llevando consigo á Berthier, Marmont, Murat, Lannes, Andreossy, Monge, Berthollet, etc. Fué evitando el crucero inglés que se habia alejado de la costa africana para ir á reponerse de víveres en un puerto de Chipre, y habiéndose librado así de Sydney-Smith, desembarcó en Frejus el 6 de octubre.



(1) Tambien se ha hablado de pliegos que Bonaparte habria recibido de sus hermanos en el sitio de Acre, por medio de un oficial llamado Burbaki, y que le habrian inducido á abandonar aquel cerco para regresar á Francia. Esto no es verosímil. Bonaparte se quejaba de la total ignorancia en que se hallaba acerca de los negocios de Europa hasta el acto de su partida.